

TEATRO/17



**Concurso Nacional
de Obras de Teatro**

PREMIOS

 EDITORIAL

Ryser, Ricardo

17 Concurso Nacional de Obras de Teatro : teatro 17 / Ricardo Ryser ;
Juan Francisco Dasso ; José Moset. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Inteatro, 2017.

300 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3811-28-9

1. Teatro Argentino. 2. Antología de Obras de Teatro. I. Dasso, Juan
Francisco II. Moset, José III. Título

Ejemplar de distribución gratuita

Prohibida su venta

Foto de tapa Majo Echarri

Consejo Editorial

Federico Irazábal

Claudio Pansera

Nerina Dip

Carlos Pacheco

Equipo Editorial

Carlos Pacheco

Graciela Holfeltz

Germán Frers

Daniel Caamaño (Corrección)

Mariana Rovito (Diagramación)

Teresa Calero (Distribución)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional
del Teatro

ISBN 978-987-3811-28-9

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Edición a cargo de EUDEBA

Impreso en Buenos Aires, julio de 2017

Primera edición: 2.500 ejemplares

NUNCA NADIE MURIÓ DE AMOR EXCEPTO ALGUIEN ALGUNA VEZ

Ricardo Ryser

Para mi mamá, Adelfa.

Porque el amor te encontró más veces que la muerte.

Donde su gusano no muere
y el fuego no se apaga

MARCOS 9, 48.

NUNCA NADIE MURIÓ DE AMOR EXCEPTO ALGUIEN ALGUNA VEZ

Ricardo Ryser

Villa Allende, Córdoba, 1985. Dramaturgo, director y actor.

Licenciado en teatro. Su formación teatral comienza en el año 1996 con autores y directores nacionales e internacionales (Pradales, Dávila, Marull, Tantanian, Kartun, Apolo, Blanco, Alvim, entre otros). Participó de producciones cinematográficas y televisivas como director de actores desde el 2005 a la fecha. De su dramaturgia se ha estrenado *Quien quiera que creas ser*, *Oscar Salvaje*, *Santo Ortega*, *Mi propio jardín de flores rojas*, *CERDAS. La cuarta casita* (coautoría con Guillermo Baldo), entre otras. En dos oportunidades fue distinguido con Mención a la dramaturgia en la Fiesta Provincial del INT. Muchos de sus trabajos han participado de festivales nacionales e internacionales, los dos últimas premiadas en Córdoba por la Agencia Córdoba Cultura. Seleccionado para participar del Ciclo Panorama Sur, en 2014 y 10 dramaturgos a la plaza pública (coordinado por Sergio Blanco en el Festival del MERCOSUR) en 2013, entre otros festivales y encuentros.

En el escenario una camilla, una mujer completamente vendada está acostada sobre ella. Una única estantería rodea todo el espacio, en ella souvenirs del mundo. La mujer vendada tiene solo los ojos y la boca descubiertos.

TU CUERPO HÚMEDO Y DELICADO

MUJER VENDADA (**MUJER V.**):

Somos un souvenir, algo que no pertenece a su lugar, pero está ahí para recordarnos el viaje. Nuestro cuerpo es una acumulación de recuerdos. Cómo envidio a los ancianos con Alzheimer y a otros tipos de agraciados que no pueden recordar nada; yo recuerdo todo. Todo lo recuerdo, con exactitud. Tengo mi cuerpo quemado en un 98 por ciento, me quedaron los párpados, pero no las pestañas, me siento poco mujer. Ah, sí, soy mujer, quizá mi voz no alcanzaba para dar cuenta de mi sexo, y ciertamente el hecho de estar vendada y desfigurada no les aportaba ningún dato. Soy una mujer quemada, que recuerda todos los incendios de los que formó parte y formé parte de todos los incendios. Ana me cuida y por pedido mío viste de rojo, para recordarme jamás encariñarme con ella. Es buena, Ana, pero es un souvenir de ser una discapacitada. Sonó el teléfono hace un momento, por eso no está acá. Pero no va a tardar en volver. Siempre vuelve.

ANA: (*Volviendo*) Siguen llamando para preguntar si acá vive una tal Emilia.

MUJER V.: ¿Y qué le dijiste vos?

ANA: Lo que me dijo que dijera, que acá no vive nadie, que apenas se digna a morir una mujer.

MUJER V.: ¿Y que contestaron?

ANA: Que equivocado entonces, pero que este número es el que tenía esa Emilia, que si sé algo de ella se lo diga y que si por casualidad viene, que la perdona.

MUJER V.: Qué gente extraña. Esta ciudad se está infestando de gente extraña. ¿Me alcanzas a Nueva York?

ANA: Pensaba curarle las escaras...

MUJER V.: Después.

Ana le alcanza un souvenir de Estados Unidos.

MUJER V.: Qué fastuoso ese día.

UN EDIFICIO DE HUMO

MUJER V.: La ciudad de Nueva York tenía un brillo especial, como una luz sobrenatural. Son las 8:45, desde mi ventana veo la ciudad. Sin embargo, mi mirada estaba sobre la pantalla de la computadora, concentrada en terminar mi informe para poder salir al break de las 9..., pero ese break nunca iba a llegar. A las 8:46 un avión se estrella unos pisos más abajo del mío. Pensé estar caminando sobre humo, sobre el fuego mismo. No entendíamos qué sucedía y no lo íbamos a entender con facilidad. La torre norte era la mía, trabajaba en una compañía de seguros. Qué irónico. Hablaba un inglés perfecto..., pero no me sirvió de nada, los gritos no se comprendían, en ningún idioma. Tome las escaleras y descubrí lo peor, estábamos condenados, todos condenados. Miré mi reloj, eran las 9, pensé en el break y le dije a mis compañeros: “Relax, we are at rest, have a coffee with me and then try to escape”.

ANA: No estuvo en las torres gemelas...

MUJER V.: Ya te dije que soy una discapacitada y a las discapacitadas se les dice que sí a todo. Ahora cúrame, si quieres, las escaras.

ANA: Como quiera...

MUJER V.: No, mejor dame un cigarrillo.

SIN PARAR DE FUMAR

MUJER V.: La gente común no comprende lo complejo del estar quemado. Sospechan que es una muerte horrenda, son unos idiotas. Lo horrendo es seguir vivo. Yo siento que debajo de las costras mi cuerpo se pudre, a veces. No puedo dejar de fumar. Controlo el espasmo que me da encender el cigarrillo pidiéndole a Ana que me lo encienda, aunque ella no fume y me recuerde una y otra vez que yo tampoco debería fumar.

ANA: *(Tósiendo le entrega un cigarrillo encendido)* No debería fumar.

MUJER V.: No debería, pero lo hago. Así somos los sobrevivientes,

sobrevivimos porque no hacemos aquello que se nos está destinado hacer, morir. No entiendo cómo es que no llevás una libreta todo el tiempo con vos, soy tan elocuente. Podrías escribir un libro con todo lo que digo y publicarlo y hacerte rica y por una vez usar un perfume decente.

ANA: ¿No le gusta mi perfume?

MUJER V.: Detesto tu perfume, pero es de los pocos olores que reconozco, todo lo demás se parece a una costeleta pasada en la plancha.

ANA: Eso quizás sea por el cigarrillo, elimina el olfato y el gusto, y en su condición se agrava eso.

MUJER V.: Te pago para que no me dejes pudrir, no para que me aconsejes.

ANA: Pensé...

MUJER V.: No pienses, pensar no me lleva a ningún lado, no puedo moverme de esta camilla, en cambio a vos la imbecilidad te transporta a todos lados.

ANA: Es muy cruel conmigo.

MUJER V.: La cruel sos vos. Mostrándome tu independencia. Apagá el cigarrillo, no quisiera que..., no quiero más.

Y SENTIÓ EL FULGOR

MUJER V.: Abrí los ojos, alrededor todo era rojo y blanco, pero era de noche, era tarde. A lo lejos sonaba un instrumento de cuerdas. La ciudad enloquecida clamaba por su líder, pero su líder estaba en lo alto, observando, tocando. Las madres llevaban sus niños en brazos, los niños llevaban la muerte encima, como una carga. Quien carga con la vida de alguien más no tiene otro destino que morir.

ANA: ¿Y ahora?

MUJER V.: ¿Y ahora qué?

ANA: ¿Ahora puedo curarla?

MUJER V.: Sí, curame..., pero antes tráeme a Italia.

Ana le trae un souvenir del coliseo romano.

MUJER V.: Corría y las piedras ardían. Mis pies no se detenían más de un segundo, y a pesar de estar más tiempo en el aire que en la calle

las ampollas florecían. A lo lejos la noche se cerraba, pero el fulgor de ese día artificial cegaba. Y como polillas íbamos corriendo hacia donde veíamos y donde veíamos era donde... (*Se queja*)

ANA: Perdón.

MUJER V.: Dejá esto allá. (*Le da el souvenir*)

ANA: ¿Todos estos lugares los conoció?

MUJER V.: Sí, a la mayoría de ellos.

ANA: Viajó mucho.

MUJER V.: Y ahora me quedo quieta...

ANA: ¿No tiene fotos?

MUJER V.: No..., tiré todas mis fotografías. Cuando la juventud está del lado de uno, entonces se saca fotografías. Sin darse cuenta que luego deberemos verlas en la vejez. Qué Dios tan cruel el que tenemos, nos deja probar la juventud y luego nos la quita. ¿Vos creés en Dios?

ANA: Sí, pero no voy mucho a la iglesia.

MUJER V.: En la iglesia no contestan a las preguntas importantes. No dan suficientes pruebas de su existencia. Su existencia solo es comprobable gracias a su crueldad. Tanto cinismo en el diseño de este mundo solo puede ser obra de un ser superior.

ANA: Dios no siempre es malo.

MUJER V.: No dije que lo fuera. Yo lo admiro.

ANA: Ah..., como dijo todo eso...

MUJER V.: Terminá.

BRILLAR EN EL CIELO, LINDO

MUJER V.: Como polillas íbamos al refugio de la luz, que era ir a la muerte. A lo lejos suena una lira. Roma arde, una nueva ciudad será erigida en su lugar, nuevas sus veredas y construcciones, nuevas sus personas. El exceso será eliminado. Purifica la ciudad y, a lo lejos, muy a lo lejos, una lágrima cae sobre una cuerda de lira y la nota desafina y lo maravilloso, lo espléndido, lo poético se convierte en vulgar, patético y criminal. La compasión transforma lo sublime en mundano.

RÁPIDO SIN NINGÚN EFECTO

ANA: Si no me va a necesitar más...

MUJER V.: Te voy a necesitar para siempre. Besame.

ANA: ¿Perdón?

MUJER V.: Besame en los labios.

ANA: Señora, usted no tiene labios.

MUJER V.: Besame entonces donde se abre este hueco que emite sonidos.

ANA: Señora...

MUJER V.: Besame.

Ana besa a Mujer vendada.

MUJER V.: Nada...

ANA: Es que no tiene labios.

MUJER V.: Es que no tenés amor.

PARÁLISIS Y MIEDO, ESO

MUJER V.: Y amor tenés que tener, aunque no quieras. En algún momento yo fui joven. Aunque las vendas no revelen mi edad ya no soy joven. Y me enamoré. El odio no se agota, se renueva. El amor no tiene esa capacidad, hay que entrenarlo. Otra vez ese Dios es cruel. Predican amor en su nombre, pero ciertamente las únicas acciones contundentes son las del odio. Sin embargo, esos minutos que dura el amor son maravillosos, casi como arder. Se consumen rápido, pero son maravillosos. Y vos no tenes amor y si lo tuviste se consumió tan rápido que ni cenizas dejó. Sos mediocre, Ana. A mí por lo menos se me nota cómo me dejó el amor.

SU DEBILIDAD DEMASIADO EXPUESTA

Ana se va a sentar al otro extremo de la habitación.

ANA: Mi nombre se lee al derecho y al revés de la misma manera..., esto siempre me dio seguridad, hoy creo que es una boludez. Hoy creo que nada tiene que ver con la fortaleza del nombre, sino con la vagancia de mis padres. Mi abuela se llamaba Eva, mi madre Lía y yo Ana, siempre tres letras, hay que tomar apenas un poquito de aire para llamarme. No cuesta nada. No tengo amor, la señora tiene razón. No tengo amor porque no valgo ni un último suspiro. Si alguien muere, en su último estertor le sobra aire luego de nombrarme. Soy Ana y no sabrán nada más de mí...

REVISANDO, MIRANDO, GENTE ESTÚPIDA

MUJER V.: ¡Ana! ¡Ana! ¿De nuevo estás hablando de vos misma?
ANA: Sí, señora...
MUJER V.: No lo hagas más...
ANA: Perdón, señora...
MUJER V.: Andá a la ventana, Ana.
ANA: Sí, señora.

Ana se queda donde está, con la cabeza baja.

MUJER V.: ¿Estás en la ventana?
ANA: Sí, señora.
MUJER V.: ¿Qué ves?
ANA: Hay un vendedor ambulante en la esquina. Vende paraguas...
MUJER V.: Va a llover. ¿Qué más ves?
ANA: Una mujer con un tapado negro va a cruzar por la mitad, está apurada, pero no se da cuenta que va a tardar más en cruzar.
MUJER V.: No opines, sé objetiva. ¿Qué ves?
ANA: Un señor viejo, tose. Se apoya a un árbol. La mujer cruza por la mitad, mira el reloj. Hay cinco, seis adolescentes sentadas en la heladería.
MUJER V.: ¿Hay una heladería al frente?
ANA: Sí, señora...
MUJER V.: Salí de la ventana y cerrala.
ANA: Sí, señora...

MUJER V.: ¿Te gusta el helado, Ana?

ANA: De vainilla, señora.

MUJER V.: Claro..., era obvio. Ana, lo del beso... ¿te dio asco?

ANA: No, señora, me dio lástima.

MUJER V.: Eso lo decís por envidia. Yo acá empotrada en esta cama, esperando a la vida, que llegue una brisa de aire del afuera que me calme el ardor. Te da envidia mi condición. ¿Sabés qué es lo bueno de estar muerta pero poder hablar? Gozás de una moral superior...

ANA: Usted está viva.

MUJER V.: NO, no estoy viva, la vida me esquivo y es mejor así..., vos estás viva y le tenés miedo a la muerte; yo, como muerta, no le tengo miedo a nada.

ANA: Al fuego.

MUJER V.: HIJA DE PUTA.

Mujer se convulsiona y cae de la camilla. El escenario se torna rojo. Mujer vendada no puede moverse pero se queja y gime. Ana intenta levantarla, no consigue una posición cómoda para hacerlo. Corre y busca una inyección, se la coloca. La mujer vendada se calma. Ana la levanta y la coloca sobre la camilla. Luego de todo esto se sienta un momento. Ve aparecer una mosca, la sigue con la mirada. Intenta matarla, no lo consigue. Busca en su cartera un desodorante y comienza a descargarlo completamente. Mujer vendada cuando acaba esta acción comienza a gemir muy suave.

UN BORDADO VERDADERAMENTE EXQUISITO

MUJER V.: Un vestido, un vestido precioso. Llevaba lentejuelas, brillaban, brillaban tanto. Brillaba mi vestido. Brillaba abajo la gente, sacando fotografías, las nubes brillaban y de repente un destello. Un sonido eléctrico, un destello y rápidamente mi vestido brillaba con luz propia. Descendimos rápidamente, el gas sobre nuestras cabezas estaba caliente, llegamos al suelo mucho más rápido de lo que quisimos. Pudiendo haber caído en medio del océano, caímos en medio de los escombros, nos aplastaban. Mis lentejuelas se derretían, pero había algo maravilloso en ellas, ese brillo... ese brillo... agua... Ana, dame agua...

Ana busca un vaso con agua, se lo da.

MUJER V.: Gracias...

ANA: ¿Le duele algo?

MUJER V.: No..., quiero ponerme un vestido, Ana.

ANA: No puede.

MUJER V.: Ya lo sé..., pero hay un vestido hermoso en mi habitación, lo usé para la colación de...

ANA: *(La interrumpe)* Señora, estoy pensando en irme.

MUJER V.: ¡No!, no te vayas.

ANA: Sí, señora, puedo conseguirle a alguien mejor que yo para cuidarla.

MUJER V.: Tenés que ser vos quien me cuide.

ANA: Es un capricho.

MUJER V.: No, a cualquiera habría que enseñarle de cero.

ANA: Usted no me enseñó nada.

MUJER V.: Vos no aprendiste y me gusta así. Cuando llegue el momento sé que la orden te la tengo que dar explícitamente. Que no podés, ni sos capaz de hacer reinterpretaciones. Cuando llegue el momento vas a hacer todo lo que te diga. Cuando llegue el momento no vas a pensar por vos misma. Cuando llegue el momento..., no me puedo concentrar. ¿Qué es ese olor?

ANA: Desodorante.

MUJER V.: Es igual al de...

ANA: *(La interrumpe)* Lo usé para matar una mosca y para tapar un poco el olor de la carne. Cuando se cayó, la carne comenzó a largar olor.

MUJER V.: Es una buena señal...

ANA: ¿Más agua?

MUJER V.: No..., dejame sola Ana...

ANA: Sí, señora.

Ana se sienta nuevamente. Abre la cartera y saca el desodorante, lo huele.

MUJER V.: No puedo ver la totalidad de la habitación, hay sectores que no alcanzo a ver. No puedo sentarme, no puedo girar la cabeza libremente. Pero el techo, el techo lo conozco perfectamente. Cada dos semanas Ana lo limpia, empareja la pintura si hace falta, saca las bombillas del ventilador y las limpia una a una, aunque

tres de las cuatro no funcionen. Sólo necesito una bombilla, solo una. Él se tiraba debajo del ventilador y se quedaba horas en el verano. La espalda desnuda, contra el piso, el ventilador sobre él, las ventanas cerradas, oscuridad de mediodía. Esa oscuridad tan profunda como la de la noche, excepto por la certeza de la luz afuera. Profunda oscuridad, si se prestaba atención podía escucharse su respiración y el ventilador, nada más... ni un solo movimiento de más, ahorra la energía... para después gastarla con... con esa... ¡Ana!

- ANA: ¿Sí, señora?
- MUJER V.: ¿En tu casa hay ventilador?
- ANA: Sí, señora.
- MUJER V.: ¿De techo?
- ANA: No, de pie, señora.
- MUJER V.: Y lo guardás en el invierno.
- ANA: No hace falta, está roto hace años. No hable señora, descanse.
- MUJER V.: Quiero cansarme, si no no puedo dormir.
- ANA: ¿Quiere una pastilla o una inyección?
- MUJER V.: Cada vez me hago más resistente a todo eso. Pegame...
- ANA: No, señora...
- MUJER V.: Pegame un poco, a ver si eso me cansa.

Ana le pega brutalmente.

- MUJER V.: ¿Te sentís mejor?
- ANA: Sí...
- MUJER V.: ¿Ves? Yo sí sé lo que necesita la gente.

DESCUBRIENDO EL PURO DEVENIR

- ANA: No me pida más que le pegue, no me pida más que la bese. ¿Por qué no quiere morirse?
- MUJER V.: Porque ya estoy muerta, no cambiaría en nada. Tendría una tapa sobre mí, es la única diferencia. Porque vos, cuando yo no esté, te vas a morir, porque no tenés una función más importante en el mundo. Pero no me hagas hablar de vos, estoy hablando de mí, de mí...

ANA: ¿Quiere agua?
MUJER V.: Quiero que me cremen. (*Ríe grotescamente*)

DOBLÓ EN LA ESQUINA

ANA: La voy a cremar, entonces.
MUJER V.: Acá...

ME ENAMORÉ Y ME SIENTO MAL

MUJER V.: Andá a la ventana.

Ana se dirige a la silla, se sienta y mira hacia abajo.

MUJER V.: ¿Qué ves?
ANA: Veo una chica con una blusa fina. El viento hace que se noten los pezones. Tiene una flor a la altura del pecho. El viejo, no se movió. Sigue en la esquina, esperando. Ve a la muchacha, se moja los labios. Se mira la entrepierna y suspira.
MUJER V.: ¿Tiene bigotes?
ANA: Tiene una barba desprolija, corta, canosa.
MUJER V.: Podría ser su nieta.
ANA: Podría, pero no es...
MUJER V.: ¿Me vas a cremar?
ANA: Con mucho gusto.
MUJER V.: A veces me gusta lo honesta que sos.

RESPIRO POR BOCA PROFUNDO

MUJER V.: Cuando entren los médicos, en ese momento, quiero que estrelles la lámpara de querosén sobre la puerta. Y después encendés un cigarrillo.
ANA: ¿Abro la ventana?
MUJER V.: No..., que el humo tarde en salir. Que se nos llenen los pulmones

de humo, que no podamos respirar, quiero sentir lo que sienten los peces. Un momento nada más, entonces abrir la ventana, seguir respirando con el fuego en el cuerpo. Quiero que mis ojos se desorbiten, vivir la parte bella.

ANA: ¿Hay una parte bella?

MUJER V.: Bellísima..., tu cuerpo comienza a bailar involuntariamente, y sobre la piel el fuego baila también. El chasquido de lo quemado marca el ritmo. Hay un momento donde el dolor desaparece, y el éxtasis...

ANA: Fue la última vez que bailó...

MUJER V.: Sí...

ANA: Deme un beso.

MUJER V.: Vení.

Ana se acerca, le besa la boca a Mujer vendada, se demora mucho tiempo en esto. Deja de respirar, de repente toma una bocanada rápida de aire.

MUJER V.: No es posible matarme asfixiada, no tengo nariz, el aire entra directamente a mis pulmones. Y vos no vas a morir asfixiada, lo único que vas a conseguir es desmayarte. Pero el cuerpo va a reaccionar, va a seguir respirando. Estás condenada a vivir así, mediocre.

ANA: No puede obligarme.

MUJER V.: Soy lo único que te queda.

ANA: Podría seguir.

MUJER V.: No, no podrías seguir, sos mediocre, sos básica.

ANA: Basta, señora.

MUJER V.: Dame agua, Ana...

DIVIDIDA, MORDIDA, ¡QUÉ OPTIMISMO!

Ana le da un vaso con agua, suena el teléfono.

ANA: Voy a atender.

MUJER V.: No...

ANA: Podría ser alguien que sí la conozca.

MUJER V.: Atendé.

Ana sale a atender el teléfono.

ANA: (En off) ¿Hola? Sí..., sí..., no..., yo le comunico.

Ana vuelve a entrar.

ANA: Pidieron hablar con usted.

MUJER V.: No es posible.

ANA: Pidieron por usted, yo le dije que no podían hablar.

MUJER V.: Bien.

ANA: ¿No le interesa saber quién?

MUJER V.: No...

ANA: Eran de una empresa de seguros.

MUJER V.: Sos feliz diciéndome que quien me llama no me llama a mí sino a mi dinero, ¿no?

ANA: Un poco.

MUJER V.: Y a vos, ¿te llaman mucho?

ANA: No.

MUJER V.: Una vez me llamaron, una amiga que hacía tiempo no sabía nada de mí. Le conté todo, con lujo de detalle, la escuche llorar.

ANA: Porque se sintió mal.

MUJER V.: No, porque se sintió bien, se conmovió conmigo. Esa noche, cuando llegara su marido, seguramente iba a agradecer a la vida estar sana, sexualmente activa, no con la concha seca y estrujada por el fuego.

ANA: ¿No puede ver ni un gesto de amabilidad en alguien?

MUJER V.: Una vez..., una vez sí... ¿te conté?

ANA: No.

MUJER V.: Yo era joven, tenía piel. Un muchacho se me acercó y me dijo algo lindo. Yo pensé entonces que quizás estaba interesado en mí. Lo seguí con la mirada toda la noche, estábamos en un baile. Mi madre no se me despegaba, lo usual para la época. En un momento conseguí escaparme de la mirada de mi madre, escapar al patio, respirar agitada esperando que el caballero supiera interpretar mi última mirada como una invitación a encontrarnos secretamente. Esperé lo que me pareció una eternidad, pero esperé. Apareció corriendo. Y detrás de él, la gente, que espantada

corría escapando de aquel presagio que Nostradamus realizó: “La sangre de los justos será reclamada desde Londres, arrasada por el fuego, cuando tres veces veinte más seis sea escrito”.

ANA: ¿1666?

MUJER V.: Sí, duró 5 días y consumió todo esa profecía.

ANA: Usted no estuvo viva en 1666.

MUJER V.: Tampoco estoy viva ahora y sin embargo puedo hablar.

ANA: Como quiera... ¿Quiere el souvenir de Londres?

MUJER V.: No..., dejalo donde está.

ANA: ¿Nunca volvió a ver a ese hombre?

MUJER V.: No..., tampoco a mi madre. Murió esa misma noche, pisoteada por la multitud.

ANA: ¿Y usted salió ilesa?

MUJER V.: Ilesa no, quede así.

ANA: Esperando.

MUJER V.: Esperanzada.

AL SOL MEDIANTE ELLOS

ANA: Una vez me insolé.

MUJER V.: Te pago para que me escuches y me atiendas, no para escucharte y atenderte.

ANA: Usted no me paga, me paga otro.

MUJER V.: Ese otro que te paga es subsidiario de mi vientre.

ANA: Tiene un modo complicado de decir las cosas.

MUJER V.: Y sin embargo no consigo confundirte.

ANA: A veces, a veces me da bronca.

MUJER V.: Mejor, si no te encariñas conmigo. No sirvo para dar amor.

ANA: Su hijo la quiere.

MUJER V.: No mientas.

ANA: Si no la quiere es porque usted lo rechaza diariamente.

MUJER V.: ¿Querés hablar, no? Hablá de vos, Ana.

ANA: No, señora.

MUJER V.: Andá, andá a ese rincón y hablá, Ana. Hablá de vos.

SENTADO, ESPERANDO, CAGÁNDOME DE RISA

Ana se sienta en la silla, a un costado, casi extremo del escenario.

ANA: Soy Ana, la que se nombra fácil. Yo soy amante del hijo de la señora. Esto ella no lo sabe. Ni se tiene que enterar. Comenzó de a poquito. Comenzó con un par de miradas. Comenzó un día que él tenía que buscar el dinero que tenía guardado y me invitó a pasar a la casa. Yo pasé. Él estaba saliendo de bañarse. Tenía el pelo húmedo, por la piel le caían gotas de agua. Ahí me quedé, en el sillón esperando que él terminara. Finalmente él también se sentó. Me agarró de la mano y fingiendo preocupación me preguntó por su mamá, la señora. Lo siguiente fue hacer el amor frenéticamente, digo hacer el amor y no coger porque en un momento me acarició el hombro. Me lo acarició. Después me negué a recibir el dinero, preferí que lo depositara. No tengo nada en contra de las putas, pero yo no quería sentirme así. Ya no soy la amante, es decir, lo soy o lo era. Es difícil en estas situaciones. El hijo de la señora murió. No venía a verla antes, eso no cambió, ella no sospecha nada. Y yo sola vengo acá y la cuido, porque me da pena y porque me hace sentir menos puta.

CINCO CALAS NINGÚN SANTO

Ana mira hacia la mujer vendada. Se acerca despacio. Le toma el brazo, verifica si tiene pulso.

MUJER V.: No se me detuvo el corazón aún...

ANA: Me asusté.

MUJER V.: No mientas. Hacé lo que quieras, menos mentir.

ANA: Puedo darla vuelta si quiere.

MUJER V.: A veces pienso.

ANA: Siempre piensa.

MUJER V.: Pero a veces pienso particularmente en algo. Si no estuviera yo en esta posición de superioridad ¿Cómo percibiría el mundo? Ahora me doy cuenta de lo extremadamente ridículo de los ritos, de lo innecesario de la ley, de la superficialidad de la religión. El humano es cruel Ana, con esta única verdad puedo abrirme

camino en todos los campos del pensamiento y la acción. El estímulo último de nuestras acciones es la crueldad. No la simple maldad, va más allá de ello. Desarrollar una sociedad organizada sólo para excluir a los que no pueden organizarse. Y los privilegiados encerrados, como los menos privilegiados. Organizar el miedo a la muerte y ordenar el mundo. Los pobres, siendo pobres con miedo a morir de la peor manera y los ricos, con el miedo precario de que les maten por su riqueza. En el medio, el miedo de no llegar a ser ricos, el miedo a ser pobres, el miedo a que los maten por su mediocridad. La medicina que se desarrolla sólo para acrecentar la expectativa de vida, esa expectativa atentada constantemente por la misma medicina que experimenta. El mercado farmacológico, la ciencia progresa y con ella progresa el cáncer. Ponemos techos sobre nuestras cabezas, hacemos represas, nos vestimos. Y el arte, el arte siempre impoluto. El arte siempre tan inútil. Nos hace humanos la crueldad, crueldad de saber que hagas lo que hagas jamás tendrá la efectividad de un incendio. El fuego purifica Ana, calienta, cocina y nos mata.

ANA: ¿Todo es cruel?

MUJER V.: Todo es cruel.

ANA: ¿Yo soy cruel?

MUJER V.: Vos, sobre todas las cosas. ¿Cómo murió?

ANA: ¿Quién?

MUJER V.: Mi hijo.

ANA: ¿Cómo lo sabe?

MUJER V.: Aun cuando susurrás, susurrás para que te escuche, lo sé desde tu último monólogo.

MORDIDO POR EL HUMO

ANA: Murió como usted.

MUJER V.: ¿Quemado?

ANA: Sí.

MUJER V.: Detalles, quiero detalles.

ANA: Una vaca. Una vaca pateó una lámpara de querosén. Eran las 9 de la noche. El fuego comenzó a expandirse por el viento. Los

bomberos intentaron frenarlo, pero no pudieron, la ciudad estaba construida de madera.

MUJER V.: Y la madera arde.

ANA: Y nosotros también ardemos.

MUJER V.: Vos no, Ana. Por seca que estés no ardés. Pasame a Chicago.

Ana busca un souvenir de Chicago.

MUJER V.: 8 de octubre y en la calle Dekoven Street el establo en penumbras iluminó toda la ciudad. Solo la vaca conoce los secretos motivos que la llevaron a atentar contra una ciudad. Toqueteada todos los días, quizás se hartó de ser un eslabón frágil, quizás quería oscuridad para imaginar que estaba en la noche cerrada del campo.

ANA: Las vacas no imaginan.

MUJER V.: Y los hijos no deberían morir...

ANA: Y su hijo murió.

MUJER V.: Y mi hijo murió.

ANA: Y yo lo amé.

MUJER V.: ¿Y él te amo?

ANA: Sí...

MUJER V.: No te lo merecés.

ANA: Usted no se merece amor, el resto del mundo sí...

MUJER V.: Espero profundamente que te seques.

ANA: Como usted.

ALTERÁNDOLO TODO SIN MÁS

MUJER V.: En vista de esto, deberías matarme.

ANA: ¿Ahora?

MUJER V.: Sí, ahora.

ANA: ¿Usted sabe que él murió por su culpa?

MUJER V.: Sí. Deberías matarme.

ANA: Yo no soy tonta. Yo pago las cuentas de esta casa. Yo sé que está despierta toda la noche. Y lo llamaba. Y respiraba y se quejaba. A usted nadie la llama, pero no saca el teléfono. Lo usa.

Llama a gente, la despierta, pasa la noche marcando números memorizados, los llama a todos, a todos los que no la llaman a usted.

MUJER V.: No puedo moverme, apenas respirar, me paso la noche despierta. Los párpados son tan finos y la luz que me dejás prendida me enceguece.

ANA: Y los llama y les pregunta por qué la abandonaron.

MUJER V.: Yo abandoné a todos.

ANA: La abandonaron a usted.

Ana sale de escena.

MUJER V.: Leo, mis ojos son pequeños, mis ojos están desgastados. Años frente a papeles, letras de todo el mundo. Grandes y majestuosos los estantes, grandes y majestuosos los textos. Por sí solos no dañan, pero basta hacerles una marca con tinta para que los papeles sirvan de arma o escudo. No estoy sobrevalorando la lectura, no... estoy subrayando la idiotez de algunos lectores que no dejan de ver en las letras amenazas, intrigas..., son letras. Están muertas. O eso parece. Y en medio de una guerra los libros ardieron. Y este incendio no fue un sólo incendio, fueron muchos y en todos estuve ahí, aferrada a los libros, que me consumían.

Ana entra con velas.

MUJER V.: Trabá la puerta por el lado de adentro, Ana, dejala trabada y prendé las velas. Ponelas cerca de las cortinas, es tan hermoso cuando arden las cortinas, bailan y desprenden hijos y sus hijos rápidamente emprenden su camino y llegan a ella otra vez, más fuertes, más voraces y terminan por consumirla. Dejá la ventana un poco abierta, que afuera se vea el humo, prendé el ventilador, para que haya remolinos dramáticos de fuego danzando, sentame mirando el fuego, quiero verlo venir, quiero que se me acerque, quiero que me seduzca. Y vos ponete en la otra esquina, desaparecés detrás de las llamas. Y todos mis souvenirs, ponelos a mi alrededor. Como una faraona.

Ana enciende las velas.

MUJER V.: Comienzo a sentir el terror, Ana. El terror. Qué hermoso.
ANA: Hasta mañana, señora.
MUJER V.: ¿No me vas a matar?
ANA: No, voy a dejar las velas prendidas, fuera de su alcance, que no haya riesgo de incendio, pero a usted, de frente a la llama.
MUJER V.: Sos cruel Ana.
ANA: Sí, señora.
MUJER V.: Hasta mañana, Ana.
ANA: Hasta mañana, señora. Ojalá no duerma.
MUJER V.: No voy a poder dormir.

El escenario se va oscureciendo mientras Ana sale. Cuando cierra la puerta, solo las velas quedan encendidas.

FIN

Córdoba, 2013

MUTE

Juan Francisco Dasso

Juan Francisco Dasso

Nació en 1986. Director, dramaturgo y dramaturgista. Se formó principalmente en la Escuela Metropolitana de Arte Dramático (EMAD), en las carreras de Puesta en escena y, recientemente, en el Curso de Dramaturgia dictado por Mauricio Kartun, Ignacio Apolo y Luis Cano.

Como autor y director estrenó, entre otras, las obras *Shlomo* (2012), *China Pampa* -en coautoría con Ignacio Huang- (2013) y *Hablar o morir* (2014), presentada en el Festival El Porvenir.

Desde 2014 se desempeña como dramaturgista de la Compañía Buenos Aires Escénica (dirigida por Matías Feldman), investigando y registrando el proceso del *Proyecto Pruebas*. Fue becario del Fondo Nacional de las Artes (FNA) a propósito de dicha investigación.

Trabaja, además, como docente de teatro con niños y adolescentes, en diferentes áreas de discapacidad e inclusión social.

Todo lo enunciado corresponde al pensamiento de una chica de nombre Laura. El espacio físico al que tiende a referirse es un Centro Educativo Terapéutico -CET-, sus pequeñas salas, comedor, patio, etc.

NOTA: El texto puede ser representado por un intérprete o varios. No es necesario guardar la relación actor-personaje.

De alguna forma soy como un mueble que respira con dificultad. Que se babea, que come y caga. Pero hay una gran diferencia con mis compañeros de sala:

Estoy lúcida.

No me quedé dura por un derrame cerebral, me quedé dura del miedo. Tenía ese sueño recurrente, como una pesadilla, en el que estás consciente en tu cama pero no te podés mover, no podés gritar y sentís que algo se te viene encima, algo que te da un terror impresionante, hasta que te despertás de un sacudón. Un día yo no me desperté, y me quedé en este estado, entre despierta y dormida. A veces creo que no hubo tal momento, que no hubo un pasado. A veces creo que esto podría ser un sueño, pero no, es un insoportable intermedio.

Ahora vivo en la sala 3. Concurrentes: Marcos, Camila, Kevin, Yo.

Ninguno habla, parecieran vivir en una especie de limbo. Todo se ve ligeramente borroso. Nuestra orientadora de sala se llama Keki, me parece que su nombre es Eugenia. Últimamente está algo deprimida, pero, como para tapar, siempre está exageradamente maquillada. Lleva mucho tiempo intentando que diga una palabra clara o que dé algún tipo de respuesta más o menos conectada con la realidad. Mientras tanto se conforma con moverme las manos, haciéndome realizar innumerables tareas de plástica. Hay una auxiliar nueva (los auxiliares duran poco porque su trabajo es un asco).

Estoy lúcida, aunque ando media confundida por las pastillas que tomo; hago mucho esfuerzo por escupirlas, pero me descubren fácilmente. Tienen efectos diversos, intolerables, salvo esa pastilla rosa, esa me pone bien.

Cosas que sé (a veces me las repito): Tengo entre 20 y 30 años. Soy mujer. Mi cuerpo es flaco y está como dormido. Hace muchísimo que no me viene. Apenas consigo moverme, estoy atrapada en mi cuerpo. Ando en silla de ruedas. Uso babero. Tengo tres mudas de ropa. Creo que hoy es martes. El viernes hay un acto en el que voy a hacer playback. La gente con ambo azul es la que trabaja acá. Hay varias salas. La mía es la de los que no hablan. Tengo un novio en la sala de los que hablan. Tengo clases de educación física, música, teatro, huerta, cocina. A veces tengo mucha hambre.

La secuencia viene así: los lunes arroz, los martes fideos, los miércoles una suerte de panaché de verduras, los jueves ensalada, a veces hay alguna novedad. Todo viene en bandejitas de plástico con un papel film como transpirado, recalentado en microondas. No como con sal y mi comida tiene que estar seccionada en forma minúscula. El cepillado de dientes es diario pero no siempre toca, es mi oportunidad para verme la cara en el espejo. Me preocupan los dientes, algunos por acá están muy mal; los míos están bien, dentro de todo. Mi cara es un desastre, está como inclinada hacia la izquierda, ojerosa, la boca entreabierta. Mejora mucho cuando tengo el pelo suelto, pero me lo suelen atar. Una vez me atraganté con un mechón.

Es la hora del almuerzo, el calor está insoportable. Todo el centro terapéutico está concentrado en el comedor, cada sala ocupa una mesa. Las paredes están repletas de cartulinas, rodeando el enorme cartel que anuncia el acto del viernes: FIN DE COLONIA 2015, decoración que venimos preparando en las salas como si fueran talleres clandestinos (mis manos siempre tienen restos de plasticola seca). Los orientadores marchan las bandejitas de plástico. El calor tiene revolucionado a más de uno de los concurrentes, y hay otro aditamento: las bandejas contienen milanesas, toda una rareza dentro de la rutina del Centro. Los de la sala 4, que pueden hacer cosas como hablar, gritar y salir corriendo, terminan sus platos en un segundo y literalmente se arrojan a la ventana de la cocina, Marta despacha comida sin parar, el microondas no da abasto, piden ayuda

de la cocina, los orientadores dejan algunas mesas solas, los concurrentes roban comida de sus compañeros de mesa. La forrita de Camila come toda delicada y veloz, no vaya a ser que se quede con hambre la gorda ¿me vas a robar la milanesa como me robás las galletitas, gordita forra? Marcos es un perro, la cabeza hundida en el plato, la boca sucia, enchastre alrededor. Kevin lo señala y se ríe, hace gestos como si fuera un viejo de barrio: “¡pero qué bárbaro, che!”, “¡a la flauta!” y cosas por el estilo, siempre está al borde de la palabra, pero jamás habla. Miro mi milanesa, no tiene buen aspecto. Vienen a mi mente muchas imágenes superpuestas de milanesas: suprema, ternera, napolitana, a caballo, Maryland inclusive. No puedo comer tales sólidos, menos esta milanesa dura. Keki me la corta en trozos bien chicos, es buena con eso, cada cuatro bocados me da un vaso con agua. No hace nada por Marcos que come la milanesa como si devorara el último alimento sobre la faz de la tierra. La nueva auxiliar no sabe qué hacer. Kevin lo señala y se ríe, dejando entrever toda la podredumbre de sus dientes. La forrita de Camila, rapidita y delicada, arranca con el segundo plato.

Postre: banana pisada. La pastilla violeta está ahí, torpemente seccionada y escondida entre el puré. Hago mi mejor sonido para rechazarla (una “a” larga y angustiada). Keki acerca imperativa la cuchara plástica a mi cara.

Vamos Lauri.

Tiene una buena dosis de banana y pastilla violeta triturada, siento el olor dulce de la fruta mezclado con el olor a muerte súbita de la pastilla. Intento correr el rostro, pero Keki me pone la cuchara en la boca una y otra vez; consigo escupir una cucharada sobre el babero pero ella se las ingenia para devolverla a mi boca. Me coloca el vaso con agua y me hace tragar, todo sucede muy rápido. Me preparo para el sacudón, sé que se viene. Mis músculos adquieren una tensión impensada, me agarro fuerte a la silla (por un segundo siento el placer de tener fuerza) y enseguida me retuerzo sobre mí misma, hacia adelante y hacia atrás, me dan calambres. Después, todo negro.

Abro los ojos al rato (no sé exactamente cuánto tiempo pasa después de la pastilla violeta), escucho el ventilador a media máquina, la radio de Kevin sintonizando, estoy en la sala. Los pupitres blancos con manchas de Yogurísimo frutilla, las migas de surtido Bagley (en realidad casi todas boca de dama; los de la sala 4 se roban las ricas, las rellenas, haciendo gala de su motricidad fina). Pasó la merienda, igual tengo mi montoncito de galletitas enfrente. Veo a Marcos con su pañal gigante asomando por encima del jogging. Kevin escucha atento un reggaeton en la radio, con una expresión dura como si estuviera tomando ingreso al conservatorio. La auxiliar toma uno de esos mates que logra infiltrar Keki a la sala mientras lee un catálogo de Avon. Keki no está.

¿Y la forrita de Camila? Ahí en el rincón, como siempre, todos los días lo mismo. Sólo te parás para comer y para irte a casa. A casita. Todo el mundo insistiéndote que salgas del rincón. Sos caprichosa, gordi. ¿Qué mierda hacés con la mano? Te peinás, te hacés la delicada, la linda. Concretá, gorda. Te estoy viendo, ya sé lo que querés. Conmigo no. ¿De dónde sacaste esa panza? Te miman. ¿Quién te hace la planchita? ¿Quién te hace la planchita, forra?! ¿Mamita? Ya la vi a tu mamá, es la flaca esa, ¿no? Me pregunto cómo hizo para parirte. Si ella supiera lo que hacés. Ya sé lo que querés. A ver, dale, mandate. Robame las galletitas, forra, dale, si yo apenas puedo mover la mano. ¿Qué pasa? ¿Estás esperando que se vaya la auxiliar? Mandate ahora si tenés ovarios, gorda. Sos viva, eh. “Cami nunca se mueve del rincón, igual es re buena”. Las pelotas. No te alcanza con la supercasa que debe tener tu familia rica y me robás mis galletitas, te rebajás por unas boca de dama. Te hacés la dama, sos una mosquita muerta, eso sos. Y seguís haciendo como si te miraras al espejo, ojalá no te veas nunca. ¡Dejá de hacer esa mierda! Largate a llorar, cagate encima, ¡hacé algo! Por lo menos te podés mover, ¡aprovechalo! Pero sos una vaga, estás cómoda en ese rincón, lastrando y haciéndote la lady. Estás mirando las galletitas, te veo, me cuesta pero a veces enfoco. Te tengo en la mira, tratá de acercarte. A mí no me anda el cuerpo, pero mi cerebro trabaja sin parar. Solo tengo que pensar fuerte, pensar fuerte para que pase algo. La

auxiliar es inútil, solo toma mate ¡Marcos! Dale, Marquitos, vos me sentís, escuchá esto, agarrala a Camila, agarrala a la gorda. Con tal de no darle el gusto te regalo mis galletitas. ¡Movete! De repente, Marcos se agacha. Empiezo a creer que estoy desarrollando poderes psíquicos. Marcos se arrastra con la cola y los talones hasta el rincón de Camila. ¡Sí! ¡Vamos! Ahora te quiero ver, gordi. Y vos dale pajero, movete. Marcos se acerca a Camila, le agarra el pie y se lo pone en la entrepierna. Se masturba con el pie de Camila, le gusta masturbarse con pies. La auxiliar intenta sacarlo, pero Marcos vuelve inmediatamente a su objetivo. Kevin señala y se ríe, sube indiscriminadamente el volumen del reggaeton. La auxiliar le pide que lo baje pero no lo hace. La auxiliar le apaga la radio, se da vuelta para sacar a Marcos otra vez. Kevin le toca el culo mientras ríe desaforado, la auxiliar le grita unas cosas incomprensibles y amaga a golpearlo. Kevin le pega una piña. La auxiliar llora en forma contenida. Keki entra con el maquillaje corrido. “Volvió con la mujer”, llora. Pregunta qué pasó y la auxiliar llora. Keki reta a Kevin y Kevin llora. Todos lloran. Marcos se masturba con el pie de Camila.

Escucho un motor lejano (mi poder de escucha está intacto). Llegó la camioneta para llevarse a los concurrentes, menos a mí y a algunos más que tenemos la fortuna de estar acá adentro indeterminadamente. Keki se recompone y empieza a rastrear mochilas y cuadernos de comunicaciones. La auxiliar sigue como en estado de shock.

Siento un perfume inconfundible, fuerte (el olfato es otro sentido que sigue a mi lado, pleno). Entra Cocó agitando las llaves de la camioneta. Entra con sus uñas, sus zapatillas con plataforma, sus cincuenta y muchos y su gorra ultra brillante. Los concurrentes se excitan con su presencia, besos y aplausos.

¡Hola, Laurita hermosa, mi amor, ese pelo! ¿¡Cómo podés ser tan linda?!

Me dejo abrazar como si fuera un muñeco de trapo. Sé que el olor a Cocó (imitación de “S by Shakira” más nafta súper) me va a quedar impregnado unos días. Me suelta, vuelvo derretida a mi silla, enseguida clava la vista en Keki y su maquillaje corrido.

¡Nena!, ¿qué te pasa? ¿qué es esa cara?

(Keki intenta comenzar una frase pero balbucea un par de sonidos sordos y baja la cabeza, se parece a mí por un momento)

¿Es ese chico, no?

No es un chico.

Hombre no es, nena. Si no elige a una mujer como vos, hombre no es.

Es que no sé, esta vez pensé que...

¡Dejá de pensar, nena! Mirate: sos una bombona, ¡olvídate de esos boludos!

¡No sé por qué siempre me engancha con esos! No aprendo más...

Cortala con los casados. Nunca dejan a la mujer. A vos se te juega algo, nena. A una amiga le pasó. ¡Buscan un papá! ¿Sabés los nenes con los que podrías...? ¿Acá no hay ninguno?

No...

El otro día vi que le tomaban entrevista a uno que... ¡Mamita!

No sé, no sé...

Sí, sabés. Me voy. ¡Vamos! Chau, nena. Disfrutá el feriado.

Descansá. ¡Y cambiá esa cara que no sos una momia! Sos una bombona, bombonaza.

Ahí es cuando Cocó le guiña el ojo a Keki, cortando el aire con sus filosas pestañas postizas. Y en seguida "la rumba de la Cocó / de la Cocó / de la Cocó". Canta su canción característica y todos los concurrentes la siguen hipnotizados a la camioneta. La auxiliar la acompaña con sus manos todavía temblorosas.

Keki se pone a juntar el montón de lápices y crayones y los mete lentamente en una lata de Nesquick multiuso. En eso abren la puerta, se asoma un gordo con saco marrón y vaqueros, tiene una barba candado prolijamente cortada. Lo habré visto dos o tres veces, siempre está vestido igual, aunque el calor sea insoportable.

Eugenia.

¿Sí?

Adiviná.

Sí, tengo que facturarte.

Eso mismo.

Ya me hice el monotributo, me falta imprimir las facturas.

Dale. Ni bien puedas...

(El gordo me mira)

¿Y ella?

Ah, es Laura, está en mi sala hace un tiempo.

(El gordo me sigue mirando)

No la tenía vista. Hola Laura.

(Obviamente no digo nada, igual no tendría nada que decir)

“Hasta luego”. El gordo se va, Keki termina de juntar las cosas y me prepara la pastilla verde. Esa es infalible, todos los días.

Sí, es un asco, pero me acostumbré a tragarla. Básicamente me va atontando hasta dejarme completamente dormida. Por este motivo prácticamente no participo de la vida, ni la recuerdo, entre las seis de la tarde y las ocho de la mañana del día siguiente.

Despierto. Estoy en la nube (así le digo a la primera hora después de la pastilla verde y el sueño). Todo está borroso, como censurado. De a poco empiezo a sentir el apoyabrazos tajeado de mi silla de ruedas. Me doy cuenta de que estoy en el SUM (que es el comedor pero sin las mesas). Estoy acá, estacionada, viendo las interminables cartulinas que forran la pared. Todavía tengo plasticola seca en las manos. No hay nadie, no se escucha el griterío de siempre. Me acuerdo lo que dijo Cocol del feriado. Me pregunto cuál feriado será. Me pregunto qué mes exacto será. Hace cuánto estoy acá. Cuál es mi edad exacta. ¿Tuve otra vida antes de esto? ¿La voz que escucho soy yo? Por qué no recuerdo nada importante, por qué nadie viene a verme. ¿Por qué no puedo moverme? Tengo el cuerpo dormido, pero estoy despierta. Soy algo que no es.

Encima me vino. Creo que no me pasó nunca estando acá.

¿Estaré volviendo?

Como sea, tengo olor a concha. Olor a algo que estuvo guardado mucho tiempo y ahora sale a la luz. Olor a algo que debería estar adentro.

sacudiendo su pija marrón y gomosa, escupiendo las últimas gotas. Una cae cerca de mí, formando un círculo humeante sobre la baldosa.

Lo veo guardar su pija adentro del vaquero. Escucho el cierre, el cinturón, el tintineo del manojito de llaves que tiene atado al cinturón.

Está lindo acá afuera, eh.

Acerca su cara sonriente. La barba candado perfecta, el aliento a café, la grasitud de su cara, veo sus puntos negros como cráteres en la nariz.

No le digas a nadie, ¿estamos?

(Ríe perversamente intuyendo mi mutismo)

Marta reaparece desde la puerta.

Laura, ¿vamos a cambiarte? Hola, Carlos.

Hola Marta, ¿haciendo horas extras?

Sí, señor.

Bueno, acódate, ya sabés.

Sí, le pedí a una prima que es monotributista a ver si me presta las facturas, pero tiene que...

Dale. Metele con eso. Nos vemos.

Ya bañada y cambiada me llevan a la sala 1, la de los más chicos, aunque ahora está “Osito” Mamani (ya sedado), un par de concurrentes más y yo. Marta y otros auxiliares en busca de horas extra armaron la tele con el DVD y todo. Esto pasó antes, algunos días de tormenta, nos ponen películas de Disney o videos interactivos con los que nadie interactúa. Hoy había una película pirata, otra licencia del feriado. Es sobre una chica, Lucy, que empieza a dominar todo su cerebro (porque parece que los demás usamos sólo el 5%) y empieza a hacer cosas fantásticas, imposibles. Le cuesta porque lo ve todo, lo siente todo, todo la emociona y estimula. Empieza manifestarse mi placer, la sensación de omnipotencia que me genera esta película.

¿Estás contenta, Lauri?

Sí, Marta, gracias. Estoy muy contenta porque me estoy pegando un tremendo viaje. Mirá cómo me pongo.

Bueno, tranquila, tranquila, te vas a hacer encima y yo dos veces no te cambio.

Después de la película me entrego sin pensar a los programas de aire. Consigo apagar la cabeza un poco. Consigo el tanpreciado stand by.

La pastilla verde y hasta mañana.

Voy saliendo de la nube con el cepillado de dientes. Un cepillado fuerte, sistemático, sin asco, algo descuidado quizás. Hay un tipo en el espejo. Empiezo a enfocar, empiezo a ver mejor que nunca. Leo los signos: ambo azul, tatuaje de llamas en el brazo. Ganas. Es el nuevo auxiliar. La antigua nueva auxiliar renunció después de la piña de Kevin. El nuevo me agarra la mandíbula, mete agua en la boca, cooperamos para lograr juntos lo más parecido a un buche. Chequeo mis dientes: están ok salvo por las paletas que siento cada vez más grandes y separadas. Mis ojos toman determinación.

Volvemos a la sala para desayunar. El nuevo auxiliar se presenta: “Fernando”. Keki con el maquillaje otra vez intacto, la sonrisa que desafía distante, la calza bien calzada. Apela a cierta seriedad para explicarle la supuesta dinámica de la sala.

Acá no hay lenguaje verbal (ya lo creo que no). Se labura estimulación, se trabaja la motricidad, la incorporación de habilidades básicas... (nunca la escuché tan profesional). Estamos trabajando el imitar, el señalar, el mirar también...

(Keki se le queda mirando y Fernando manotea unos CD pintarrajeados con acrílico)

¿Y estos? ¡Qué lindos!

(Son deprimentes)

Ah, estamos armando la decoración para la fiesta de este viernes... El fin de colonia de verano, ¿te contaron?

Ah, sí, sí. Me dijeron algo. Me contaron que les está faltando un presentador o algo así... ¡Yo hice teatro!, así que, si quieren...

¡Ay, qué bueno!

Después vino la sarta de comentarios sobre neurotipicidad,

neuroplasticidad, más todavía cuando Fernando se declaró militante de la neurodiversidad. Me vino una deriva con esto de la neurodiversidad: imaginé un presidente discapacitado, incomprensible, un ministerio de interpretación del presidente, un partido conservador neurotípico, un progresismo neurodiverso, un estacionamiento para sillas de ruedas, agitación social, remedios subsidiados por el Estado, cursos de capacitación, certificados de capacidad...

Ella es Laura.

¿No hace mucho, no?

No, apenas se mueve, no habla, a veces se queja, a veces está más contenta...

(No la culpo, no hay mucho más para decir sobre mí)

¿Parálisis cerebral, no?

Sí, parálisis cerebral.

(¡No! ¡Mentira! Tengo el cerebro ardiendo, más activo que nunca)

¿Ves? A veces se retuerce en la silla, como quejándose, pero después se le pasa.

Y mientras se me pasa siguen hablando y hablando, cómo hablan. Se miran, pero entran hablando, envidio su habla, su lengua con sus dieciocho músculos. Es una belleza la tensión de esas lenguas, entreverlas bloqueando las salidas de aire de diferentes formas, logrando tantos sonidos con infinitas combinatorias, con millones de palabras resultantes. Ver la tensión de sus rostros, otro montón de músculos trabajando en forma refleja, dándole una riqueza impensada a las millones de palabras. La belleza de sus dedos moviéndose. Mierda, cómo extraño esa puta motricidad fina, la usaría tan bien. Nadie piensa en nada, esa es la razón de mi maravilla, es increíble todo lo que puede insinuar Keki sin siquiera pensar. Y todo por tener esa hermosa tensión muscular trabajando para ella, haciendo todo el trabajo, poniendo todo en su lugar. Qué belleza el sistema nervioso, la lengua nerviosa, la cara nerviosa, los dedos nerviosos, el culo nervioso. Paradójicamente, lo que Keki valora más son sus tetas operadas, ese par de trozos de masa inerte, sin tensión ni dirección. Mi tensión es sólo una, la que me mantiene medio dura en la silla, o

estoy medio dura o estoy hecha un desparramo. Músculos, quiero músculos, ¡quiero tensión! Y en ese momento escucho lo mejor que podía escuchar:

Bueno chicos, a educación física y después tomamos la merienda. Vamos todos juntos al SUM. La profesora de gimnasia (Estefanía, que no permite que le digan Estefi) se acerca toda tonificada. Nos muestra su última creación, armó uno de sus circuitos temibles:

Colchoneta, escalones, rampa, colchoneta, colchoneta, túnel de aros, neumático, neumático, neumático, mini-tramp, colchoneta.

¿Estamos para dejar la silla, Laura?

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Más que nunca! Sacame de acá, poneme en el piso que soy capaz de salir reptando. La profesora y Fernando me separan de la silla y me depositan en el suelo. Marcos sale disparado al circuito, desarmando todo. Kevin mira serio los neumáticos. La forrita de Camila se busca un nuevo rincón y se sienta, nadie consigue sacarla.

Llega mi turno. Estoy más lista que nunca, las rodillas en el suelo, la cola sobre los talones, mis manos clavadas como garras al piso.

¡Uno!

(Transpiro más que las bandejas del almuerzo)

¡Dos!

(Enfoco con total nitidez)

¡Tres!

Suena el silbato. Me quedo dura, no consigo moverme.

¡Vamos, Laura!

Determinación, determinación, determinación. Mi mano izquierda sale disparada como una cuchilla y se clava en la colchoneta.

¡Eso!

Sale la derecha y clava como un ancla. Uso toda mi fuerza y más, los brazos flacos me tiemblan como locos. Las luces del cerebro se me encienden como una calle de Hong Kong. Consigo arrastrar el lastre de mis piernas. Izquierda, derecha y arrastro. Izquierda, derecha y arrastro, y sigo y sigo. Fernando alienta, Keki llora.

Subo los escalones como penitencia de monja. La profesora hunde su brazo en mi pecho y me hace rolar por la rampa. Paso las colchonetas sin vacilar. Fernando y Estefanía me agarran de las

axilas y me hacen volar por encima de los neumáticos. Siento una ventisca en la cara (el cliché de la libertad, pero qué hermoso que es). Me sueltan en el mini-tramp, reboto, tengo miedo, se ríen, me río, no entiendo nada. Me ponen en la colchoneta. Aplauden. Compartimos el recreo con la sala 4. Keki se acerca con un vaso, en su mano la veo: la pastilla rosa. Mi proeza no podría tener mejor recompensa. La tomo desesperada y mi hiperventilado no cuerpo no puede estar más disponible, mi cerebro respira. Entonces, detrás del malón de la sala 4, lo veo venir, en su silla de ruedas viene Erwin Quispe Hualpa, mi chico de la sala de los que hablan. Viene tranquilo y cansino. Estefanía lo baja de su silla y lo pone en el suelo (ella sabe que nos gusta estar en el suelo). Avanzamos juntos arrastrando nuestras piernas como harapos, vamos lentamente hasta la huerta, me toma la mano y sigue con lo que mejor hace, hablar.

Creés que io soi un tranquilo por mi voz que es tranquila como una nubecilla encima de un bosque pero io no soi siempre tranquilo hoy pegué un golpe a Mamani Mamani es un abusivo y no quiero problema con ese muchacho io quiero que sepas que golpeé su brazo y ia no me ha molestado en cambio ha bajado pantalones del Rulo y Gustavo lo ha retado io creo que Gustavo es bueno por retar a Mamani que es un abusivo y un bajador de pantalones lo ha retado y dejado sin merienda y después hemos ensaiado la obra de teatro que escribe Franco de los dragones que invaden la Galicia España y io soy un profesor que viaja en alfombra mágica y salva a Amanda de los dragones y ahora Amanda dice que es mi novia pero eso es mentira porque no es mi novia de verdad mi novia es Laura porque io la quiero y a Amanda no la quiero porque grita y Gustavo la reta y se queda sin merienda y no puede ensaiar obra y después Joel me contó que tú vas a cantar una canción y io tengo muchas ganas de verte hacerla cantar la canción cuando nos casemos vamos a invitar a Amanda, a Gustavo, a Keki, a Rulo, a Joel, a Marcos, a Estefanía, a Kevin...

Miro a Erwin mientras habla todo eso, veo su pelo negro de

perfecto lacio, sus dientes están tan bien. Me gustaría besarlo, para variar. Digo, al fin y al cabo es mi novio. ¿Un novio por default? Ya no me importa. Quiero besarlo, acariciarlo, abrazarlo. Me encanta esa piel negra, joven, no dejo de pensar en lo suave que debe ser. Tengo amor para dar, necesito descargarme. ¿Por qué él no me besa? Creo que nunca va a hacerlo si no lo hago yo primero. Mañana voy a cantar, sí, y vos vas a actuar en el cierre de la colonia. Vamos a estar muy lindos, me muero por verte todo arreglado. ¿Traerá Marta sus productos Avon para pintarnos? ¿Me dejarán con el pelo suelto? Me encanta estar así, sí, ya lo sé, es por la pastilla rosa. ¿Por qué no me besás? Dale Erwin. Mirá que tengo poderes psíquicos. Mirame, mirame. Dale. Callate un poco. Haceme callar.

Llegó el viernes, llegó el gran día. Espero sola adentro de mi sala. Se escucha la música que viene del SUM, la gente que aplaude cada vez que uno de los concurrentes hace algo mínimo, lo que sea. Todos están ahí. Tengo que esperar acá porque no podemos estar todos juntos en escena, si no nos alteramos. Estoy nerviosa, no recuerdo haber actuado en público. Me siento más fuerte, practico la canción abriendo la boca todo lo que puedo, como me enseñó el profesor de teatro. Todos están ahí, los orientadores, los concurrentes, varios de sus padres, los dueños, Cocó. Peinaron a Erwin para atrás, con mucho gel y le pusieron gafas negras, está hermoso, más hombre, aunque perdió ese lacio que imagino tan suave. Me gusta mi look. Keki me maquilló y me peinó mientras me contaba de su encuentro con Fernando. Me sacó la plasticola seca y pinto mis uñas largas. Me pusieron muñequeras, me gustan. Quiero estar ahí, puedo estar ahí. Me gustaría ver a los demás, pero tengo que concentrar. Concentrar.

Un tintineo de llaves me interrumpe. Escucho la puerta. El gordo entra pesadamente. La música se cuela fuerte. Cierra a toda velocidad, se sienta en una de las sillas. La cara grasienta brilla. Apoya las yemas de los dedos en su frente, respira agitado. Luego profundo. Hola, Laura.

(Separa las manos de la cara y me mira)
¿No vas a actuar vos? ¿Viste a los chicos?, ¿a los chiquitos de la sala 1? Es muy hermoso lo que está pasando ahí. Los papás están tan contentos. ¿Vinieron tus papás? Esos disfraces... Ivancito Alegre se tapaba la cara y se la destapaba “¡Acá toy!” ¿Te imaginás lo que tuvo que practicar para hacer eso? Me da una ternura... Tremenda. Tengo ganas de abrazarlo, ¡de abrazarlo hasta la asfixia!

(Ríe grotescamente con sus ojos llorosos)
¿Sabés? Acá todos piensan que soy frío, que vengo a hacer los papeles, la plata. Cuando veo cosas como esta, con tanto amor junto, me acuerdo que estoy en una misión.

(Quisiera que venga Keki a buscarme, ahora)
Yo también quiero dar amor, Laura. Pero algunos no somos tan, tan demostrativos, ¿viste? Yo no puedo decirle esto a... Marta, por ejemplo. No le puedo decir esto a mi mujer. Vos me escuchás ¿no, Laura? Yo sé que algo entendés, que estás ahí.
(Vení Keki, vení, dale dale dale dale dale dale dale dale dale dale)

Te quiero mostrar algo.

(Se levanta y viene al lado mío, abre su saco y del bolsillo interno saca un papel todo arrugado que despliega sonoramente)

Mirá.

(Es un dibujo hecho con témpera)

Esto me lo hizo Cata, Catalina, mi nena. Miralo, mirá el dibujo. Este soy yo.

(Prácticamente me lo refriega en la cara)

Acá dice “papá”. Dice “papá” y hay un corazón ¿No es hermoso? Amo a Cata, amo a mi hija. Tiene diez años. Me encanta abrazarla, besarla. Ella me ama. Me ama a tal punto que yo no estoy a la altura de ese amor, ¿me entendés? Me encantaría saber lo que estás pensando. ¿Qué pasará por tu cabeza en este momento? Me voy a proponer dar todo mi amor posible. No soy sólo un contador. Estando acá lo entiendo. Viendo a los chicos, el trabajo de los profesionales, los padres, la cooperadora. Tengo que estar a la altura, pero es difícil. El amor tiene un límite.
¿Cuánto amor se puede dar?

Mirate. Tan linda.

(Se queda callado mirándose)

¿Estás contenta, no?

(Callado)

¿Te molesta si te doy un beso?

Yo no te quiero faltar el respeto... Permiso... Permitime.

Me da un beso en la sien, otro en la cabeza, otro en la frente, otro en la boca. Siento la barba candado, la grasitud, las lágrimas espesas. Me agarra la cabeza y me hace besarlo. Da un paso atrás, abre la hebilla otra vez. Me agarra la mano y se la pone en la pija. Me besa desesperado.

Siento un rayo de electricidad en la cabeza, un rayo interno. Mi cara se tensa. El rayo baja y recorre todo mi brazo hasta llegar a la punta de mis dedos, cerrando mi mano como una garra. Aprieto su pija, el gordo se excita. Aprieta más, ya no controlo mi mano. El gordo jadea y balbucea cosas sobre el amor. Aprieto más hasta clavarle las uñas más y más. El gordo grita, trata de sacarme pero no puedo. Yo tampoco podría.

Golpean a la puerta. Mi mano se suelta.

El gordo se sube los pantalones desesperado, prueba llaves torpemente hasta que consigue abrir. Se escucha la música fuerte.

Aparece Keki.

¡Vamos Lauri! ¿Carlos? ¿Qué hacés acá?

Permiso...

El gordo se escabulle y Keki me lleva a toda velocidad al SUM.

Veo un montón de gente, los chicos disfrazados. Erwin reluciente. Marcos masturbándose con la pierna de la abuela de alguien. Camila en un rincón. Fernando con un chaleco de colores y una nariz de payaso.

¡Y ahora! ¡Un momento especial! Ella es una chica tranquila, silenciosa. Pero en su interior esconde un mundo secreto, un mundo secreto que hoy, por primera vez, sale a compartir con ustedes. Es la reina del misterio, es la reina de la canción ¡¡¡Es Lau, Lau, Lau, Lau, Lau, Lau, Lauraaaaaaaaaa!!! ¡¡¡Fuerte el

aplauso!!!

Bajan las luces, le dan a un reflector con una bola de boliche y suena mi canción.

*(Se escucha la versión en español de la canción “Titanium” David Ghetta .
Laura hace playback)*

*Te siento gritar
pero ni una palabra llega
Hablo por hablar
sin que decir
Me criticás, pero tus armas
no funcionarán
Dispara y verás que volveré*

*No me derribarás jamás
Dispárame, dispárame
Fuerte estoy, aquí me ves
Dispárame, dispárame
Nunca me verás caer
Soy de titanio
Nunca me verás caer
Soy de titanio*

(La música estalla y toma todo)

Nos armamos la mesa en el SUM, que quedó hecho un desparramo de sillas, guirnaldas y cartulinas. Con Marta siempre almorzamos juntas los sábados, estamos prácticamente solas. Me hizo unos fideos, unos moñitos. Ella fue a comprar su sándwich al almacén de la esquina, me convidó un poco. Mis dientes le hicieron frente al pan francés, salí ilesa. Ahora soy más fuerte. Terminamos de comer y llega el momento que estábamos esperando. Ayer, después de mi presentación, Erwin me dio una carta. Él no sabe escribir, seguro le pidió ayuda a Maxi, un chico

de la sala 4 que declaró su amor a todas las orientadoras. Como sea, Marta despliega ansiosa la carta. Se ve una letra enorme, cargada.

YO TE AMO TE QUIERO MUCHO LINDA PRISIOSA AMOR CASA COMIGO
CORAZON MI NOVIA ES MUJER MI POSA ESTOY ENAMORADO COMIGO TU
BESO MI ALMA YO LLEVO UPA COMIGO QUE VISITAR CON VOS SORPRESA
BESO MANO ANILLO VOSOS HERMOSA MI VIDA MULLOSA BELLEZA
MARAVILLOSA FLORSITA. AMOR MIO YO ESTOY CON LAURA MI AMOR
TA BUENA FREQUILLO QUERES UN VASO COPA SIDRA COMIGO YO CUIDO
EMBARAZADA CON VOS ME QUERES ME QUEDO EMBARAZO DEFENDES
A MI ME SUENA QUE COMIGO CONOCES A MI QUEREMOS ABRAZAS POR
FAVOR ABRAZAS POR FAVOR CUIDATE MUCHO YO MITO A MI CASA TA
LINDA LAURA YO ME QUEDO EMBARAZO.

Marta termina de leer y me mira. Yo la miro a los ojos. Me abraza fuerte. Apoyo las manos en su espalda. Siento el calor del abrazo. Siento una lágrima en mi rostro. Siento.

FIN

UNA LUZ CENITAL



José Moset

José Moset

Nació en Gödeken, provincia de Santa Fe, en 1948. Estrenó *Rebelión en la playa de estacionamiento* (1982), *La operatoria* (1983), *Salvar al jefe* (1983), *Pelo de zanahoria*, sobre la novela de Jules Renard (1987), *La línea de cal* (2006) y *Olga, de La Plata* (2007). *No cuente el final* (2013) obtuvo el primer premio del I Concurso Nacional de Micromonólogos, organizado por la Facultad de Artes de Tandil. Es autor del libro *Trotatablas, crónica de una obstinación*, sobre el director teatral Eugenio Filippelli, y de un ensayo, en colaboración con Omar Tiberti, sobre el Centro Dramático del Litoral, basado en una investigación que recibió una beca del Instituto Nacional del Teatro.

Como periodista trabajó en el diario *Democracia* y fue colaborador de los diarios y revistas *Rosario 12*, *La Capital* y *Vasto Mundo*, de Rosario, *Pájaro de fuego* y *Palos y Piedras*, de Buenos Aires. Fue jefe de redacción de la revista *Acción*, de Buenos Aires. Actualmente vive en Rosario.

PERSONAJES

ELINA

JOAQUÍN

NELSON

GLADYS

RICARDO

ALFREDO

MARITO, EL BULULÚ

Sótano con olor a humedad y a tabaco rancio. Una escalera sube hacia una pequeña puerta de chapa, que comunica con la vereda.

1.

NELSON: Dijo Barletta: “Anoche, una obra fundamental del Bardo, nada menos que el gran poeta de la Humanidad, convocó en un teatro de arte a 20 espectadores. Y anoche también, a la misma hora, la publicidad juntaba 70.000 para un partido de fútbol”. Pausa de Leónidas, que agregó: “El día que esas cifras se inviertan, el país se habrá salvado”.

2.

En el vano de la puerta de chapa, aparece Elina.

ELINA: Aire de la vieja ciudad; más allá, los paredones y las rejas del puerto. Empedrado, vereda angosta, baldosas rotas. Mitad de cuadra, números nones. Peldaño por peldaño. Humedad, tabaco rancio, luz de neón. *(Desciende)* Apoyado en una columna, de espalda a la entrada, leía un libro. Reconocí la tapa.

JOAQUÍN: Es que necesitaba descansar un poco de la dramaturgia y de los dramaturgos. Como distracción, otro género.

ELINA: Una gran novela.

JOAQUÍN: Eso dicen, pero me parece que no es para mí. Demasiado oscura.

ELINA: Tiene claves. Son cuatro partes; la primera está contada por el idiota de la familia: dice lo que ve, mezcla pasado y presente.

JOAQUÍN: Y el lector que se joda, ¿no?

ELINA: Ahí la clave son los criados negros que lo cuidan: Versh en la infancia, TP en la adolescencia y Luster en el presente del relato. Eso te ubica en el tiempo.

JOAQUÍN: Si me lo tienen que explicar, ya no me gusta. *(Deja el libro)* Arte para snobs.

ELINA: Soy Elina, amiga de Nelson. Anoche vi Despierta y canta. Quiero ingresar a Cenital.

JOAQUÍN: Integrantes y aspirantes...

ELINA: *(Transición)* Casi una hora después, subí por primera vez los escalones; al llegar a la vereda me quedé mirando el agujero en el cartel.

3.

GLADYS: Sólo hice la primaria. Desde los 17 años trabajo de enfermera en el hospital. Se habla mucho de las relaciones de las enfermeras con los médicos. A mí me pasó y duró un año. A él le gustaba escribir y una vez ganó un concurso de obras breves de la Sociedad Italiana y al estreno nos invitó a varios del hospital. La obra era bastante cómica, se llamaba Esperanza de pobre, pero no creo que me gustara si la viera hoy. Una tiene más elementos y sabe cuando una cosa es superficial o comercial o mierda ideológica; antes no. Se hicieron tres funciones y fui a todas; el último día, a la salida, me invitó a cenar con los actores y algunos

amigos. Se sentó al lado mío y me presentó como una compañera de trabajo. Me daba vergüenza que los demás pensarán que yo era médica.

JOAQUÍN: Integrantes y aspirantes, dos categorías. Los aspirantes tienen el compromiso de colaborar. Los hombres se ocupan de lo más pesado, como cargar y descargar el camión cuando hacemos una función en un barrio o en un pueblo. Construir tarimas, armar la escenografía, trabajos de pintura, albañilería, plomería, electricidad. Las mujeres se encargan de todo lo que sea vestuario y utilería. Y todos, hombres y mujeres, se van rotando en la limpieza de la sala, camarines, baños...

GLADYS: Después de que aquel médico entró en mi pasado, estuve varios meses sola. Los sábados a la noche me vestía como para ir a bailar pero llegaba al centro, daba unas vueltas, terminaba comprando la sexta de La Razón y volvía a mi pieza. Pero el bichito del teatro ya me había picado y un domingo me decidí, miré la cartelera del diario y elegí, no sé por qué, La zorra y las uvas.

JOAQUÍN: Al terminar el primer año, los aspirantes que hayan demostrado mayor dedicación y compromiso pasan a la categoría de integrantes. Si reúnen condiciones actorales pueden tomar cursos en la Escuela de Formación, becados por el teatro.

GLADYS: Pero la suerte quiso que a los cuatro meses, Joaquín me llamara para hacer un reemplazo, el de la criada de La zorra y las uvas y yo, que ya me sabía toda la obra de memoria, casi me desmayo de la emoción. El sábado siguiente, nada menos que Alfredo Aldana escribió en el diario que yo era una actriz promisoria. En mi casa estaban chochos, pero mi hermano me cargaba: ahí viene La Promisoria... Después, me quedó La Promi.

4.

Reunión del Comité Ejecutivo.

JOAQUÍN: Punto uno del orden del día. Acta reunión anterior.

NELSON: *(Lee)* Inmediata reposición de la cortina de acceso a la sala, dañada por el principio de incendio causado por la bomba

molotov del atentado del 2 del corriente. Búsqueda de presupuesto. Hablar con Máximo, escenógrafo del Teatro Vertiente que, por su trabajo particular, está relacionado con mayoristas de telas. Respecto del cartel, dañado con un pedrazo por los elementos de Tacuara, autores del atentado, se decide dejarlo así, agujereado, como un testimonio para los transeúntes de la seriedad de nuestra lucha. Sobre la situación económica se coincidió en la búsqueda de alternativas para generar ingresos extras. Impulsar la creación de un círculo de amigos que ayude a la difusión institucional. Propuestas: vender funciones en sindicatos, cooperativas de crédito, escuelas secundarias y otras instituciones. Organizar un festival con la actuación de figuras destacadas de la música popular. Estudiar la organización de una gran rifa con automóviles cero kilómetro como premios.

JOAQUÍN: Repasemos. ¿Hablaste con Máximo?

NELSON: Sí, el mismo día; dijo que se iba a ocupar, pero todavía no me llamó.

JOAQUÍN: Qué problema.

FLINA: Pensando que esto podía pasar hablé con mi vieja. Ella podría hacer para el viernes una cortina provisoria con bolsas de harina y teñirlas de azul. Van a quedar bien. Yo vendría con ella a colocarla el viernes a la tarde, temprano.

JOAQUÍN: Hecho. Pero igual llámalo a Máximo.

NELSON: Hoy mismo.

JOAQUÍN: No le digas lo de la cortina provisoria. ¿Próximo punto?

NELSON: Situación económica.

JOAQUÍN: Despierta y canta está funcionando bien pero debemos buscar con urgencia otros ingresos; en un par de meses viene el receso de verano y siguen corriendo el alquiler y todo lo demás.

5.

En el vano de la puerta de chapa, se asoma Ricardo.

RICARDO: Esta es la tercera vez. Llego a esta puertita de chapa, veo esta escalera, siento este olor a humedad y a humo de cigarrillos y algo me paraliza. La primera vez me paré a un metro de la puerta, casi

en el cordón de la vereda; vi la luz encendida y no me animé ni siquiera a asomarme. Entonces, caminé despacio hasta la esquina, hice como que esperaba un colectivo. Desde ahí vi a una rubia preciosa que entraba por esta puerta; al rato entró un pelado con pipa y salió una gorda teñida. Me quedé un rato y me fui para el hotel. La segunda vez llegué a asomarme, alcancé a ver gente reunida, platos con sándwiches, vasos de vino. Celebraban algo. Así que menos que menos, me fui enseguida. Pero hoy tiene que ser definitivo. Es hoy o nunca. No puedo volver mañana al pueblo con esta espina clavada. *(Saca del bolsillo un recorte de diario)* Se ha constituido el Círculo de Amigos del Teatro Cenital, CIRTIC. Los interesados deben dirigirse a la sede de este teatro independiente de 19 a 21. *(Amaga entrar, se detiene)* ¿Y si me voy? Creo que esto no es para mí. *(Llega Nelson. Se detiene, lo observa)*

NELSON: Buenas tardes, amigo, ¿busca a alguien?

RICARDO: *(Tartamudea)* Círculo de Amigos...

NELSON: Sí, cómo no, adelante. *(Bajan los dos)*

JOAQUÍN: El lanzamiento fue un éxito. En una semana se incorporaron al Círculo de Amigos más de treinta personas: profesionales, docentes, estudiantes, comerciantes, simples espectadores.

RICARDO: *(Presentándose)* Ricardo, simple espectador.

JOAQUÍN: ¿Ocupación?

RICARDO: Comisionista. Soy de Laguna Seca, que está a cuarenta leguas, como dicen los viejos del pueblo. Viajo todas las semanas en tren y siempre me quedo un par de días.

JOAQUÍN: ¿Sabe por qué nos llamamos independientes?

RICARDO: Porque no están asociados a ningún...

JOAQUÍN: Porque somos independientes de los empresarios, los que lucran con el teatro. El Círculo va a ser una bandera de todo eso. Va a organizar charlas con personalidades de la cultura, va a mantener fluidas relaciones con instituciones culturales; va a contribuir a la búsqueda de nuevos ingresos que permitan potenciar la actividad artística. Los miembros del Círculo, además, serán asociados del Teatro Independiente Cenital Cooperativa de Trabajo Limitada y podrán participar de las asambleas.

6.

Portando un gran grabador a cinta, tipo Geloso, que lleva siempre consigo, Alfredo baja la escalera.

ALFREDO: El miércoles empiezo un nuevo programa, “Cita con el espectáculo”, de 18 a 19. Ustedes saben que la radio tiene precisas pautas de funcionamiento. Si por mí fuera, por ejemplo, yo no dudaría un instante en darle toda la manija del mundo a Despierta y canta o La zorra y las uvas y entrevistar a cada uno de ustedes las veces que se nos dé la gana. Pero ocurre que esta semana vienen Carlos Cores y Elizabeth Killian con una comedia policial y a la radio le viene muy bien recibirlos en la emisora y que yo les dedique buena parte del programa. La semana próxima vendrá Rosamel Araya y va a pasar lo mismo, incluso piensan hacerlo cantar en el balcón. Pero aun con esos límites, yo quiero ocupar ese espacio por dos razones: porque es mi medio de vida y, especialmente, porque me abre a un público distinto y más amplio del que me lee en el diario. Y también, les confieso, para ir metiendo cuña; si lo puedo llamar así, es el contrabando independiente en los grandes medios de difusión.

7.

ELINA: Dos citas de Kive Staiff. Una de Amiel: “La crítica es, ante todo, un don, una intuición, una cuestión de tacto y olfato. No puede enseñarse ni demostrarse: es un arte”. Otra de Arturo Toscanini: “El crítico es como un eunuco: quiere, sabe cómo, pero no puede”.

8.

ALFREDO: Mi escuela fue la calle y lo sigue siendo. Todavía camino ensayando. Me tapo la boca y hablo muy bajito. *(Lo hace)* Hoy nos acompaña Alfredo Alcón, que ha llegado a nuestra ciudad al frente de su compañía para realizar una serie de funciones de El pescador de sombras, del francés Jean

Sarment. Quiero preguntarle tantas cosas, Alfredo, pero ya sabe, el tiempo es tirano. Empecemos por su infancia: ¿tuvo modelos en esos años? *(Imita la voz de Alfredo Alcón)* Ante todo, buenas tardes a todos los oyentes. Creo que esos modelos provenían, precisamente, de un medio como este: la radio. Tal vez las voces del radioteatro. Hubo otros, por cierto, no sé, mi maestra de cuarto. *(Cambio)* Qué interesante, Alfredo, que el público conozca esta faceta de uno de sus ídolos, algo que seguramente suena más humano que la frivolidad de algunas revistas. *(Pausa)* Ensayo por la calle porque en la radiofonía no hay modelos, ni maestros, ni nada. Todo comercial.

9.

Comité Ejecutivo.

- JOAQUÍN: La situación económica es preocupante. Tenemos más gastos que ingresos; no puede ser, hay que darle un corte. Pensemos ya mismo en propuestas concretas. Convoquemos a una reunión de asociados para el lunes próximo.
- NELSON: ¿Orden del día?
- JOAQUÍN: Situación económica.
- ELINA: Habría que tratar también la programación del año que viene.
- JOAQUÍN: No sé. Serían dos temas pesados juntos.
- ELINA: Pero son complementarios. Primero, porque el ingreso principal, el más genuino, viene de la boletería. Segundo, porque los compañeros están inquietos porque sigue sin definirse ese tema importante.
- JOAQUÍN: Con los compañeros hay que hablar, explicarles...
- ELINA: Y tomar decisiones.
- JOAQUÍN: Las estamos tomando. Una parte de la próxima temporada está confirmada. Vamos a reponer La zorra y las uvas y no se olviden que estrenaremos la obra que gane el Concurso de Dramaturgos Noveles. Está bien, pongamos los dos temas. Que primero vaya el económico.
- NELSON: Habría que pensar en nuevos auspiciantes.
- JOAQUÍN: Los dos fijos van a seguir.
- NELSON: Habría que plantearles aumento de los aportes.

JOAQUÍN: No es fácil. La Caja de Crédito tiene sus problemas y no podemos exigirle más. La fábrica está comprometida conmigo pero no hay que abusarse, no hay que matar a la gallina de los huevos de oro. Hablé bastante con Amílcar por el tema de la rifa. Es un proyecto importante: diez autos Kaiser Bergantín cero kilómetro, a sortear uno cada dos meses por la Lotería Nacional. Por otra parte, voy a plantear en la fábrica que nos vendan a precio de costo, seis heladeras, para intercalar en los sorteos con los coches. Los números dan y nos van a dejar una ganancia interesante. Amílcar, que tiene mucha experiencia en ventas, va a ser el administrador. Él se encargaría de seleccionar 10 vendedores y los cobradores que sean necesarios; todos irían a comisión. Además, nosotros, los integrantes de Cenital, podemos vender y recibir el 15 por ciento de comisión. Yo, en mi caso, pienso vender unas cuantas y no voy a cobrar para que esa plata quede en el teatro. Pero comprendo que haya compañeros que necesiten reforzar sus ingresos y esta es una gran oportunidad. Creo que va a funcionar muy bien: todos tenemos familiares, parientes, amigos y vecinos a quienes ofrecer la gran Rifa del TIC.

10.

Ricardo y Gladys hablan, mientras Joaquín va formando seis pilas de diecinueve carpetas cada una.

RICARDO: Mi gran amigo del pueblo es un fotógrafo búlgaro, que es casi un viejo, con el que muchas veces trasnochamos entre café y coñac. No le gustó cuando le conté que si me tengo que quedar a dormir en la ciudad, a la noche voy al varieté al aire libre: me siento en una de esas sillas de lata, al lado de una mesita, me pido una cerveza con maníes y aceitunas, y veo actuar a Marrone y a otros cómicos de acá, me río un rato y la paso bien. Perdés el tiempo, me dijo el fotógrafo búlgaro, son frivolidades que al día siguiente te olvidás: no te dejan nada de nada. Tenés que aprovechar el privilegio de estar una noche en la ciudad para ir a un teatro independiente. Eso es el futuro. Yo no sabía ni qué

era eso, pero me quedó dando vueltas y un día vi en el diario que anunciaban una función en el patio de una biblioteca y fui a ver El centroforward murió al amanecer. Esto es lo que me gusta ver, pensé mientras volvía al hotel. Ahí empecé una nueva vida. Vi Despierta y canta, El hombre, la bestia y la virtud, La zorra y las uvas, hasta La cantante calva, que yo no sabía todavía que era mierda ideológica. Cada obra que veía se la contaba al fotógrafo búlgaro, y me daba cuenta que cada vez las contaba mejor, con más detalles y hasta a veces le agregaba alguna cosita. Él me escuchaba con mucha atención y después sacaba sus conclusiones. Ahora, lamentablemente, está enfermo, parece que es algo delicado; hace poco lo trajeron aquí, al hospital provincial y sigue internado. Voy a visitarlo cada vez que puedo y me quedo las dos horas de la visita. El problema es que se terminan las obras para contarle. Entonces tuve una idea: fui a una librería de la calle Sarmiento, que vende usados, y compré varias obras de teatro y se las conté como si las hubiera visto. Empecé con La muerte de un viajante, que le encantó, y seguí con La guerra de Troya no sucederá, Las manos sucias, El pan de la locura, Delito en la isla de las cabras...

GLADYS: ¿Viene a verlo otra gente del pueblo?

RICARDO: Alguno que otro, pero se quedan un rato y se van.

GLADYS: Debés extrañarlo allá...

RICARDO: Mucho.

GLADYS: ¿Tu mujer qué dice?

RICARDO: ¿De qué?

GLADYS: De tu amistad con él.

RICARDO: Que no la entiende, por la diferencia de edad. Pero lo que le da bronca es que no me quedo en casa.

GLADYS: Algo de razón tiene.

RICARDO: Necesito salir un rato, hablar con alguien.

GLADYS: Con ella, ¿no hablás?

RICARDO: Es distinto.

GLADYS: ¿Y tu hijo?

RICARDO: Otro que no se queda en casa. No hace más que jugar con los amigos, en la calle; allá no hay peligro.

JOAQUÍN: Ricardo, vení, dame una mano. *(Ricardo se acerca)* Contá que haya

diecinueve en cada pila. Gladys, enjuagá los vasos. Alcanzame el sacacorchos. *(Joaquín destapa una damajuana. Huele el contenido)* Muy bien, no está picado.

RICARDO: Todas diecinueve. Qué bueno. ¿Vamos a brindar?

GLADYS: Listo. ¿Somos seis, no?

JOAQUÍN: Sí.

GLADYS: ¡Cuánto para leer! ¿Qué tiempo tenemos?

JOAQUÍN: En la reunión veremos. Vamos sirviendo. *(Ricardo acerca los vasos. Por la escalera vienen bajando Elina y Nelson con cajas de pizzas)*

ELINA: ¿Llegaron todos?

GLADYS: Falta Alfredo.

FLINA: Se va a enfriar. ¿Qué hora es?

NELSON: Y cuarto.

GLADYS: Esperemos cinco minutos. *(Joaquín y Ricardo reparten los vasos)*

JOAQUÍN: Mejor esperar con un trago.

GLADYS: Gracias, yo no tomo; estoy a dieta.

JOAQUÍN: Vamos, Promisoria, en este jurado no se aceptan abstemios.

GLADYS: No puedo.

RICARDO: Tomá un poco nomás.

GLADYS: Bueno, cuando brindemos me mojo los labios.

FLINA: *(Hojea las carpetas)* Estas copias son desastrosas. Ni el original se lee bien. Uno que no gasta en cintas.

NELSON: Por mí, la descalifico.

ALFREDO: *(Bajando la escalera con su grabador)* Buenas noches a todos.

GLADYS: Llegás justo.

ALFREDO: ¿Y esto?

JOAQUÍN: Para festejar el éxito del concurso. Diecinueve presentadas.

ALFREDO: Está muy bien.

JOAQUÍN: Sin dudas.

ALFREDO: Sobre todo, teniendo en cuenta que un autor se forma como tal viendo sus obras verticalizadas en el escenario. Que haya diecinueve noveles con inquietudes en esta ciudad es una buena noticia.

NELSON: Ojalá valgan la pena.

ALFREDO: Con que haya una ya está bien.

JOAQUÍN: Salud. *(Brindan y se sirven pizza)* ¿Un mes y medio de plazo les parece bien? Serían dos días para cada obra, promedio.

RICARDO: Para mí, sí. Yo, en el tren, tengo muchas horas muertas que puedo aprovechar.

ALFREDO: Está bien el cálculo pero yo estoy complicado con el diario, el nuevo programa de radio y un libro que quiero terminar este mes.

ELINA: ¿Estás escribiendo un libro?

ALFREDO: Un ensayo, El teatro de Andrés Lizarraga.

NELSON: Muy interesante.

JOAQUÍN: Hace tiempo que quiero hacer Tres jueces para un largo silencio. Sobre Castelli, el orador de la revolución.

ALFREDO: Su obra fundamental.

ELINA: ¿Si nos tomamos dos meses?

GLADYS: Sí, sí.

ELINA: ¿Qué te parece, Alfredo?

ALFREDO: Me olvidaba que también tengo mucho trabajo con un suplemento por el aniversario del diario. ¿Podría ser a fines de noviembre?

JOAQUÍN: Listo. Agenden 30 de noviembre. Ese día a esta misma hora nos reunimos y damos nuestro fallo. *(Silencio para comer y beber. En un momento, Gladys se acerca al grabador de Alfredo y oprime una tecla)*

VOZ ACTOR: Son las seis de la tarde..., es de noche ya. ¿Te acuerdas que antes no era así? Aún era de día a las nueve de la noche, a las diez, a las doce.

VOZ ACTRIZ: ¡Pues es verdad! ¡Qué memoria!

VOZ ACTOR: Ahora todo ha cambiado.

VOZ ACTRIZ: Y, según tú, ¿por qué ha sido?

VOZ ACTOR: No lo sé, Semíramis querida... Quizá porque cuanto más se avanza, más se hunde. Es debido a la Tierra, que gira, gira, gira, gira...

VOZ ACTRIZ: Gira, gira, cariñito... ¡Ah, sí, tú eres, sin duda alguna, un gran sabio! Tienes condiciones, querido. Habrías podido ser presidente jefe, rey jefe o incluso doctor jefe, mariscal jefe, si hubieras querido, si hubieras tenido un poco de ambición en la vida...

VOZ ACTOR: ¿Y de qué nos hubiera servido? No habiéramos vivido mejor... y, además, tenemos una posición: a pesar de todo, soy mariscal de los pisos, puesto que soy portero.

GLADYS: ¿Y esto qué es?

ALFREDO: ¿No sabés?

GLADYS: No.

ALFREDO: (*A Nelson*) ¿Y vos?

NELSON: No.

ALFREDO: (*A Ricardo*) ¿Vos?

RICARDO: Me suena..., pero no sé...

ALFREDO: ¿Joaquín? (*Joaquín niega*) ¿Elina?

FLINA: Las sillas, de Ionesco. (*Gesto de reprobación de Joaquín*)

RICARDO: Ah, sí, ahora me acuerdo. Era una obra rara.

JOAQUÍN: Qué pérdida de tiempo, ¿no? Otra vez consultá antes de ir.

ALFREDO: ¿Qué quieren que les diga? Yo creo que todos ustedes deberían conocerla.

JOAQUÍN: ¿Para qué?

ALFREDO: Como curiosidad, al menos. Es una pieza importante, dio la vuelta al mundo.

JOAQUÍN: ¿Y eso qué prueba?

ALFREDO: Es una obra contemporánea. Conocerla, aunque sea para discrepar.

JOAQUÍN: No me interesa. ¿Para qué sirve eso?

ALFREDO: Pero si ni siquiera la leíste.

JOAQUÍN: Leí otras y son calcadas. Trabajan con situaciones límite. A partir de ahí, todo es posible.

ALFREDO: Está bien que todo sea posible.

FLINA: De acuerdo con eso.

NELSON: Yo también.

JOAQUÍN: Entonces, búsquense otro teatro.

FLINA: Ehhh..., no podés ser tan cerrado.

JOAQUÍN: Tengo derecho a elegir y a descartar.

RICARDO: Era una obra rara. Una vieja y un viejo le hablaban a personajes invisibles que se sentaban en muchas sillas vacías. Pero era interesante.

JOAQUÍN: ¿Qué era lo interesante? ¿Qué te dejó la obra? ¿Cuál era el tema? ¿Qué quería decir? ¿Qué mensaje tenía? No entendiste nada.

RICARDO: No sé, pero la pasé bien. Muy buenos la actriz y actor, al final aparece otro que no habla.

En lo alto de la escalera se recorta la figura de Marito, el Bululú.

MARITO: (*Llama*) Eli... Eli... ¿estás ahí?

ELINA: ¡Marito! Bajá.

MARITO: (*Mientras descende*) “Yo estuve aquí una vez/ mas cómo y cuándo no sé decirlo/ conozco el césped de la entrada/ el perfume sutil/ el sonar suspirante/ las luces de la playa”. (*Todos miran a Elina*)

ELINA: (*Presentándolo*) Marito, un nuevo amigo.

MARITO: Soy gente del llanero Páez, servidor. (*Nadie entiende*)

ELINA: Marito viene de Venezuela.

GLADYS: ¿Sos venezolano?

MARITO: Soy de Madera.

GLADYS: ¿De madera?

MARITO: De la isla de Madera.

FLINA: En realidad, es de todos lados. Antes estuvo en México.

ALFREDO: ¿Y a qué se debió esa referencia a Yo estuve aquí una vez, de Priestley?

MARITO: No bien me asomé a la puerta, vi la escalera y sentí este olor rancio, el lugar me pareció conocido. Hace poco que estoy en esta ciudad y seguro que aquí no había entrado. A ustedes, ¿nunca les pasó algo así?

RICARDO: A mí sí.

GLADYS: Los espiritistas dirían que en otra vida estuviste aquí; ellos creen en la reencarnación.

MARITO: (*Mira a su alrededor*) ¿Qué pude haber sido, entonces? Una rata o una cucaracha.

FLINA: Ehhh... Marito, no es para tanto...

JOAQUÍN: Priestley, un teatro popular. Hace rato que tengo ganas de hacer Esquina peligrosa.

MARITO: No me digas. Mirá que está un poco vieja.

JOAQUÍN: ¡Qué vieja!

ELINA: Marito está con la vanguardia.

JOAQUÍN: Me parecía.

ELINA: Estuvo en el Di Tella.

MARITO: Un tiempo. Todo muy lindo hasta que empecé a ver cómo se cocinaba ese estofado.

ALFREDO: ¿Conoció a Villanueva, a Briski, a la Gambaro, a Marilú Marini?

MARITO: A todos.

ALFREDO: Soy Alfredo Aldana, crítico del diario y del programa “Cita con el espectáculo”. Me gustaría hacerle una nota sobre la experiencia

del Di Tella. Cómo ve eso un extranjero.

MARITO: ¿Crítico? Alguien que se sitúa al margen pero que se ilusiona que está adentro. .. Sí, no hay problemas, puedo hablar del tema pero eso sí, sin cuidar las formas, a calzón quitado, con perdón de la expresión. Pero con una condición: que me dejes ver y revisar la nota terminada. Ustedes, los periodistas, no son muy confiables y después uno aparece hablando de una manera muy distinta a la realidad.

ALFREDO: Yo no acostumbro a hacer eso. Ni Lautaro Murúa me lo pidió. Ni Inda Ledesma.

ELINA: Marito, disculpá, pero tendrías que haber avisado que venías. Estamos en una reunión.

MARITO: Sí, ya me voy. Permiso. *(Se sirve una porción de pizza)* Sólo les pediría... *(A Joaquín)* ¿Vos sos el director? Hacer una experiencia con ustedes. Me muero por conocer la intimidad de esa cosa del realismo. ¿Eh? Piénsenlo; me gustaría de verdad. *(Se sirve un vaso de vino, que bebe de un trago)* Chau, Eli, chau a todos. *(Sube a zancadas la escalera)* “En la tarde que en sombras se moría/ tiernamente nos dimos el adiós”.

JOAQUÍN: ¿De dónde lo sacaste?

ELINA: De la facultad, va como oyente. Es muy bueno para hacer monólogos.

ALFREDO: *(Mira la hora)* Se me hace tarde. Tengo que llegar al diario con tiempo para escribir la crítica de Las sillas. ¿Quedamos para el 30 de noviembre, entonces?

JOAQUÍN: *(Mientras le alcanza una pila de carpetas)* Sí, no te olvides. Si es necesario, hacemos una o dos reuniones antes. Gracias, Alfredo, y disculpá lo de ese imbécil.

ELINA: Es un buen muchacho, pero a veces...

ALFREDO: No tiene ninguna importancia, yo ya me olvidé. Bueno, chau. *(Sube la escalera)*

JOAQUÍN: Y a ese imbécil no lo quiero ver más por acá. Me contuve, conté hasta diez, para no hacer un papelón delante de Alfredo.

ELINA: No es para tanto. Es sólo un loco lindo. Y sería interesante que aceptáramos su propuesta.

JOAQUÍN: ¿Qué decís?

ELINA: El otro día hizo en la facultad una función interna y es muy bueno, eran escenas del teatro español del siglo de oro y el interpretaba todos los personajes: usa la técnica del bululú. Se metió al público en el bolsillo. Lleva todo en una valija; también hace espectáculos para chicos. No nos vendría mal para reforzar la cartelera de acá a fin de año.

NELSON: Bueno, yo también me voy. *(Recoge su pila de carpetas. A Gladys)* Hoy me crucé con Eduardo, el radiólogo.

GLADYS: ¿Te preguntó por mí?

NELSON: Sí y que si podía pasaba esta noche a buscarte por acá.

GLADYS: Qué pesado. Yo también me voy, por las dudas. *(A Ricardo)* ¿Vos qué hacés?

RICARDO: Voy a la estación, tomo el tren de las diez.

GLADYS: Te queda más de una hora.

RICARDO: Espero en la confitería.

GLADYS: A mí me queda de paso. Si querés, te hago compañía hasta que salga el tren.

RICARDO: Y de paso te invito con el mejor sándwich de crudo y queso que se conoce.

NELSON: Podemos tomar un taxi y los dejo en la estación.

RICARDO: Te invito a vos también.

NELSON: Me gustaría, pero me esperan a comer en mi casa. No faltará oportunidad. *(Gladys y Ricardo recogen sus pilas de carpetas. Los tres suben la escalera)*

JOAQUÍN: ¿Y dónde conociste a tu nuevo amigo?

ELINA: Ya te dije, en la facultad.

JOAQUÍN: Mucho Eli de aquí, Eli de allá...

ELINA: Quedate tranquilo, por ahí no va la cosa.

JOAQUÍN: ¿Cómo lo sabés?

ELINA: Él me lo dijo. En Venezuela se quedó casi dos años por un amor.

JOAQUÍN: ¿Y?

ELINA: Un amor..., como dirías vos: marcha atrás. *(Tras un silencio, Joaquín va en busca de las dos pilas de carpetas restantes)*

JOAQUÍN: ¿Aceptará dejar un porcentaje para el teatro?

ELINA: Seguro.

JOAQUÍN: Podríamos vender funciones para chicos en las escuelas. Buena idea.

ELINA: *(Le pide sus carpetas. Él las retiene)* ¿Salimos?

JOAQUÍN: ¿Te quedás en casa esta noche?
ELINA: Depende. ¿Qué comemos?
JOAQUÍN: Napolitana con fritas de la rotisería nueva.
ELINA: ¿Para tomar?
JOAQUÍN: *(Busca la damajuana)* Tittarelli tinto.
ELINA: Pero moderadamente.
JOAQUÍN: Te lo prometo. *(La abraza y la besa, después suben la escalera)*

11.

GLADYS: Boero, Alejandra. “Mi acercamiento al teatro fue una casualidad. Yo solía pasear con mi hijito por una plaza que estaba cerca de mi casa y ahí mismo estaba la puerta de acceso al teatro La Máscara. Un día vi gente trabajando, pintando carteles y se me dio por entrar y ver qué era eso. En el teatro comencé a descubrir un mundo que yo no conocía. A mí me habían educado para la cultura, para el estudio, y eso no me había servido para nada, pero ahí estaba el teatro y descubrí que todo lo que había estudiado ahora sí podía servir para algo”.

12.

Elina y Joaquín, desnudos.

JOAQUÍN: Muy chicos: Sonia tenía cuatro; Vladimiro, tres. No sé si tendrán recuerdos, no sé siquiera si esa noche se despertaron. Dos camaradas nos fueron a esperar a Ezeiza. Fue un viaje largo hasta acá, porque iban bajando en el camino: uno en Castelar, otro en Caseros, otro en Buenos Aires, por Agronomía. Llegamos a la madrugada y me dejaron en la puerta de mi casa. Miré el frente, la luz de la calle, las sombras más allá de la esquina. Cerré los ojos y respiré hondo: pensar que hace menos de 24 horas caminaba por la Plaza Roja. Entré y me sorprendió verla levantada a esa hora, en la cocina, fumando, Me acerqué a besarla pero se atajó: tenemos que hablar, dijo como en Casa de muñecas.

Nos sentamos y empezó un monólogo terrible, lleno de insultos, de agresiones, de llanto. Yo estaba en ese momento enredado con Lía, una piba que pasó fugazmente por el teatro y que después se fue a vivir a Mar del Plata. No sabía que se conocían ni cómo se encontraron mientras yo estaba de viaje, pero lo cierto es que discutieron en la calle y que Lía le gritó en la cara: “¡sí, sí, yo me acosté con tu marido!, ¿y qué?”. Estuve a punto de decir algo pero no me salían las palabras. De pronto, ella se tapó la cara, llorando, y en esa pausa me saqué el reloj, un Tissot bastante caro que ella me había regalado para el primer aniversario de casados, lo dejé sobre la mesa, me paré, volví a agarrar la valija con la que minutos antes había regresado de la Unión Soviética y me fui. Nunca volví. Un abogado amigo se hizo cargo de todo.

ELINA: Una duda: ¿tus camaradas no te cuestionaron?

JOAQUÍN: No. Y si lo pensaron no se animaron.

ELINA: Conozco un caso en la facultad. Se casaron, militantes los dos, y a los pocos meses él la dejó por otra. Lo presionaron tanto que volvió con su mujer.

JOAQUÍN: Si los dos eran militantes, el planteo está bien, ya que hay un doble compromiso de lealtad.

ELINA: No veo la diferencia.

JOAQUÍN: Son dos niveles que se entrelazan, la intimidad se mezcla con lo político.

ELINA: ¿Tu mujer no militaba?

JOAQUÍN: Era simpatizante. Llegaba hasta ahí pero cuando había que asumir responsabilidades, ya no.

ELINA: Estaba en el teatro.

JOAQUÍN: Poco tiempo. Hizo un papelito en Una libra de carne. Después me di cuenta que quería casarse y se metió acá pensando que en la opción yo me quedaría con ella y no con el teatro.

ELINA: Pero vos no la cambiaste por el teatro sino por Lía.

JOAQUÍN: No llegué a eso. Lo de Lía fue pasajero. No vivimos juntos. Dormí unos días en el teatro hasta que alquilé el departamento y ahí nunca conviví con nadie; todavía, porque sigo esperando una respuesta.

ELINA: Eso no está en mis planes. *(Comienza a vestirse)*

JOAQUÍN: Está bien, está bien. Respetemos lo que acordamos: no hablar del tema por ahora. Sólo quiero que no lo olvides.

ELINA: No lo olvido.
JOAQUÍN: Vamos a desayunar por ahí.

13.

Reunión del Jurado. Gladys, Elina, Joaquín, Ricardo, Alfredo y Nelson (quien se dispone a ir tomando notas para el acta; antes reparte una página a cada uno)

JOAQUÍN: Doy por iniciada la reunión, ¿quién empieza?

ELINA: De los 19 textos presentados, quiero señalar que hay 5 que no se ajustan a las bases: dos no cumplen con la extensión mínima, dos están escritos como una narración y uno está muy mal copiado, varias páginas son imposibles de leer y algunas están en blanco. Esa es la número 15.

NELSON: Coincido. Señalemos esas obras: la 2, la 6, la 18, la 19 y la que mencionaste, la 15. ¿Estamos de acuerdo? *(Todos miran su lista)*

JOAQUÍN: De acuerdo. *(Los demás aprueban)* Tachemos entonces la 2, 6, 15, 18 y 19. *(Todos lo hacen)* Quedan 14 obras. A ver las opiniones. ¿Qué te parecieron, Gladys?

GLADYS: La que más me gustó fue la número 5, Flor de naranjo, una historia de amor entre dos jóvenes que no pueden afirmarse como pareja por los problemas económicos. Está muy bien contada. Me encantó.

JOAQUÍN: Ricardo...

RICARDO: Para mí, las 19 obras, mejor dicho las 18, tienen cosas buenas. Es muy difícil escribir una obra de teatro.

JOAQUÍN: Pero tenemos que elegir una. O ninguna.

RICARDO: Estoy de acuerdo con Gladys. La 5, Flor de naranjo, me gustó. Yo agregaría la 16, Siento que la vida se me va, porque muestra muy bien cómo es vivir en un pueblo chico, donde uno se siente prisionero de esas calles de tierra, mientras que por las revistas, la radio, la televisión, llegan los ecos de una vida distinta, más feliz, sin dudas.

JOAQUÍN: Nelson...

NELSON: Elijo la 12, La piedra en el estanque, de Waldemar, una mirada crítica, muy profunda, sobre la clase media.

- ELINA: Coincido. Es la única rescatable para mí también. La verdad es que si fuéramos rigurosos, y un jurado debería serlo, tal vez correspondería declarar desierto el premio. Pero hay que considerar que este es un teatro independiente que se propone incentivar la escritura teatral, el surgimiento de nuevos autores, etcétera. Sería una mala señal para la cultura de la ciudad dar ese fallo. Propongo La piedra en el estanque.
- ALFREDO: Valoro todas las intervenciones y quiero apuntar algunas cosas. Tanto Flor de naranjo como Siento que la vida se me va son obras, o intentos de obras, escritas con la mejor buena voluntad y con algo de inspiración. Pero tenemos que coincidir en que eso no alcanza. Me llama la atención, además, de que todas las obras presentadas estén dentro de esquemas realistas, incluso naturalistas. Faltó algo más experimental, algo de ruptura. La piedra en el estanque, estoy de acuerdo, tiene una estructura más sólida, aunque también le falta trabajo sobre los personajes. Claro que el director podría mejorarla en la puesta y esa posibilidad es un mérito del autor. Me parece bien lo que dijo Elina en cuanto al contexto de este concurso. Podríamos hacer alguna salvedad en el fallo y darle ese premio al seudónimo Waldemar.
- NELSON: Y ahora escuchamos al presidente del jurado.
- JOAQUÍN: Está claro que con las buenas intenciones solamente no vamos a ninguna parte. El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. Las que se mencionaron, la de la parejita y la del tipo que vive en el pueblo, me parecen muy flojas, les falta sustancia. De las otras, que ustedes ni siquiera nombraron, para qué hablar: conflictos individuales, abstrusos, sin salidas. Discrepo con Alfredo: creo que les falta realismo, un concepto muy amplio y muy rico. La de la piedra en el estanque creo que es ideológicamente muy discutible. Propongo declarar el premio desierto.
- NELSON: Insisto. Es una pintura muy aguda de la clase media: la cobardía, el oportunismo de gente desclasada.
- JOAQUÍN: Aliados potenciales, la clase media. Yo nunca me tiraré contra ellos. (*Estalla*) ¿Será posible que nadie escriba una obra sobre la reforma agraria? ¿Sobre las heroicas luchas del estudiantado?

Gladys sola. Prepara café en un termo, hojea una revista. Llega Ricardo.

GLADYS: Qué cara.

RICARDO: Vengo del hospital.

GLADYS: ¡El fotógrafo búlgaro!

RICARDO: Vi salir la ambulancia. Lo llevaron al pueblo. La comuna se hace cargo de todo.

GLADYS: Tendrás que ir.

RICARDO: Y sí, quiero ir. Pero hoy no hay tren de noche. Voy a tratar de ir en el ómnibus de las 22:15, que demora muchísimo, entra en todos los pueblos, pero no importa. Llego y me voy a la comuna, seguro que lo velan ahí.

GLADYS: ¿Café, ginebra?

RICARDO: Las dos cosas.

GLADYS: *(Sirve del termo y de una botella)* Yo..., es como que me acostumbré a la idea de la muerte, tanto verla de cerca. Es algo único que sucede, te coloca fuera del tiempo, pero después todo empieza a volver a la normalidad. Con nosotros pasará lo mismo. No está tan mal que así sea.

RICARDO: Yo lo quería al fotógrafo. Ahora que lo pienso fue mi mejor amigo.

GLADYS: ¿Y vos lo eras para él?

RICARDO: No lo sé. Nunca nos dijimos eso. En el pueblo lo respetaban pero por atrás se reían: lo creían medio loco. Era un hombre culto, había leído La Iliada y La Odisea. Y en Sofía, capital de Bulgaria, cuando era casi un chico iba a la Ópera Nacional. Una noche me contó de punta a punta El rapto en el serrallo, de Mozart, que dura como tres horas, mientras cantaba algunas partes. Se le caían las lágrimas porque se acordaba de su familia.

GLADYS: Ricardo, tranquilízate. *(Le alcanza el pocillo y el vaso)*

RICARDO: *(Se recupera)* ¿Y los demás?

GLADYS: Fueron a la asamblea de la Federación Universitaria; nos invitaron.

RICARDO: ¿Vienen más tarde?

GLADYS: No. Joaquín me pidió que hiciera guardia un par de horas y que después cierre. Antes que vos no vino nadie. (*Mira el reloj*) Sí, ya me podría ir. ¿Vamos saliendo? No encuentro la llave.

RICARDO: Me fijo si quedó en la puerta.

GLADYS: No. Si Joaquín me la dio en la mano. Pero, ¿será posible?

RICARDO: ¿Revisaste la cartera?

GLADYS: Dos veces.

RICARDO: (*Buscando*) Ya va a aparecer.

GLADYS: ¿A qué hora dijiste que sale tu colectivo?

RICARDO: Me parece que no llego.

GLADYS: La culpa es mía, te di charla.

RICARDO: Dame más ginebra. Hasta el tren de las siete de la mañana no tengo nada.

GLADYS: Pero en un taxi llegás al colectivo.

RICARDO: Es que..., no sé... Quiero y no quiero ir...

GLADYS: Podés dormir aquí. Así te ahorrarás el hotel. Joaquín no va a decir nada. En el camarín de mujeres hay un colchón, sábanas limpias y una frazada. Es para las emergencias, como esta.

RICARDO: No sé.

GLADYS: Pero si tu deseo es pasar la noche velando a tu amigo del alma...

RICARDO: Quiero y no quiero ir. No sé qué me pasa.

GLADYS: Si no vas, no cometés ninguna falta. Él ya no está. Lo importante es lo que vos sientas.

RICARDO: No lo voy a olvidar nunca.

GLADYS: ¿Y tu mujer? ¿No pensás llamarla? (*Silencio*) ¿Cómo está tu hijo?

RICARDO: Empezó tercer grado.

GLADYS: ¿No piensan tener otro?

RICARDO: Paso el tiempo para eso.

GLADYS: ¿No andan bien las cosas?

RICARDO: Algo así.

GLADYS: Te quedás a dormir, entonces.

RICARDO: Creo que sí.

GLADYS: ¿Cómo creo?

RICARDO: No sé, Gladys, estoy confundido.

GLADYS: Quedate. ¿O tenés miedo a los fantasmas del teatro?

RICARDO: ¿Fantasmas?

GLADYS: Leyendas. Algunos las creen. Vamos a buscar el colchón, acá va a

estar bien. *(Traen colchón, frazada, sábanas)* Te hago la cama y te dejo descansar. *(Tiende la cama)* Si querés más café... *(Toma el termo y ve la llave)* Mirá dónde estaba. Te la dejo... *(Le alcanza la llave, Ricardo la recibe y le retiene la mano)* Si me aceptás, me quedo a acompañarte. Por si aparecen los fantasmas... Dale, cerrá la puerta y deja la llave puesta. *(Ricardo sube rápido la escalera, cierra la puerta y baja lentamente)*

RICARDO: Gladys..., ¿qué pasa con Eduardo, el radiólogo?

GLADYS: *(Empieza a desnudarse)* ¿Ese? Ya entró en mi pasado. *(Se unen)*

15.

ALFREDO: Buenas tardes. Esta es otra emisión de “Cita con el espectáculo”, como todos los miércoles de 18 a 19. Hoy vamos a estar muy bien acompañados, ya que dos figuras de primera línea de la comedia, ese género tan difícil, vienen a charlar con nosotros sobre la obra que, a partir de esta noche, será presentada en nuestra ciudad. Nos referimos a Pepita Martín y Manuel de Sabatini, refinados comediantes españoles que ya se han ganado el corazón de los argentinos. Nos avisan que están en camino y en instantes los tendremos aquí, frente al micrófono. Mientras esperamos, nos gustaría hacer un breve comentario. Como muchos de nuestros oyentes saben, fuimos invitados hace unos meses por el Teatro Independiente Cenital de nuestra ciudad a formar parte del jurado del concurso de obras teatrales destinado a autores noveles. El único premio consistía en el estreno, el año próximo, de la obra ganadora por el elenco del TIC, una linda recompensa teniendo en cuenta los quilates de este respetado grupo de la escena libre. Pero he aquí que, lamentablemente, esa posibilidad quedó frustrada, ya que por decisión de la mayoría del jurado el premio fue declarado desierto. No compartimos esa decisión, lo señalamos en la reunión del jurado y queríamos decirlo también públicamente. Creemos que entre las 19 obras presentadas, al menos una reunía las condiciones para hacerse acreedora de esa distinción. Creemos que se privilegiaron algunos aspectos no artísticos pero, bueno, somos respetuosos de los procedimientos

democráticos y de la trayectoria de ese importante grupo. Y ahora, estimados oyentes, siendo las 18 y siete minutos, recibimos en nuestros estudios a estos dos invitados de lujo.

16.

Comité Ejecutivo. Joaquín hace cuentas y anotaciones. Entra Elina.

ELINA: ¿Y Nelson?

JOAQUÍN: En misión especial.

FLINA: ¿Qué pasó?

JOAQUÍN: Metieron preso a tu nuevo amigo. Anoche.

ELINA: ¿Anoche? Si terminamos el ensayo a la una y dijo que se iba a dormir.

JOAQUÍN: Parece que cambió de idea. Fue a una boîte y hubo una razia policial.

ELINA: ¿Cómo te enteraste?

JOAQUÍN: Llamaron a Nelson de la policía. Yo me imaginaba que un día de estos íbamos a tener algún problema.

ELINA: Es un buen pibe.

JOAQUÍN: Ahí lo tenés. Ya debe haber unos cuantos hablando de nosotros. No de él, de nosotros. Y ni te cuento cuando salga mañana en los diarios: Cenital en boca de todos los mediocres.

FLINA: No es para tanto. Será averiguación de antecedentes.

JOAQUÍN: Federico Achával, pope del radioteatro, me dijo hace poco: “yo vengo a ver lo que ustedes hacen porque este teatro me gusta; es el único donde no hay putos”.

ELINA: No me importa para nada esa opinión. Puro prejuicio.

JOAQUÍN: ¿Y los contactos que nos hace para vender funciones afuera? ¿Eso no vale? No nos debe nada y siempre nos da una mano. Y no le preocupa lo ideológico, porque sabe bien dónde estamos parados. De muchos intelectuales no puedo decir lo mismo.

FLINA: Estamos hablando de un ser humano, Joaquín. No sé por qué te preocupa lo que hace con su sexo.

JOAQUÍN: Todo es político, eso también. Yo estuve en la RDA y no vi ni una prostituta ni un homosexual por la calle. Estuve en la Unión Soviética, ¿no te fijaste en los bailarines soviéticos? No hay uno

que parezca maricón. Quiere decir algo, ¿no?

ELINA: *(No quiere seguir la discusión)* No me dijiste dónde está Nelson.

JOAQUÍN: En la Jefatura. Nos pareció mejor que fuera él. Yo debo estar fichado. ¿Harías café? *(Elina va a hacerlo)* ¿Te quedás esta noche?

ELINA: No puedo. Mañana tengo una mañana complicada.

JOAQUÍN: Vamos..., si sos una privilegiada que entra a trabajar al mediodía... Quedate.

ELINA: No, Joaquín, esta noche no.

JOAQUÍN: Ni esta noche, ni ayer a la noche, ni anteayer. ¿Qué tenés que hacer mañana temprano?

ELINA: No puedo contarte todo, cada cosa.

JOAQUÍN: Si me estás evitando, decímelo. Las cosas claras.

ELINA: Voy a alquilar un departamento.

JOAQUÍN: ¿En serio? ¿Por qué?

ELINA: Quiero vivir sola.

JOAQUÍN: Pensalo bien. Parece muy lindo en teoría pero después surgen los problemas. Además, es un gasto grande: alquiler, expensas, impuestos, cocina, heladera, muebles. Yo ya te hice una propuesta firme.

ELINA: Sola, Joaquín. *(Entra Nelson, que advierte tensión en el diálogo y tose para hacer notar su presencia)*

JOAQUÍN: ¿Y? ¿Cómo te trataron?

NELSON: A mí, bien.

ELINA: ¿A Marito?

NELSON: No sé por dónde empezar.

JOAQUÍN: Por el orden lógico. Llegaste...

NELSON: El comisario fue más amable de lo que esperaba pero bastante pesado: que nos respeta, que tenemos que cuidar la imagen, que estas circunstancias nos juegan en contra.

ELINA: ¿Qué circunstancias?

NELSON: No sé, usó esa palabra varias veces y no me animé a pedirle aclaraciones.

ELINA: ¿Por qué lo detuvieron?

NELSON: Cuando llegó la policía a la boíte estaba arriba de una mesa bailando desnudo y unos borrachos aplaudían. Lo llevaron en el cuartito azul y lo metieron en un calabozo con un preso común.

JOAQUÍN: ¿Dijo algo de nosotros que tenga que ver con la ideología?

NELSON: Nada. Yo no sabía qué decir: mire, comisario, estaría borracho porque no es de hacer esas cosas. Dijo que la situación se

agravaba por ser extranjero, y encima de Madera, ¿dónde mierda queda eso? Le seguí pidiendo que lo dejara libre. Bueno, dijo, si usted me firma una declaración haciéndose responsable. Firmé. Llamó a un agente: dígame a ese mariposón que lo dejamos libre y me lo trae acá, ¿entendió? Volvió al rato. ¿No le dije que lo traiga? Señor comisario, no quiere. ¿No quiere quedar libre? No. Parece que fue un amor a primera vista, fulminante. Parecen novios. Dice que, por favor, lo deje unos días más. (*Elina ríe, Joaquín está furioso*) Entonces, el comisario respiró hondo: que se vaya mañana, a las ocho. Esto lo hago por el otro, el homicida, que tiene para rato y se merece una alegría, si podemos llamara así.

JOAQUÍN: Propongo la expulsión, ya.

17.

ALFREDO: Pensar que a algunos no les gusta el grabador. La otra noche, escuchando onda corta, encontré una radio de Colombia que me interesó. Una especie de mesa redonda, en la que varios periodistas hablaban de su oficio y contaban anécdotas. Todo iba bien hasta que un tal García Márquez se tiró contra el grabador. Dijo que la grabadora, así lo llamaba, mataba la creatividad del periodista y no sé qué otra boludez. Me dio tanta bronca que apagué la radio. Es un invento genial, para reportajes y para todo. Yo grabo las funciones. Si tomara notas en una libreta, como hacen algunos críticos de cine, el hecho de bajar la vista para escribir me desconcentraría. Así que dejo el aparato funcionando y me concentro. Después, en la soledad de mi casa o en la redacción pongo la cinta y las voces de los actores recrean en mi mente por segunda vez el espectáculo. Y recién entonces me dispongo a escribir, con menos margen de error. Para mí la crítica es una vocación. No me siento un actor ni un autor ni un director frustrado. En cambio, conozco a muchos actores, autores y directores que se la pasan despellejando a sus colegas y tienen que conformarse con hacerlo en los bares o los camarines. Les encantaría hacerlo en un diario. Son críticos fracasados. (*Pone a funcionar el grabador*) Estimados oyentes: “Cita con el espectáculo”

es, como ustedes saben, un espacio plural, en el que tienen lugar tanto las compañías más prestigiosas provenientes de Buenos Aires como nuestros teatros independientes. Teatros de arte que funcionan en pequeñas salas, en sótanos o viejas casonas, y que se guían por lemas como “El futuro es nuestro por prepotencia de trabajo”, “El teatro no es un templo, es un taller”, etcétera. Algunos confunden el término independiente con vocacionales o filodramáticos, pero son categorías muy distintas. *(Entran Joaquín, Elina, Nelson y Gladys que se dirigen a sentarse a una mesa, de frente a la platea, donde se suponen que están los participantes de la Asamblea General Ordinaria)* Estamos cubriendo la asamblea anual del Teatro Independiente Cenital Cooperativa de Trabajo Limitada, que está punto de comenzar y queremos distraer un momento a su director, Joaquín Vallejos, para preguntarle cómo definiría al movimiento teatral independiente.

JOAQUÍN: Prefiero remitirme a una frase de Álvaro Yunque: “El teatro independiente vino a luchar contra la vanidad de la actriz, la ignorancia del actor y la chatura del público burgués”.

ALFREDO: Muchas gracias, Joaquín, nos dejás pensando. *(Se retira)*

JOAQUÍN: Buenas noches. Quiero comenzar agradeciendo la presencia de todos ustedes en esta asamblea. No es un agradecimiento formal. Con este frío y esta lluvia, que un grupo numeroso de personas se acerque a participar de esta actividad institucional, cuando hubiese sido más cómodo meterse en un cine con calefacción o quedarse en sus casas escuchando la radio o jugando a la lotería, es un triunfo de la inteligencia y el sentimiento de solidaridad sobre la frivolidad y la resignación. Otra vez gracias a los actores, actrices, escenógrafos, iluminadores, colaboradores técnicos y administrativos, integrantes del Círculo de Amigos e invitados especiales. Quiero agradecer además la presencia del crítico Alfredo Aldana, gran amigo de este y otros teatros independientes. Todos los mencionados merecen un aplauso. Muy bien. Primer punto: memoria y balance. Nelson.

NELSON: Como pueden ver en la copia que hemos repartido, los tres espectáculos para adultos y los dos para niños representados en el período tuvieron muy buenos ingresos por boletería. Pero si vamos al cuadro de los gastos comprobaremos que aún así

estamos en déficit. Por suerte el balance se equilibra con los aportes para publicidad en los programas de mano y la venta de abonos impulsada por el Círculo de Amigos. También dio buenos resultados la venta de láminas con reproducciones de obras donadas por artistas plásticos de prestigio. La erogación principal es el pago del alquiler, más los gastos anexos como impuestos y servicios, que fueron aumentados de manera arbitraria por el gobierno.

JOAQUÍN: Perdón, Nelson, quiero decir que en un teatro comercial ya habrían resuelto el problema aumentando el precio de las entradas, descargando las dificultades económicas en el público. Nosotros no haremos eso. Lo que sí haremos es promover en la conciencia de la comunidad, una política tributaria más equitativa, como parte de la lucha por una sociedad más justa.

NELSON: Y seguimos abocados a la búsqueda de nuevos ingresos. Pedimos a todos ustedes el aporte de ideas.

JOAQUÍN: El mes pasado viajamos con Nelson a Buenos Aires y en tres días hicimos varios contactos. Estamos en condiciones de adelantar que muy pronto actuará en esta sala Alfredo Alcón. Nos recibió en su casa y nos prometió que cuando venga en gira con *El pescador de sombras*, un lunes haría un recital con “Llanto por Ignacio Sánchez Mejía” y otros poemas de García Lorca, en nuestra sala. No nos cobrará cachet, de modo que toda la recaudación quedará para Cenital. (*Aplausos*) También hablamos con Inda Ledesma y con Lautaro Murúa, a quienes entrevistamos en los teatros donde están actuando; ambos se mostraron interesados pero por ahora están comprometidos con sus temporadas allá. Es decir, las perspectivas son muy buenas. Ahora ponemos a consideración el balance; nos gustaría escuchar preguntas, opiniones, etcétera.

MARITO: (*Irrumpe desde el sector de los asambleístas*) “Pido permiso, señores. Porque cuando pibe, porque cuando pibe, me acunaba en tangos, me acunaba en tangos, la canción materna, la canción materna, pa’ llamar, pa’ llamar, pa’, pa’.”

JOAQUÍN: (*Grita*) ¡Ese señor no pertenece al teatro! ¿Quién lo dejó entrar?

MARITO: (*Se transforma en El Bioquímico*) Estoy gratamente sorprendido por la transparencia de la información suministrada. Los guarismos del balance y ese sabio procedimiento de compensación hablan

a las claras de la idoneidad de quienes dirigen esta institución sin fines de lucro. (*Ahora es El Estudiante Crónico*) Un momento, doctor. Con todo respeto, yo no me apuraría. Antes quiero hacer unas preguntas a la mesa. Aquí, en el balance, figura en concepto de gastos varios una cena de agasajo a Nicolás Guillén. Me parece una cifra exagerada. ¿Cuántos comensales eran?

JOAQUÍN: (*Molesto*) Diez, doce, eso se dijo en su momento.

MARITO: ¿Podría ver la factura?

NELSON: (*Mientras busca en un montón de papeles*) Estábamos los integrantes del Comité Ejecutivo, el presidente de la Sociedad Andaluza y señora (que nos cedieron el local para el acto), el presidente de la filial de la SADE y señora y no sé... Acá está la factura.

MARITO: Permiso. (*Toma el papel*) No sé por qué tenemos que pagar entre todos seis botellas de este vino carísimo.

JOAQUÍN: (*Levantando presión*) Era un homenaje a una figura internacional. Y la pagamos con los fondos del teatro, es decir con nuestro trabajo.

MARITO: Como esto es una cooperativa, pensé que todos éramos iguales.

JOAQUÍN: Suficiente. Sigamos.

MARITO: ¿Tres coñacs? ¿Quién tomó coñac? (Joaquín va a incorporarse, pero antes Marito se convierte en La Profesora de Inglés) Creo que no deberíamos mezclar el arte dramático con cosas pedestres; hablemos de asuntos más elevados. (*Ahora es El Pequeño Comerciante*) Son dos caras de la misma moneda, señora. (*Rápidamente es El Cooperativista*) Pido la palabra, gracias. Creo que todo esto no hace más que confirmar que estamos en el camino correcto. Somos más que un teatro, somos una fuerza político cultural y estamos sembrando una semilla en la conciencia del público y somos parte de un proceso más amplio que se está gestando en las entrañas del pueblo. Democracia, participación popular, vida digna a los trabajadores. Cuando venía para acá vi una larga cola de gente con paraguas, esperando comprar entradas para una comedia de Alfonso Paso. ¿Se dan cuenta? Era como para gritarles: ¡no se equivoquen!, ¡qué están haciendo con sus vidas! ¡Hay otro arte, otro teatro! Por eso estoy orgulloso de pertenecer al Círculo de Amigos del TIC.

NELSON: Pide la palabra Ricardo.

RICARDO: Gracias. Yo quiero preguntar por la Rifa.

JOAQUÍN: El tema de la Rifa... Estaba en el próximo punto, pero lo vemos ya. Después de la estafa perpetrada por el administrador, ese traidor a quien creíamos compañero, la cuestión se complicó. De los diez autos prometidos tuvimos que bajar a cinco. Con dos pudimos cumplir. Quedaron tres.

MARITO: *(Como Un Abogado)* ¿Hicieron la denuncia?

JOAQUÍN: *(Conteniéndose)* No, porque está mezclado el tema político y no queremos que intervenga la policía.

MARITO: *(El Abogado)* Y que a los ganadores los parta un rayo.

JOAQUÍN: No es así. Hay otros compañeros detrás de sus pasos; en pocos días tendremos novedades.

MARITO: *(El Abogado)* ¿Y qué van a hacer si lo encuentran? ¿Creen que va a llevar la plata encima?

JOAQUÍN: No puedo dar más información, por ahora.

MARITO: *(El Abogado)* Yo quiero hacer la denuncia policial. (Gritos, empujones)

RICARDO: *(Gritando más)* Por favor, compañeros. Yo tengo la palabra.

JOAQUÍN: *(Silencio)* ¿Qué pasa con los tres autos que quedan?

JOAQUÍN: Nuestra propuesta es que en nombre de esta honorable asamblea, Elina, Nelson y yo entrevistemos a los tres ganadores que están esperando para explicarles la situación. La oferta es darles, en lugar del auto, una heladera último modelo y un combinado Ranser a cada uno. Nos duele tener que llegar a esto pero no vemos otra solución.

RICARDO: Joaquín Vallejos, no puedo creerlo. Sabés que soy uno de los ganadores.

JOAQUÍN: Por supuesto y me imagino que con vos no vamos a necesitar una entrevista formal.

RICARDO: Ni yo la voy a aceptar.

JOAQUÍN: ¿Quién te creés que sos?

RICARDO: Nadie. Precisamente por eso vengo a decir que necesito el auto, lo necesito de verdad, mis ilusiones de ganarlo se habían hecho realidad y me querés arreglar con una heladera.

JOAQUÍN: Justamente vos te negás a entender lo que nos hizo ese traidor...

RICARDO: ¿Quién me entiende a mí? La estación de trenes y la Terminal de Ómnibus, durante meses, todos los días, mañana y tarde, esperando gente que iba o volvía del pueblo. Hablé con todos los

que vi y la mayoría me compró. Ochenta y cuatro rifas vendí, ¿sabías? Sangre, sudor y lágrimas. Nadie vendió tanto y, siguiendo tu ejemplo, doné las comisiones. ¿Cuántas vendiste vos? Te alcanzan los dedos de la mano. Y ahora, que no puedo volver a mi pueblo por mis problemas personales, cosa que conocés muy bien, empecé a vender enciclopedias y colecciones de libros a crédito. No tengo otra cosa y para poder vivir de eso necesito el auto para recorrer la provincia, pueblo por pueblo, metiéndome en las chacras, en todos lados; ahí se vende bien. Por favor, quiero el auto que me gané con tanto esfuerzo.

MARITO: *(Vuelve a ser él mismo)* Apoyo la moción del compañero.

JOAQUÍN: *(Se pone de pie. A Marito)* Rajá de acá.

MARITO: Yo también pagué la cuota de ese curso Stanislavsky, que diste en abril y que fue un fiasco.

JOAQUÍN: Rajá o te reviento.

MARITO: ¡Qué sabés vos del sí mágico, caradura! *(Joaquín quiere irse encima. Gladys y Nelson lo contienen)* ¿Qué es para vos el realismo?, ¡farsante! Engañás a la gente en esta cueva, de la que te van a desalojar pronto, eso no lo decís, por falta de pago del alquiler, pero te vas a llenar la boca de que fue por razones ideológicas. *(Gritos y forcejeos hasta que se impone la voz de Elina)*

ELINA: Basta, Marito. Basta. Andate ya. *(Marito se paraliza)* Aquí viniste vos solo, nadie te llamó. Y de aquí te expulsaron, no me importa si con buenos o malos motivos: vos habías aceptado las reglas. Así que andate y no vuelvas más. *(Marito, a punto de llorar, gira y sale corriendo)* Volvamos a sentarnos y terminemos esto. *(Elina, Gladys y Nelson se sientan. Joaquín camina lentamente al encuentro de Ricardo, que tiene la cabeza entre las manos. Del bolsillo de su saco extrae un manojo de llaves y separa algunas, que se la extiende)*

RICARDO: ¿Esto qué es?

JOAQUÍN: La llave de mi Estanciera IKA, casi nueva. Podés cargar todas las colecciones que quieras.

RICARDO: Yo no quiero eso.

JOAQUÍN: Es tuya. Es tuya. La semana que viene van a estar los papeles a tu nombre. Te los hago llegar a través de Gladys.

RICARDO: No puedo aceptar.

JOAQUÍN: No seas cabeza dura. Ubicate en la realidad y llevate la camioneta. Ya no me pertenece, ya es tuya, te la ganaste. No te vas a arrepentir. Está estacionada a la vuelta, frente al cine. (Ricardo acepta la llave) Dale, andá ahora y el lunes comunicate con Gladys. *(Ricardo, muy conmovido, se va. Joaquín va hacia la mesa)*
¿Próximo punto del orden del día?

NELSON: Palabras finales.

JOAQUÍN: *(Se toma su tiempo)* “Navegar es algo preciso; vivir no lo es”.

Todos se van yendo. Joaquín queda sentado, solo. Se le acerca Alfredo, con su grabador.

ALFREDO: ¿Quién es Joaquín Vallejos?

JOAQUÍN: *(Lo mira)* Apagalo. (Alfredo detiene el grabador) Marxista leninista, a mucha honra. Mi padre, inmigrante vasco, era socialista, ética intachable. Heredé esa fuerza interior pero di un paso más. Al final del secundario me afilié a la Fede y seguí militando en mi corto paso por la Facultad de Medicina. Eran los años del peronismo. No me arrepiento de haber votado a la Unión Democrática. Es fácil hablar ahora. Para nosotros, Perón representaba al fascismo; hay que situarse en el contexto mundial de la época. Además, ¿cuántos nazis se exiliaron aquí después de la guerra? La propia Eva Duarte, ¿no fue recibida como una reina por Franco? ¿Dónde se refugió Perón cuando fue derrocado? Primero, en una cañonera paraguaya de su amigo Stroessner. Después, Panamá, Santo Domingo y, finalmente, la España franquista. Yo viví la época cuando asesinaron en la tortura a Juan Ingalinella, médico comunista, y su cuerpo nunca apareció. No me la tienen que contar. Es más, cuando se declaró la revolución libertadora los comunistas fuimos los primeros en pedirle armas a Perón para defenderlo, pero él prefirió la cañonera paraguaya. Por supuesto que esa historia fue tergiversada. Hubo quienes inventaron el peronismo de izquierda, como Jorge Abelardo Ramos, furioso anticomunista y antisoviético. Tanto ese como los ultraizquierdistas de todo pelaje quieren correrlos por izquierda con el asunto de Hungría. Hay que recordarles que allí se expresó la solidaridad socialista para ponerle un freno a la voracidad capitalista. Hungría limita con Checoslovaquia, la

Unión Soviética, Yugoslavia y Austria. El imperialismo yanqui quería meter una cuña allí y las fuerzas del Pacto de Varsovia le pararon el carro. No tiene nada que ver con las intervenciones de Estados Unidos a otros países. ¿O alguien va a decir que San Martín invadió Chile y Perú? No, señor, los ayudó a liberarse del colonialismo. Está claro que un cuchillo puede servir para matar a una persona o para salvarle la vida con una operación de urgencia. El arte para mí tiene que ser didáctico. Un arte profundamente comprometido con los intereses populares, no el arte por el arte de los satisfechos ni esa vanguardia que consumen los snobs y que es mierda ideológica. En la URSS van multitudes al Bolshoi, las entradas se agotan con meses de anticipación. *(Pausa)* Soy separado, tengo dos hijos, Sonia y Vladimiro, y soy jefe de ventas de una importante fábrica de heladeras. Ese trabajo me permite vivir sin sobresaltos y, sobre todo, ser independiente, no comerciar con el teatro.

18.

Joaquín ha retomado su porte habitual. Se lo ve activo, ordenando papeles, haciendo anotaciones, tomando ginebra, fumando. Luego, Elina baja la escalera.

JOAQUÍN: Menos mal que llegaste. ¿Qué te pasó ayer?

ELINA: Se me complicó; estaba lejos del centro, quise avisarles pero el bar daba siempre ocupado.

JOAQUÍN: Quiero hablar con vos. Sos la primera en saberlo. *(Crea expectativa)* Suspendí los ensayos, cambié de planes.

ELINA: ¿Por qué?

JOAQUÍN: Lo estuve pensando todos estos días. *(Más expectativa)* Quiero hacer un Brecht. *(Elina lo mira con tristeza)* Las cosas por su nombre. Como decía el propio maestro alemán: “escribo para Carlos Marx sentado en la quinta fila”. Ya me cansé de dar vueltas y vueltas, de las alegorías y de la concha de su madre. De una vez por todas, al grano. ¿Sabés cuál? La ópera de dos centavos, ¿la conocés? Es una crítica implacable al capitalismo, de la mafia que nos gobierna, de una sociedad de mendigos. Vos dirás que

necesitamos un elenco numeroso, actrices y actores que canten y bailen. Los conseguiremos. ¿Qué habrá problemas con la censura? La enfrentaremos. Como organización cultural tenemos contactos con el movimiento estudiantil, con el cooperativismo, con dirigentes gremiales de avanzada, con los pequeños y medianos empresarios y productores. Nos darán su apoyo, estoy seguro. Haremos un teatro popular, de calidad, con fuerte contenido ideológico. Vamos a entrar en una nueva etapa, superadora. Cité a todos a las siete. Lo voy a anunciar y fijaremos las condiciones de trabajo, ya que será un emprendimiento complejo. Quiero que nos pongamos de acuerdo ahora en lo que vamos a decir cada uno.

FLINA: Joaquín, yo venía a hablar con vos de otro tema.

JOAQUÍN: (*Sorprendido*) Bueno, podríamos dejarlo para después de la reunión.

ELINA: No me voy a quedar a la reunión.

JOAQUÍN: ¿Qué estás diciendo?

ELINA: Vine a despedirme.

JOAQUÍN: (*Un mazazo*) No te entiendo.

FLINA: Me voy a Buenos Aires a vivir. Conseguí un empleo.

JOAQUÍN: No irás a vender libros a domicilio.

ELINA: En las oficinas de Molinos Río de la Plata. Recomendación de un profesor de la facultad. En principio voy a vivir en una pensión y en cuanto pueda alquilaré un departamento.

JOAQUÍN: Eli, escuchame. (*La toma del brazo*) Decime que no hacés esto para alejarte de mí.

ELINA: (*Se separa*) Para nada. Es algo que vengo madurando hace tiempo.

JOAQUÍN: Es cierto que ahora estamos distanciados pero no me gustaría cerrar esa puerta.

ELINA: Estoy hablando de otra cosa, Joaquín.

JOAQUÍN: Me da pena que des ese paso así, de golpe.

FLINA: De golpe no. Respecto de nuestra relación, ya hablamos lo suficiente, no tengo nada que agregar. Vine porque creí necesario informarte de mi decisión.

JOAQUÍN: ¿Y la carrera de Letras?

ELINA: Por este año la interrumpo, después veré.

JOAQUÍN: Así que vas a cambiar de ciudad, de amigos, de todo, para trabajar en Molinos Río de la Plata.

ELINA: Voy a estudiar teatro.

JOAQUÍN: ¿Estudiar? ¿Y tu formación acá, estos años, no te alcanza?

ELINA: Quiero probar nuevos caminos.

JOAQUÍN: ¿Puedo preguntarte con quién?

ELINA: Con Hedy Crilla. Una gran maestra austríaca, exiliada, introductora en el país del método Stanislavsky.

JOAQUÍN: Cuidado. Algunos tienen mucho prestigio, mucha propaganda, pero en el fondo sólo quieren sacarte la guita.

ELINA: No es el caso. Ya hablé con ella y nos pusimos de acuerdo; empiezo en quince días.

JOAQUÍN: No sé qué decirte. Quedate a la reunión y se lo comunicás a los compañeros. Va a caer como una bomba.

ELINA: No, me voy. Me despediré de cada uno durante la semana.

JOAQUÍN: ¿Tampoco aceptás una cena de despedida?

ELINA: No me gustaría. Tendría algo de teatral y ya tenemos demasiado de eso. Chau. *(Lo besa en la mejilla. Joaquín trata, en un último intento, de retenerla pero ella se desprende y sube, por última vez, la escalera. Solo, Joaquín se derrumba)*

16.

NELSON: “Desalojados, pero seguiremos nuestra lucha”, escribió Joaquín con pintura roja en la puerta de chapa, al irnos definitivamente esa madrugada. Después, como suele suceder, hubo distintos caminos y a algunos se los tragó el misterio. Como a Alfredo, que se fue a trabajar a un nuevo diario en Misiones, no como crítico de teatro sino como jefe de redacción; el diario duró poco y a él le perdimos el rastro. Me quedaron los recortes de sus críticas y ahora, cuando las leo, me lo imagino escribiéndolas en su escritorio del diario, cerca de la medianoche, a golpe de café y cigarrillos. Contra todo pronóstico, Gladys y Ricardo se afianzaron como pareja; cada tanto se reúnen a cenar con otros teatreros nostálgicos; y estoy seguro que mucho de lo que pasó en este sótano es frecuente tema conversación. Yo reanudé mi carrera de Ciencias Políticas, me recibí y me dedico a la docencia; este sótano es para mí un vago recuerdo que a veces (¿cuándo hay mucha humedad?) late con fuerza. Elina, en cambio, no

retomó Letras pero supo hacerse un camino y un espacio, como directora y maestra de actuación. Joaquín sigue predicando en los bares, cada vez para menos, soñando con montar un Brecht; es impermeable a los cambios pero a esta altura pienso que fue importante para nosotros, que de alguna manera nos marcó. Y, salvando las enormes distancias, me hace acordar al gran Ingmar Bergman que una vez dijo algo así: “Llega un momento en la vida en que los muertos nos parecen vivos, y los vivos, fantasmas”.

FIN

LOS PADRES



Luis Ignacio Serradori

Luis Ignacio Serradori

Nació en Monte Casero, Corrientes, en 1980. Integrante del grupo de teatro Raíces. Actuó en obras como *Gurka*, *Una carretilla de música*, *La pasión del piquetero*, de Vicente Zito Lema. Sus maestros son Susana Bernardi del grupo de teatro Raíces. Y en dramaturgia Vicente Zito Lema. Recorrió junto con el grupo Raíces gran parte de Latinoamérica. Autor, director y actor de *El gran fracaso*; director y autor de *La casa de los colores*, *Patria de Ostias* y *Las hijas idiotas*. Participó como actor en la obra *Megafón o la guerra*, bajo la dirección de Adrián Blanco; coproducción del Teatro Nacional Cervantes y el Instituto de Cultura de Chaco. También actuó en *La riña* y en *Aquellos días felices*, series de televisión argentina dirigidas y escritas por Maximiliano González, realizadas en 2011 y 2012, en el marco del Concurso de Series Ficción Federal promovido por el Instituto de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA). Es coautor de la serie ganadora del Concurso Nacional de Ficciones Federales del INCAA, Pueblo que fue. Actuó en el telefilme *Ibarreña*, de Alfredo Rodríguez. Fue ganador del concurso Corrientes escribe teatro del INT, con su obra *Las hijas idiotas*, obtuvo el Primer Premio en el concurso El NEA escribe teatro por su obra *Los reídos* y el Primer Premio, por la Región NEA, en el 16º Concurso Nacional de Obras de Teatro, con su texto *Otilia Buenaventura*. Actualmente escribe teatro y guiones audiovisuales. Dicta becas para teatristas de la Región en actuación por el INT. Coordina el grupo de teatro Raíces representando a Corrientes en diferentes encuentros y festivales.

TRATAMIENTO SOBRE EL DISPOSITIVO ESCÉNICO.

Sugiero la reconstrucción de una habitación de hotel abandonado, de gran profundidad, con un ventanal al fondo (como una boca de cielo que invita la noche). Las paredes se ven carcomidas por el tiempo y la humedad; una alfombra, alguna vez roja, se asemeja a un coagulo en el piso. Al lateral izquierdo, la puerta del baño. Al lateral derecho, al frente de la escena, la puerta de salida que da al pasillo del hotel (sobre esta vemos un cuchillo de caza clavado sobre el número de habitación). Una cama antigua contra la pared ubicada frente a la puerta de salida de la habitación. Iluminan el espacio las luces de la noche y la ciudad que llegan desde el ventanal y varios sol de noche puestos en distintos lugares.

TRATAMIENTO SOBRE LAS VOCES EN OFF DE LA ENTREVISTA ENTRE SARAY EL HOMBRE.

Luci y Petraglia nunca detendrán el desarrollo de la acción. Las voces en off de la entrevista entre Sara y el Hombre llegarán orgánicamente amalgamadas a la acción, con su respectivo tratamiento sonoro. Para una posible puesta en escena, las voces en off de la entrevista entre Sara y el Hombre pueden llegar como lo sugiere el texto, sólo como voces en off, o pueden incorporarse físicamente estos personajes a la escena. Siempre y cuando cada espacio esté en sintonía al tiempo ficcional que pertenecen. De ser así, sugiero que las paredes de la habitación del hotel sean traslúcidas, de tal modo que permitan el desarrollo de la entrevista detrás de las mismas. Sara, mientras nos devela esta historia podrá merodear el espacio del pasado a medida que avanza el relato. Vale aclarar que esta decisión de puesta corresponde al director que decida hacer el montaje

ACTO 1

*Libélula bajo el sol,
Sabes lo que quiero decir
Feeling Good*

Oscuridad. Escuchamos en off el sonido de un encendedor prendiendo un cigarrillo, el crepitar del tabaco con la respectiva expulsión del humo. La voz de Sara es dulce, disfónica, carraspea de vez en cuando, habla pausado.

VOZ EN OFF SARA (VOZ SARA):

Mm... No hay una respuesta sensata. (*Largo silencio*) Cito a Ibsen: "Los hombres más fuertes no necesitan dioses". Esa noche... Fue el resultado de otra noche y de otro tiempo. En fin, así funciona, ¿no? Una acción desencadena una reacción y el tiempo va tejiendo la historia. (*Largo silencio*) Luci no habló durante años. Cuando se decidió a hacerlo... Simplemente era tarde.

Escuchamos la introducción de "Feeling Good" en la interpretación de Nina Simone. Lo primero que percibimos en la escena es el ventanal del fondo de la habitación iluminándose lentamente; pesadas cortinas de pana, rasgadas y sucias son agitadas por el viento de la altura creando una atmósfera enrarecida. Un sillón de un cuerpo, contra el ventanal. En el lateral izquierdo, una puerta entreabierta deja escapar una delgada línea de luz indicando el baño, allí vemos a Luci, de pie y de perfil observándose frente al espejo; la canilla del lavamanos abierta.

LUCI: (*Frente al espejo se toca los labios, acaban los últimos compases de la canción*) Bienvenida... (*Se toca los labios, como reconociéndolos*) Bienvenida realidad (*Silencio*) a la última realidad.

VOZ EN OFF HOMBRE (VOZ HOMBRE):

¿Qué vínculo las unía, Sara?

VOZ SARA: Mmm..., bromeaba ella, se comportaba como una madre.

VOZ HOMBRE: ¿Era su madre?

VOZ SARA: Claro.

VOZ HOMBRE: ¿Qué edad tenía usted cuando sucedió todo?

VOZ SARA: Diez años.

VOZ HOMBRE: A su madre, ¿cómo la definiría?

VOZ SARA: ¿A Luci...? (*Respira lenta, profundamente*) La definiría... ¿Pregunta si pienso si estaba loca?

VOZ HOMBRE: ¿Cree eso?

VOZ SARA: ¿Qué cosa?

VOZ HOMBRE: Piensa que su madre estaba loca.

VOZ SARA: Habría que definir a qué llamamos locura en un país como este, ¿no? Sería lo más justo.

LUCI: *(Siempre frente al espejo, desafía a su rostro)* ¿Qué vas a hacer? *(Pausa)* Vas a hacerlo. *(Pausa)* ¿No? *(Sonríe)* Sí. Eso. ¿Qué vas a hacer? Hacerlo.

VOZ SARA: Luci sabía. Desde el momento en que pisó ese edificio por segunda vez supo cómo terminaría todo. No era idiota. Subió con toda esa carga. Imagínese. El peso de un hombre de 55 años. Ella 33. Una fuerza extraordinaria. *(Pausa)* Sí. Estaba decidida, realmente.

Escuchamos una especie de graznido que llega desde el oscuro cuarto, Luci gira la cabeza bruscamente desde el baño, sus ojos se clavan en la oscuridad.

VOZ HOMBRE: ¿Cuánto tiempo estuvieron en la habitación?

VOZ SARA: No estoy segura, segundos..., siglos. El tiempo es escurridizo en situaciones como esa. Yo recuerdo la mayor parte, como si hubiera sucedido ayer... Las voces, los pasos, la música y el viento. Otras cosas se me escapan. Pasaron 20 años.

VOZ HOMBRE: ¿Usted ahora tiene...?

VOZ SARA: Treinta.

Luci se refresca el rostro, cierra la canilla y se seca con una pequeña toalla roja, se queda así un tiempo, con el rostro oculto en la toalla.

VOZ HOMBRE: Empecemos por el primer recuerdo.

VOZ SARA: *(Se lo piensa unos segundos)* La luz. *(Se corrige)* Quiero decir, el sonido al encenderse la luz... El sol de noche. Ahí abrí los ojos, después el sonido del handy.

VOZ HOMBRE: ¿Sol de noche?

VOZ SARA: Claro, el edificio no funcionaba desde hacía años, ella preparó la escena con tiempo, cuando encontró las cartas lo preparó todo. *(La escuchamos reír, suave)* Esas noches en el edificio estaban predestinadas, doctor.

Luci sale del baño, comienza a encender uno a uno los faroles, en diferentes lugares de la habitación, la luz rojiza de estos nos muestra a un hombre tirado sobre la alfombra en el centro del cuarto: Petraglia (55 años) se encuentra inmóvil, viste un clásico traje gris de los años 90, su cabeza está cubierta por un vendaje, está descalzo. Luci lleva un vestidito negro, simple, atemporal, la espalda desnuda y el pelo negro y suelto, su piel es blanca, muy blanca, los ojos

grandes parecen no pestañear nunca, también está descalza. Atraviesa la habitación y se sienta correctamente en el sillón de un cuerpo al fondo del ventanal. Tiene un handy en su mano, lo observa. Manipula el objeto y lo enciende.

LUCI: *(Suave, su voz es sumamente agradable)* Ismael...

Escuchamos el viento sacudiendo las cortinas, Luci espera.

VOZ HOMBRE: Hábleme de Ismael.

LUCI: *(Siempre hablando al handy)* Ismael..., ¿estás?

VOZ SARA: Mmm, no sé...al principio parecía ser un amigo.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el Handy)* Sí, Luci, eso creo.

VOZ HOMBRE: ¿Al principio?

VOZ SARA: Sí, después todo se volvió muy confuso.

VOZ HOMBRE: ¿Algo más?

LUCI: *(Sonríe)* ¿Eso creo?

VOZ SARA: No.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Quiero decir..., me parece un sueño todo esto, Luci.

LUCI: No es un sueño.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Claro. No es un sueño. Solo digo que... me resulta extraño.

LUCI: Es extraño, Ismael. Voy a matar a un hombre.

Tiempo.

VOZ HOMBRE: ¿Lo dijo así? “¿Voy a matar a un hombre?”

LUCI: ¿Qué hacías?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Miraba...miro... una mancha en la pared.

VOZ SARA: *(La escuchamos reír)* Sí. Lo decía todo el tiempo, como si fuera a cortar flores. Tiene que entender que ella no era cualquier mujer.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Una mancha de humedad.

VOZ HOMBRE: ¿Qué quiere decir con “no era cualquier mujer”?

VOZ SARA: No decir una sola palabra durante años. A eso llamo “no era cualquier mujer”. Escuche mi historia, doctor... si quiere, o si puede, al final va a entender.

LUCI: ¿Rorschach?

ISMAEL: *(Ríe. Lo escuchamos desde el handy)* Rorschach, sí.

LUCI: *(Breve pausa)* Decime ¿qué ves?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Vas a hacer un diagnóstico?

LUCI: ¿Por qué no? Así funciona: vemos una mancha y decimos lo primero que se nos viene a la cabeza.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Un perro. No sé. La piel de un perro.

LUCI: Mmm..., interesante.

ISMAEL: *(Lo escuchamos reír suavemente desde el handy)* ¿Es grave?

LUCI: Quizás.

Luci se acerca hasta Petraglia que está tirado sobre la alfombra, se arrodilla, sostiene el brazo del hombre sobre su falda, cuenta las pulsaciones apoyando sus dedos en la muñeca del hombre, 30 segundos.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Te estás burlando... *(ríe)*, un perro.

Tiempo. Luci termina de contar las pulsaciones, deja el brazo del hombre en la misma posición, pulsa el handy.

LUCI: Siempre me pareció infantil eso. *(Llama su atención el reloj en la muñeca de Petraglia)* Como buscar formas en las nubes.

Luci desprende el reloj de la muñeca de Petraglia.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el Handy)* Esmás que eso. Tiene años esa prueba.

LUCI: También tiene años la constitución.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Qué estás haciendo?

LUCI: *(Mirando el reloj)* Robo..., robo tiempo.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿A la bestia?

LUCI: Ya no lo necesita.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Qué hace?

VOZ SARA: Duerme; un angelito narcotizado.

LUCI: *(Observando al hombre en el piso)* Parece un ángel... narcotizado.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* No es un ángel. Por qué no aprovechás y descansás un poco.

LUCI: No es buena idea. No.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Miedo?

LUCI: No. Quiero hacerlo.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* En el estado en que está es menos agresivo que un niño. Podés descansar..., despejar tu cabeza.

LUCI: ¿Arrepentirme, decís? *(Pausa)* Quiero empezar ahora.

Luci se incorpora y observa al hombre tirado en el piso, se coloca el reloj.

LUCI: ¿Seguís con la mancha?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Un árbol, oscuridad, aves.

LUCI: Dentro de una hora vas a ver un tren.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* O un hombre cayendo de un precipicio.

LUCI: *(Se dirige hasta la puerta de entrada que da al pasillo del hotel)* No hay que ser tan dramático.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿No?

Luci toma un bolso que hay contra la puerta y lo lleva hasta el pie del sillón cerca del ventanal, se sienta, abre el bolso.

LUCI: Contame una de tus historias.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el Handy)* No hablás en serio.

LUCI: ¿Qué tiene de malo?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Tenés a un hombre maniatado ahí.

LUCI: No está maniatado.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Técnicamente está a punto de colapsar. Atar psíquicamente: despertarlo, dormirlo, volver a despertarlo. Manipular la sangre es maniatar, Luci.

LUCI: Manipular la sangre.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Sí. Eso.

LUCI: El del hombre sin memoria. Ese me gusta.

VOZ HOMBRE: ¿A qué venían esas historias?

VOZ SARA: No sé. Realmente no sé. Ella pedía constantemente escucharla, la misma historia. La del hombre sin memoria. Creo que era un juego entre ellos. Había tiempos muertos entre un sueño de Petraglia y otro.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Por qué la del hombre sin memoria?

LUCI: No sé. La contás bien; como si no saliera de tu boca.

VOZ HOMBRE: Se preguntó alguna vez, Sara, ¿cuánto de lo que recuerda es verdad?

VOZ SARA: *(Se lo piensa, responde contundente)* Todo. ¿Le parece una buena respuesta, doctor?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Qué parte te gusta más?

LUCI: Cuando ve el trozo de carne colgando en la ventana y no sabe qué está haciendo ahí.

VOZ HOMBRE: ¿Todo? ¿Después de 20 años?

VOZ SARA: Créame doctor. En mi vida fallaron muchas cosas menos una, la memoria.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Es el último hombre que le queda al mundo...

LUCI: *(Deja el handy a sus pies mientras escucha, habla para sí)* Pero el hombre no lo sabe, Ismael.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Pero no lo sabe porque día a día fue perdiendo su memoria.

Mientras escuchamos el relato de Ismael desde el handy, Luci realizará la siguiente acción: saca del bolso un pequeño maletín plateado, lo apoya sobre su regazo y abre, saca una jeringa, rompe el seguro de la aguja, coloca la aguja en la jeringa, saca una ampolla, rompe la cabeza de la ampolla y carga el contenido.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* El hombre vive su existencia como si cada día fuera un nacimiento. Y eso lo agota. Nacer, y volver a nacer...

VOZ SARA: Una idea comienza a rondar su cabeza, sobrevive, obsesiva, dolorosa: se está muriendo.

LUCI: *(Lo dice para sí mientras realiza la acción)* Todo lo olvida, todo, menos esa idea: se está muriendo.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Todo lo olvida menos esa idea. Y eso lo atormenta. Una mañana resuelve colgar un trozo de carne en la ventana de su habitación. Piensa que, de esta forma, aquel que huele la carne va a llegar hasta su ventana..., y ya no se sentirá tan solo.

LUCI: *(Rompe la cabeza de la ampolla y comienza a cargar el contenido en la jeringa)* Qué tonto. Es el último hombre que le queda al mundo.

VOZ HOMBRE: Para animar fiestas infantiles...

VOZ SARA: Tiene su gracia, doctor. Escuche el final.

LUCI: *(Sin dejar de hacer)* El hombre realiza el acto.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Caza al animal, lo despelleja, cuelga el trozo de carne en la ventana y espera. Una hora, tres días, siete. No importa cuánto. Cada mañana ve la carne que se pudre y echa olor y piensa en la muerte; un edredón de moscas cubre al animal y piensa en la muerte. El hombre ha olvidado por completo su propósito y se pregunta: “¿qué mierda hace un trozo de carne colgado en mi ventana?” Finalmente..., llega un cuervo a la ventana y se posa, come la carne podrida y se queda allí, mirando al hombre..., y esperando. Esperando al hombre sin memoria que no sabe que se ha convertido en la próxima presa.

Silencio, Luci deja caer unas gotitas de la jeringa, toma el handy y responde, su voz es suave.

LUCI: Me gusta.

Luci camina hasta Petraglia, se arrodilla sobre la alfombra, sostiene la jeringa entre sus dientes, toma el brazo del hombre y lo apoya sobre su regazo.

LUCI: Profecía cumplida, Petraglia.

Luci da golpecitos en el brazo para encontrar la vena, siempre con la jeringa entre los dientes.

VOZ SARA: Un sujeto construye una verdad sin ninguna base que se sustente en la realidad.

Luci con una mano se quita la jeringa de entre los dientes, con la otra sostiene el brazo, le da la inyección. Petraglia emite un suave gemido.

LUCI: Pero lo cree con tanto fervor que su conducta comienza a operar sobre la realidad misma del sujeto. Hasta concretar la profecía.

Luci quita la jeringa del brazo del hombre, camina hasta el sillón y guarda todo en el maletín.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Estás segura, Luci?

LUCI: *(Levanta el handy del suelo. Pulsa)* Luci no existe.

VOZ HOMBRE: ¿Por qué decía eso?

VOZ SARA: Eso repetía. Luci no existe. Todo el tiempo.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿No? ¿Y quién habla ahora?

LUCI: Sus restos. *(Pausa)* Sí. Eso. Lo que queda de ella... Estas últimas horas.

ISMAEL: *(Lo escuchamos desde el handy)* Imposible.

LUCI: *(Lo dice sin agresión)* Imposible es no hacerlo después de las cartas, Ismael.

ISMAEL: *(Lo escuchamos desde el handy)* ¿Las cartas son el problema?

LUCI: Las cartas son la verdad y la verdad no debería ser un problema. ¿No te parece extraño que estés ahí? No deberías... Pero estás ahí, Ismael.

ISMAEL: *(Lo escuchamos desde el Handy)* Quizás tengo esperanzas.

LUCI: Quizás estás ahí porque te excita esto.

ISMAEL: *(Lo escuchamos desde el handy)* No, Luci. Eso no está bien.

LUCI: Luci no existe. Eso no está bien.

Petraglia se remueve en el piso.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Controlaste el pulso?

LUCI: Sesenta en treinta segundos.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Es alto.

LUCI: Y lógico. Lo que tiene encima podría resucitar a un muerto.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Tenés que dejar el handy abierto.

Petraglia se mueve en el piso, Luci se sienta en el sillón, enciende un cigarrillo y lo observa en silencio, su mirada se pierde entre el humo.

LUCI: Ismael *(Pausa)*, me costó llegar... adonde estoy ahora. ¿Sabés eso, no?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Qué querés decir?

LUCI: Eso. Que no fue fácil.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Estás segura?

LUCI: Sí. No es eso.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* ¿Entonces?

Luci pulsa el handy pero no dice nada.

ISMAEL: *(Insiste. Escuchamos su voz desde el handy)* Sabés a quién estás despertando y sabés lo que va a pasar una vez que despierte.

Luci se incorpora y mira por la ventana.

LUCI: No se trata de eso. *(Mirando por la ventana)* ¿Dónde estás?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Una vez que empiece no hay regreso.

LUCI: No entendés. Ya empezó. ¿Dónde estás?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Cerca.

LUCI: ¿El edificio de enfrente...?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Sí.

LUCI: *(Corre la cortina)* ¿Me estás viendo ahora?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Sí.

LUCI: Decíme, ¿qué ves?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Enfocate en Petraglia.

LUCI: Quedan unos minutos. ¿Qué ves?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* La sombra de una mujer en la ventana, fumando.

LUCI: Dejame verte.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* No.

Petraglia se remueve en el suelo.

LUCI: ¿Por qué?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Porque yo no voy a entrar. Voy a estar acá y desde este lugar voy a escucharlo todo. Para que no falles. Ese fue el trato.

LUCI: Solo quiero decirte algo y quiero verte para hacerlo.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Si no estás segura deberías dejarlo.

LUCI: No es eso.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Entonces enfocate en Petraglia.

LUCI: Es hombre muerto.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Si no estás segura deberías salir del edificio.

LUCI: *(Pulsa. Breve pausa)* Lo que digo es... después de todo esto, ¿qué?

ISMAEL: *(Lo escuchamos desde el handy)* Después tu vida, Luci.

LUCI: Pero Luci no existe, ¿no entendés?
ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* La mujer que seas, después de esto. Tu vida.

Petraglia se remueve en el piso, emite algo inentendible, Luci lo observa.

LUCI: ¿Y el funeral?
ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el Handy)* Para vos no hay funeral.

Petraglia intenta levantarse del piso, coloca una rodilla sobre la alfombra, la cabeza cuelga sobre el pecho.

LUCI: Me hubiera gustado estar, despedirme. Pero son tan estúpidos.
ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* No me gusta lo que estoy escuchando.

Petraglia tiene un acceso de tos, Luci lo observa.

LUCI: Hicieron la ceremonia y no pude despedirme. No es justo.
VOZ HOMBRE: ¿A quién enterraban?
ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Sin las cartas... ¿dónde estarías ahora?
VOZ SARA: A Luci. Enterraban a Luci.
LUCI: Pero existen y yo no pienso en lo que no sucedió, Ismael. Deberías saberlo.
ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Entonces dejá de joder con tu cabeza y enfocate en ese hombre. Tenés que dejar la línea abierta.
LUCI: Sé lo que tengo que hacer.

Petraglia se sienta en el piso, tiene otro acceso de tos seca, aún no advierte la presencia de Luci, se queda sentado con las piernas abiertas y la cabeza colgando sobre el pecho.

LUCI: Quiero decirte algo y quiero que me veas. *(Busca las palabras adecuadas)* Hace una semana, hace un mes estaba ansiosa, hace un mes cuando decidí esto no podía dormir esperando el día. Pensé que iba a ser diferente...

Petraglia emite un gemido muy suave, sostenido.

LUCI: ¿Me estás viendo? Quiero que escuches esto.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Sí, te estoy viendo, Luci.

LUCI: *(Lo dice muy suave, casi un susurro)* Se trata de destruirlo ¿no? *(Pausa)*
Realmente deseo eso. Destruirlo de verdad. Pero no hay nada
ahora en mi cabeza. No siento nada.

ISMAEL: *(Pulsa el handy durante unos segundos sin decir nada)* Sin las cartas... no
estarías ahí, Luci.

LUCI: Ya vas a entender. *(Pausa)* Cuando esto pase quiero que me
prometas algo. No te enojés conmigo. ¿Me prometés eso?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* No me gusta lo que escucho,
Luci.

LUCI: Solo prométeme eso, Ismael... ¿Vas a perdonarme?

ISMAEL: *(Pulsa unos segundos, pero solo escuchamos el sonido de estática, luego se
corta)* ...

*Luci activa el handy, lo deja en el piso. Se sienta en el sillón, recuesta su cabeza echándola
hacia atrás y cierra los ojos durante unos segundos.*

VOZ SARA: Todo el mundo sufre. Sufrir no hace mejor ni peor a nadie. Lo
verdaderamente difícil es organizarse después del dolor.

*Luci abre los ojos. Petraglia está tratando de incorporarse, sus movimientos son lentos y
extraños, como si no controlara su cuerpo. Se pone de pie durante unos segundos, sus piernas
se aflojan y se desvanece cayendo pesadamente. Luci saca una linterna del bolso. Petraglia está
sentado con las piernas abiertas; un muñeco desarticulado. Luci enciende la linterna, la fuerte
luz pega en la nuca de Petraglia.*

LUCI: *(Sin sobresaltos)* La usaron para tratar la esquizofrenia.

Petraglia ahoga el grito, gira su cabeza buscando el lugar de donde proviene la voz.

LUCI: *(Suave)* La droga que se le está dando. La usaron con los soldados
que volvieron. *(Pausa)* Por eso todo le parece un sueño.

Petraglia intenta ver el rostro de Luci, la luz se lo impide, trata de incorporarse nuevamente, pierde el equilibrio y en el intento tira algunos objetos de la habitación, insiste en levantarse. Sobre esta acción escuchamos la entrevista en off.

VOZ HOMBRE: ¿Todo esto es real...?, ¿sucedió realmente, Sara?

VOZ SARA: Claro. ¿A que llama real, usted doctor?

VOZ HOMBRE: ¿Está segura?

VOZ SARA: Ella hablaba y alguien respondía. Así funcionaba. Si no era Petraglia con un grito, era Ismael desde el handy.

Petraglia hace un gran esfuerzo por incorporarse sin poder conseguirlo.

LUCI: Resistir multiplica su efecto.

VOZ HOMBRE: Hoy la trasladan, Sara. ¿Cree que está preparada para salir?

VOZ SARA: *(Después de un silencio)* Sí. Pero no me voy a ir hasta que termine mi historia.

VOZ HOMBRE: ¿Puede decir el nombre completo de su madre?

VOZ SARA: Primero déjeme que le diga algo. Para entender esto tiene que aceptar las zonas oscuras.

Petraglia se da por vencido, está sentado sobre la alfombra, Luci lo ilumina con la linterna. Luego, como en un juego ilumina lentamente diferentes lugares de la habitación con la linterna: la puerta del baño, un florero roto, y se detiene en una mancha de humedad en la pared. Petraglia sigue la luz con la mirada.

VOZ HOMBRE: ¿Qué quiere decir?

VOZ SARA: Escuche el silencio, no las palabras, no el ruido. Escuche el silencio y vea la imagen que muestra el silencio. Ahí está la memoria de esta historia.

LUCI: *(Realiza el último movimiento con la linterna y detiene la luz sobre el cuchillo clavado en la puerta de salida)* Bienvenido, profesor Petraglia.

VOZ SARA: *(Ríe con amargura)* Aprendió a manipular porque a ella la manipularon. Aprendió a callar porque a ella la silenciaron. Aprendió a torturar porque a ella la torturaron. Acerque su grabador para que se escuche fuerte y claro, doctor: Mi madre se llamó Luci... y no existe más.

LUCI: *(Apaga la linterna, con ésta se desvanecen las luces de los faroles)*
Bienvenido a la última realidad.

Petraglia intenta hablar, emite un graznido, como el de un cuervo.
Oscuridad.

ACTO 2

Oh, la libertad es mía
Y sé cómo me siento.
Feeling Good

La escena se encuentra en penumbras. Se dibuja la silueta de Luci contra el ventanal, la escuchamos cantar muy bajo “Feeling Good” Su sombra atraviesa la habitación hasta perderse en el baño, desde el baño escuchamos la canción.

VOZ SARA: “Pez en el agua, tu sabes cómo me siento...”. Adoraba esa canción. Es curioso, ella se negó a hablar, pero nunca dejó de cantar. Cuando estaba linda y no triste me miraba cantando y sonreía.

VOZ HOMBRE: Sara, nos queda poco tiempo antes de tu salida.

VOZ SARA: *(Su voz se endurece)* Para usted, que es doctor y cuenta los segundos como si fueran perlas queda poco tiempo, para mí no tiene importancia.

Luci sale del baño con ropa en sus manos, susurra la canción, se dirige hasta la cama donde distinguimos la figura de Petraglia sentado al borde de la misma; una sombra encorvada.

LUCI: *(Arrodillándose ante el hombre, comienza a desvestirlo)* Nadie quiere saberlo. Nadie va a creerlo.

VOZ SARA: Cuando deja la universidad decide estudiar farmacología. Por su cuenta. Lee libros de biología también, como una posesa. No habla. Nadie entendía lo que estaba haciendo. Ella sí. Sabía bien. La internaron después.

VOZ HOMBRE: ¿Por qué?

VOZ SARA: Imagínese. Usted es un padre o una madre y su hija desaparece

por 40 días. Corre el año 85, ella tiene 23. El miedo todavía está en la ciudad, en el aire, aunque se habla de una primavera y festejan..., el miedo persiste. Cuando regresa a la casa de los padres no da explicaciones. ¿Dónde estuvo esos 40 días? ¿Qué hizo? ¿Por qué está tan cambiada? Y lo que desorienta a todos, ¿por qué se niega a hablar?

LUCI: *(Comienza a vestirlo)* Nadie quiere saberlo. Nadie va a creerlo.

VOZ SARA: Decide eso. Se llama a silencio. Así de simple, se niega a decir una sola palabra más. Abandona amistades, estudios, y para colmo de males... a los seis meses se dan cuenta de que está embarazada. Ahí entro yo a escena.

VOZ HOMBRE: ¿Usted nace durante la internación?

LUCI: *(Vistiéndolo al hombre, susurrando la canción)* “Pez en el agua tú sabes cómo me siento”. “Río que corre libre sabes lo que siento”.

VOZ SARA: Mmm..., sí. Bonito recibimiento me da el mundo. Salimos. Parecía estar mejor, o fingía, no sé. Es lo que una mujer debe hacer para que no la sigan lastimando. Rompe con la familia y se va de la casa, me lleva, no me abandona, me lleva.

VOZ HOMBRE: ¿Qué estudiaba antes?

VOZ SARA: Letras. *(Pausa)* Está oscuro este lugar. ¿Puede prender la luz?

VOZ HOMBRE: Está prendida, Sara.

VOZ SARA: Mmm... No. No sé, no veo mucho. ¿Qué hora es?

VOZ HOMBRE: ¿Se siente bien? Podemos parar unos minutos.

VOZ SARA: No es eso, no veo dónde están. ¿Cómo quiere que siga si no veo nada?

VOZ HOMBRE: ¿Dónde están quienes?

VOZ SARA: Ellos. Mi madre, Petraglia..., la música y el edificio. Si no escucho la música el edificio se borra.

Luci ayuda a ponerse de pie a Petraglia para subirle el pantalón. Lo consigue, Petraglia vuelve a caer sentado al borde de la cama, le coloca la chaqueta y comienza a prender los botones.

LUCI: “Los hombres más fuertes no necesitan dioses”, Petraglia.

Luci termina de vestir al hombre, se aleja unos pasos y lo observa.

LUCI: Cuando la alumna llega, el profesor la recibe con su uniforme puesto.

VOZ HOMBRE: ¿Quiere decirme dónde estamos ahora, Sara?

VOZ SARA: El Soberano, en diagonal a la plaza Negra. Pero hay poca luz. ¿Sabe que por este hotel pasaron desde reyes hasta los artistas más grandes?

LUCI: ¿Recuerda este lugar..., hace diez años? Usted y su uniforme. Yo un vestidito negro, simple, la espalda desnuda.

VOZ HOMBRE: ¿En qué año dijo que su madre desaparece durante 40 días?

VOZ SARA: En 1985. La primavera... el miedo...

VOZ HOMBRE: ¿En qué año Luci secuestra a Petraglia y lo lleva al hotel?

VOZ SARA: Diez años después. Ahí estamos parados: 1995, el país es una fiesta... de ciegos. La misma habitación. El mismo hotel. El Soberano.

Luci abre las cortinas, la luz de la pálida noche ingresa por la ventana, vemos a Petraglia sentado al borde de la cama vistiendo un uniforme militar. La cabeza del hombre está cubierta por un vendaje.

VOZ SARA: Luci se mantuvo en silencio durante diez años... y ahora está preparada para hablar.

Petraglia tiene la mirada perdida en un punto. Luci desde el ventanal avanza ágil hasta la cama y se sienta a su lado, tiene el recorte de un diario en la mano.

LUCI: Los padres son tan estúpidos como este país.

Tiempo.

LUCI: ¿Reconoce el lugar? En diagonal a la plaza Negra. El Soberano. Por acá pasaron desde reyes hasta los artistas más grandes. Hace muchos años lo levantaron. Hoy es un gigante muerto.

Petraglia emite un graznido, lleva su mano a la garganta.

LUCI: *(Lo observa unos segundos, su voz es un susurro)* ¿Me recuerda? *(Pausa)* Diez años no es tiempo suficiente como para olvidar un rostro.

Petraglia gira la cabeza mecánicamente y la observa, Luci sostiene la mirada, sus ojos brillan.

LUCI: Quiero mostrarle algo. *(Muestra el recorte)* Es usted. *(Pausa)* Marchando hacia las islas. *(Se detiene en el recorte)* Se lo ve realmente guapo, el fusil al hombro, la juventud le llena el rostro. *(Lee el recorte)* “Fernando Julio Petraglia: el historiador de las fuerzas que sobrevivió a la guerra”. *(Sonríe)* Mmm..., sugestivo el encabezado ¿no? La entrevista data del año... 93. *(Espera una respuesta que no llega)* En un momento usted dice: “Dios me permitió vivir para que pueda contar a mi pueblo la historia de los héroes”, sus palabras, profesor.

Silencio, Luci mira hacia delante, se ausenta unos segundos.

LUCI: Tuve un hermano al que dios no permitió volver para contar su historia.

VOZ HOMBRE: Debo reconocer que estoy perdido, Sara.

LUCI: *(Vuelve su atención a Petraglia)* Un héroe... elige su destino, ¿no? Y camina hacia ese lugar, aunque la muerte lo espere, ¿verdad? Por eso es un héroe. Me pregunto hasta qué punto mi hermano eligió terminar en las islas con 19 años.

VOZ SARA: Piérdase, no importa. Es una historia extraña.

LUCI: A todo el mundo le gustan los héroes. ¿Está de acuerdo conmigo, profesor? No quiero ser aguafiestas.

Vuelve su mirada al recorte.

LUCI: No hay dudas, el momento justo. Una imagen puede torcer el destino de un hombre... de un pueblo.

Luci con el encendedor quema el recorte, Petraglia observa el fuego.

LUCI: ¿Se preguntó quién sería hoy si no existiera este recorte? Porque este recorte es su gloria y su condena, ¿sabe? Ahí habla sobre esos días salvajes de frío y valor. Habla del coraje de sus hombres.

Petraglia comienza a parpadear mecánicamente.

LUCI: *(Lo señala con el dedo, quizá le provoque gracia)* Eso que hace no está bien hombre. Se está resistiendo.

Petraglia continúa parpadeando mecánicamente sin poder controlarlo, abre la boca tratando de sacar algún sonido, escuchamos un gemido monótono.

LUCI: Deje que ella haga el trabajo y se retire. Resistir multiplica su efecto.

Luci se dirige hasta el baño, sirve agua en un vaso. Petraglia continúa su queja, Luci se acerca hasta el hombre y le echa el agua en el rostro, espera unos segundos, Petraglia no consigue calmarse, Luci vuelve al baño, sirve otro vaso con agua.

LUCI: *(Desde el baño)* Ya se lo dije. Es realmente desagradable eso que hace con la boca.

Luci sale del baño y se para frente al hombre, le da una fortísima cachetada, Petraglia calla, sus ojos se llenan de lágrimas, Luci sostiene el vaso a la altura de los ojos.

LUCI: Para limpiar la sangre. *(Retiene el vaso)* Ella inhabilita sus capacidades para articular el lenguaje. Habrá notado que por más que se esfuerce, las palabras ya no están ahí, a su alcance.

Luci observa la puerta del baño. Vuelve su atención a Petraglia, lo espera.

LUCI: Intente desarrollar un tema. *(Espera una respuesta)* Cualquier tema, no viene al caso. *(Espera, resopla)* ¿Por qué cuando nace la historia muere la verdad? *(Espera una respuesta)* ¡Vamos! Es un viejo chiste: porque los historiadores son sepultureros disfrazados de retóricas. *(Pausa)* De la universidad, ¿no lo recuerda? *(Espera)* Probemos con esto: ¿por qué se encuentra en la habitación de un hotel abandonado sin poder hablar y a la buena de dios, o para ser precisos, a la buena de una mujer que quizás le resulte vagamente familiar? Excúseme la extensión de la pregunta.

Petraglia lleva su mano a la cabeza, toca la venda, comienza a desenvolverla.

LUCI: Yo si fuera usted no haría eso.

Petraglia se quita la venda. Un hilo de sangre comienza a caer desde su cabeza hasta la boca; la línea de sangre le divide en dos su rostro.

LUCI: No fue fácil subirlo. Son cuatro pisos.

VOZ HOMBRE: ¿Sara, puedo preguntarle dónde estaba usted mientras su madre hacía esto?

VOZ SARA: Mmm..., creí que nunca iba a llegar esa pregunta. Estaba ahí, doctor. Con ellos. Tenía 10 años y mi madre me mantenía dormida en el baño.

Breve silencio.

LUCI: Muertas. Están muertas para usted las palabras. *(Silencio)*
Respuestas simples: Sí. No. Con un movimiento de cabeza. Y nada más. Falta un tiempo hasta que se acomoden las cosas *(señala la cabeza del hombre)*. Vamos de nuevo: ¿reconoce el lugar?

Petraglia después de un tiempo asiente con la cabeza.

LUCI: Bien. Escuche esto: si la dosis se excede usted podría perder el lenguaje irremediablemente. Le pido que se enfoque, por favor.

Luci deja que la información llegue.

VOZ SARA: Repetía eso. Se sentía realmente orgullosa de haberlo logrado.

LUCI: Tome el agua, limpie la sangre y enfóquese de una buena vez.

Petraglia sostiene el vaso, sus manos tiemblan.

VOZ HOMBRE: ¿Qué cosa?

Petraglia bebe el agua.

VOZ SARA: Dar con la droga. Una droga que al ser suministrada en la medida justa le roban las palabras a uno. La usaron con los soldados que volvieron de las islas.

LUCI: Voy a repetirlo para que no queden dudas, Petraglia, si la dosis se excede usted puede perder sus palabras, para siempre.

El rostro de Petraglia es una máscara de confusión, el vaso cae de sus manos, el hombre mira el vaso rodar en el suelo. Luci lo toma suavemente del mentón obligándolo a mirarla.

LUCI: Llevo puesto el vestidito negro. Quizá algo ajustado. Tuve que descoser un poco la cintura. Hace diez años mi cuerpo era otro.

Petraglia intenta desviar la mirada, Luci lo sostiene con fuerza.

LUCI: Mire la boca (*Petraglia intenta desviar la mirada, Luci lo sostiene con fuerza*) Los ojos, mire bien los ojos. ¿No le dicen nada? Llevo el pelo suelto..., ¿no puede no recordar mi pelo? Yo odio mi pelo, hombre.

El rostro de Petraglia comienza a bañarse en lágrimas. Luci lo observa incrédula, lo suelta y se dirige a la ventana, mira hacia afuera, saca de su bolsillo una foto pequeña, la observa, luego toma el handy y pulsa.

LUCI: ¿Estás ahí...?

ISMAEL: (*Escuchamos su voz desde el handy*) Sí.

LUCI: ¿Estás escuchando?

ISMAEL: (*Escuchamos su voz desde el handy*) Sí.

LUCI: No te vas a ir, ¿no?

ISMAEL: (*Escuchamos su voz desde el handy*) ¿Por qué no hablaste antes, Luci?

LUCI: Hablar es fácil. Hay un mundo entero hablando afuera. Hacer lo que corresponde, lo justo, es lo difícil.

ISMAEL: (*Escuchamos su voz desde el handy*) Luci... ¿Sara dónde está?

VOZ HOMBRE: ¿Por qué Ismael no paró aquella locura, Sara?

VOZ SARA: Tal vez no podía, una promesa no se rompe. Y menos el tipo de promesas que ellos tenían. Ya va a entender, doctor. ¿La paciencia no se enseña donde usted estudió?

ISMAEL: (*Escuchamos su voz desde el handy*) Luci. ¿Dónde está Sara?

LUCI: Sara está bien. Duerme. Le doy unas pastillitas...y se duerme. Déjame contarte lo que hice, Ismael. Dejar de hablar... fue como comer mi propio cuerpo.

VOZ SARA: Yo aprendí a escupir las pastillas, las tiraba antes que se disolvieran en mi boca por la rendija de la bañera. No me gustaba cómo se ponía mi cabeza. Cuando ella entraba al baño cerraba los ojos... y escuchaba.

LUCI: O detener un río. Cuando se decide eso se rompe algo adentro de uno. No se me ocurre otra cosa, Ismael, pero juraría que es el alma lo que se rompe. *(Pausa)* Y lo que vuelca el alma en el silencio es...

VOZ HOMBRE: La locura.

VOZ SARA: La desesperación, doctor. El perfume del alma... es la desesperación.

LUCI: *(Activa el handy y corta la voz de Ismael. Lo dice técnicamente)* Su motricidad ha sido afectada con una droga que utilizaron con los soldados en las islas. Mi hermano estaba bajo su mando. En la entrevista usted habla de la Compañía de Infantería "C" sección apoyo. Usted al mando. Apuntador de morteros era mi hermano. *(De espaldas mirando por el ventanal levanta el brazo con la foto)* 19 años, esbelto. Muy bello era.

Luci vuelve a la cama, se sienta a un costado, muestra la foto a Petraglia.

LUCI: Mírelo, por favor.

Luci espera una respuesta, deja la foto sobre el regazo de Petraglia, enciende un cigarrillo.

LUCI: Los padres deberían dejarnos en paz. Si se cansaron de luchar deberían hacerse a un lado. Los hijos no podemos seguir si ellos siguen haciendo de las suyas. Lo arruinan todo con el miedo. Viajaron a las islas. Después de 11 años lograron oficiar una ceremonia cristiana para él: "Solo conocido por Dios", dice la cruz blanca. Se supone que ahí están sus restos. Hay tantas, y el viento es tan fuerte; esconden la juventud esas cruces... Y el viento del que mi hermano habla en las cartas sigue siendo el mismo. No cambia. Están ordenadas de una forma tal que... lastima verlas. *(Pausa, da una pitada al cigarrillo, lo apaga sobre la alfombra)* Hicieron un pacto con Dios: Los padres. Eligieron eso. No los culpo, pero tienen que hacerse a un lado si se cansaron.

VOZ HOMBRE: ¿Sara..., existió Luci?

VOZ SARA: ¿A qué llaman existir, ustedes? Todo esto existió, doctor.

LUCI: Le he suministrado la dosis suficiente como para que pueda distinguir a una mujer hablándole en este momento. Un impedimento absoluto tiene: la palabra. Lo demás está en orden, escucha, entiende. *(Pausa)* La droga que se está comiendo su lengua la usaron ustedes primero... con nosotros.

Petraglia con la mirada en la foto llora. Las lágrimas brotan mecánicamente en su rostro. Luci lo observa extrañada.

LUCI: *(Lo dice con sincera curiosidad)* ¿Lágrimas? *(Lo observa sin entender)* La gente como yo está harta de lágrimas, profesor. *(Pausa)* Fernando Julio Petraglia: militar, oficial del ejército devenido profesor de historia, ensayista, pensador lúcido y reconocido por la comunidad intelectual, la memoria viva de este país. Un héroe. Punto. Esa es su imagen. ¿Y ahora que está al final del camino solo tiene lágrimas para ofrecer? *(Susurra al oído del hombre)* ¿Me quiere decir qué mierda vamos a hacer con los intelectuales de este país?

Toma la foto del hermano, se pone de pie. Petraglia emite un gemido fuerte, de impotencia, sostiene el grito. Luci en una acción precisa le barre las lágrimas de una cachetada. Limpia su mano contra el uniforme militar.

LUCI: Escuche mi historia. En la universidad no se enseña esto.

Luci vuelve al sillón y se sienta. Durante el relato que sigue su voz no mostrará dureza en ningún momento, quizás una leve amargura, la cual la hace más dulce.

LUCI: *(Mirando la foto)* Aprieta suavemente el cuello de la mujer que se está cogiendo.

Tiempo.

LUCI: Perdón. Primero se desnuda. *(Habla en dirección al handy donde escucha Ismael, ríe)* Lo ensayé tantas veces y empiezo con un error, Ismael. *(Vuelve su atención al viejo hombre)* Se quita el uniforme. Ata a la mujer a la cama, las piernas y los brazos extendidos. La mujer del Vitrubio. Lo dice. Las sábanas donde está estaqueada son

blancas como la nieve, tienen que serlo. Lo dice. Huele los pies de la mujer, y comienza a subir: pantorrillas, muslos, rodillas, pelvis, se detiene en la vagina unos segundos, sube y llega hasta el rostro. Entonces aprieta el cuello. Le gusta ver el rostro mientras se asfixia. Sus ojitos de murciélago brillan. Y se mueve lentamente.

Breve silencio.

LUCI: Sus manos son grandes y el cuello es frágil. Ella piensa que puede romperse. El aire no alcanza. Azul es el color que ella ve. El cuerpo comienza a entrar en una especie de ensueño... consciente, y eso es lo terrible. Ella preferiría desmayarse. Ya sabe que se equivocó. De aquí en más todo se mueve como en un sueño. Antes le dio de beber algo, ella quiere hablar, detener el tiempo, pero ríe, como una idiota. Mientras usted se mueve, lento, muy lentamente.

VOZ HOMBRE: ¿De qué está hablando, Sara?

VOZ SARA: Luci está hablando. Después de tantos años... después de la primavera y el miedo y en la fiesta de los ciegos está contando su historia. Aunque nadie escuche.

LUCI: Yo creería que nunca mató a nadie. No es ese tipo de hombres. Usted destruye cuerpos. Ese es su verdadero oficio. Lo hizo toda su vida. En la guerra y en la universidad. Cortar el aire... cortar lo suficiente como para que la mujer se orine mientras usted está adentro.

Tiempo. Luci observa las reacciones de Petraglia; este la observa inexpresivo.

LUCI: Un abismo es el cuerpo y usted con la curiosidad que lo caracteriza trata de ver lo que ahí pasa... El abismo, se acerca y se pierde en los ojos de ella, con sus ojitos de murciélago, brillantes.

Tiempo.

LUCI: Hay palabras... Son frases, profesor. Las repite durante el acto. Esta es la parte más extraña. Le gusta cómo suenan en su boca.

Son algo así como mantras. (*En dirección al handy*) ¿Verdad, Ismael? ¿Verdad que al repetir palabras obsesivamente estas se convierten en mantras? (*Vuelve a Petraglia*) Funcionaban desde esta lógica, ¿no? Repetir palabras hasta convertirlas en bronce. Es el inicio de un calvario imposible de prever. La mujer tiene 23 años. Es su alumna.

Luci se incorpora y mira por la ventana, de espaldas al hombre.

LUCI: Las recuerdo.

VOZ SARA: “El detalle de una batalla lo da el que triunfa”

LUCI: ¿Le resulta familiar? Es una de sus favoritas. Rompe el cuerpo y dice: “El detalle de una batalla lo da el que triunfa”. Esta es una. Utiliza muchas. Siempre me pregunté, ¿cuál era el fin pedagógico al citar frases célebres de la historia mientras arruinaba el cuerpo de una mujer? Dos: “Ha sonado otra vez en América, para el bien del mundo, la hora de la espada”. De verdad dígame, Petraglia ¿Por qué? ¿Lo transportaban? ¿Mientras hacía eso desfilaban por su mente... quienes? ¿Toda la patria celestial? ¿Para qué mierda hacía eso? ¿Por qué no se conformaba con violar a la alumna simplemente? Su revisionismo histórico... Joder, hombre. Es pura mierda.

Luci entra al baño y se refresca el rostro, bebe agua, toma la pequeña toalla roja y sale, se recuesta por el marco de la puerta del baño.

LUCI: Lo dice al oído de la mujer que se está cogiendo y estrangulando con todo el peso de su cuerpo mientras ella se orina sintiendo su miembro adentro y además obliga a la mujer a que se las repita: “Solo conocido por Dios”, la repite una veintena de veces. Ella no sabe lo que está pasando “Sellaremos con sangre y fundiremos con el sable, de una vez y para siempre, esta nacionalidad”, ¡uff!, dice tantas palabras, profesor. Ella quiere salir corriendo, pero su cuerpo ya no le pertenece. Sus palabras profesor, que no son suyas sino de otros, y usted las utiliza en la universidad mientras da su cátedra y mientras se coge a una alumna en la habitación de El Soberano. Obliga a la alumna a imitarlo. Lo

excitan tremendamente estas palabras y pide que la mujer se las diga, pero a ella le cuesta ordenar, articular su lengua... Quiere hablar, claro que quiere hablar, quiere salvarse, y para salvarse está dispuesta a decir cualquier cosa con tal de que acabe pronto, pero ríe, ella quiere decir lo que dijeron los padres sagrados para salvarse, pero ella ríe, ríe..., es un infierno.

Tiempo.

LUCI: La golpea. Es culpable la alumna. No satisface su violencia intelectual. Ella siente su corazón golpeando contra su cuerpo, su corazón golpeando como un martillo contra sus tetas. Hace un esfuerzo sobrehumano y alcanza a decir algunas frases. Está a punto de perder la conciencia, pero no lo logra. Falta un tramo. Esos balbuceos que logró sacar parecen complacerlo unos segundos. Entonces la desata, la da vueltas y sigue lastimándola y su voz vocifera sin piedad “Hablame de los muertos”. “Hablame con la voz de los muertos mis hermanos y acaríame las pelotas”. Eso dice. Por Dios. El profesor más reconocido por la comunidad intelectual de este país quiere que le acaricien las pelotas mientras cita a los padres del bronce. Usa el pelo de ella para asfixiarla, como una sogá mientras la monta desde atrás. Una última risa escupe la alumna y llega la bendición. Al fin... ella pierde el conocimiento.

Largo silencio. Luci observa el handy en el suelo.

LUCI: La invitación significaba mucho. “Una cita romántica... con la historia”, expresa la nota que usted deja en su cuaderno de clase. Ella lee, sonríe, por su audacia, se siente especial. La alumna no sabe hasta qué punto usted literalmente está diciendo “Una cita romántica... con la historia”. Acepta. El Soberano. Habitación 406. Usted es famoso, sale en revistas codeándose con políticos de turno y estos le corresponden, lo agasajan, dispone del lugar cada vez que lo necesita. El hotel se guarda el derecho de admisión.

Tiempo, Luci observa el handy, está al borde del llanto.

LUCI: Al amanecer ella despierta y su cabeza es un mar de vidrios. Está sola, confundida, se tropieza y cae. Disculpe los detalles, pero la memoria es condena también. Tiene los calzones entre los tobillos y hay sangre, un ojo negro y la vagina rota. Un reloj desquiciado comienza trabajar en la cabeza. Es la droga. La misma droga que usaron con mi hermano en las islas. Las agujas se mueven en la cabeza, muy rápido, el tiempo vuelve atrás, más atrás, el tiempo no sabe lo que hace. Y ahí está mi hermano, las cartas, sus palabras. Ella no sabía nada. Ella lee con el ojo sano una nota escrita a máquina que usted deja sobre la cama.

VOZ SARA: “Nadie quiere saberlo. Nadie va a creerlo. Silencio y compostura espero de usted jovencita. La espero en clase cuando su ojo sane”, firma: P.

Tiempo.

LUCI: Nada más. No entiende la alumna. Durante 40 días vaga por la ciudad. Arregla el cuerpo. Lo que queda de él. Lloro en la plaza. Duerme ahí. Y vuelve a casa. Los padres preguntan, no insisten, solo preguntan... con miedo. Los padres... Ella no habla nunca más. Deja la universidad. Y jura no decir una sola palabra más en su vida.

VOZ SARA: Nace el miedo.

LUCI: Toda su vida, el miedo es el norte... hasta que aparecen las cartas.

VOZ SARA: Las cartas lo cambian todo.

Luci se hace a un costado, una niña de 10 años (Sara) sale del baño, tiene puesto un vestido blanco y unos zapatitos negros, se refriega los ojos y observa a su madre, le regala una sonrisa durante unos segundos, Luci corresponde con una sonrisa llena de tristeza, acaricia la cabeza de la niña. La niña observa al hombre sentado en la cama, Luci alza en brazos a la niña colocándola contra su cintura y la lleva hasta el ventanal, gira el sillón en dirección al ventanal y sienta a la niña en el sillón, susurra algo a su oído indicándole con la mano un lugar afuera, la niña queda de espaldas a Petraglia mirando la noche por el ventanal.

LUCI: (Se dirige al handy donde escucha Ismael) Ismael, el problema con la memoria es que tarde o temprano te enseña esto: es otra forma

del olvido. Cuando elegimos qué recordar en realidad estamos eligiendo qué olvidar.

VOZ SARA: El miedo soy yo.

LUCI: Petraglia, ¿sabe lo que es estar diez años sin hablar? ¿No decir una sola palabra en todo ese tiempo? Y criar una hija así. Alguna canción de vez en cuando, para ella, para los restos que me quedaban. Yo estaba dispuesta a llegar al fin de mis días así. Porque eso había decidido. Porque eso era más justo que cualquier otra cosa. Pero mi hermano se encargó de cambiar la historia...

VOZ SARA: Las cartas lo cambian todo.

Petraglia intenta hablar; emite un graznido sostenido y desagradable.

LUCI: Basta.

Petraglia sostiene su queja, suena como un gorgoteo insoportable. Luci se acerca al hombre.

LUCI: No puedo escucharlo más. *(Golpea fuerte contra el piso con su pie descalzo, el golpe retumba en el lugar)* Tiene orden de demolición.

El rostro de Petraglia es una máscara descompuesta.

LUCI: Se viene abajo, Petraglia. Esto... que nos sostiene... tiene orden de demolición.

Tiempo.

LUCI: Mi madre y mi padre hicieron una ceremonia para idiotas en las islas y no pude despedirme. No quise. Luciano Ismael no hubiera querido eso.

VOZ HOMBRE: Luciano Ismael...

VOZ SARA: Sí. Luci, Ismael...

VOZ HOMBRE: Luci no existe...

VOZ SARA: En las cartas estaba la verdad.

LUCI: Mi hermano se llamaba Luciano Ismael. Terminó en las islas. Mis padres escondieron las cartas que él envió desde allá. Las cartas con su historia. Las encontré, Petraglia. Hace un mes las encontré

y se me vino el mundo encima. Leí las palabras de mi hermano antes de que se pegara un tiro en la boca, en las islas. Lo dice en la última de las siete cartas que envió. No lo mató el enemigo. No es un héroe. Estuvo estaqueado en la nieve por robar comida y usted lo llenó de frío, las piernas abiertas y los brazos extendidos en la nieve, boca abajo. Mientras mi hermano mordía la nieve usted hizo con él lo que hizo con su alumna en esta habitación diez años después. Las cartas lo nombran. Fernando Julio Petraglia. Mi hermano escribe y cuenta todo. Confía en la palabra escrita. Pero no recibe respuesta. Los padres no responden. No tienen palabras para el hijo.

VOZ HOMBRE: ¿Por qué no lo denunció al encontrar las cartas?

VOZ SARA: Era tarde. Ella conoce a Petraglia después de la guerra. Cuando quiso hablar era tarde. Lo intentó. Negaron todo. No hay que abrir heridas que todavía no cerraron, le dijeron sin más. Las cartas no existen para ellos, los padres.

Luci ingresa al baño, la puerta queda entreabierta, abre la canilla del lavamanos y comienza a llorar; es un llanto que nace de las entrañas. Petraglia observa a la niña que mira por el ventanal, el hombre se incorpora con dificultad, tambaleándose y muy lentamente se dirige hacia el ventanal.

VOZ SARA: Yo lo vi por el reflejo de la ventana, no dije nada, no sé por qué.

Petraglia da dos pasos y tropieza antes de llegar; su cuerpo falla, cae al suelo pesadamente. Luci lo percibe.

LUCI: (Ordena) Sara entrá al baño.

La niña obedece y llega al baño, Luci la mete adentro agarrándola de un brazo.

LUCI: (Toma del rostro a la niña con las dos manos, trata de hablarle con suavidad) Voy a cerrar la puerta. (La niña asiente) ¿Te acordás de Nina? ¿La voz de oro? (Canta la primera frase de la canción) “No tengo casa, no tengo zapatos, no tengo dinero”.

VOZ SARA: “No tengo clase, no tengo amigos, no tengo estudios”.

LUCI: Cuando cierre la puerta, Sara...

VOZ SARA: Cantá, dijo.

LUCI: Cantá lo más fuerte que puedas, Sara.
VOZ SARA: “No tengo nada..., tengo la vida”. Cerró la puerta. Y yo canté. Yo también amaba a Nina Simone.

Luci cierra la puerta del baño, escuchamos detrás de la puerta la voz de la niña cantando “Aintgot no...gotlife”. Luci camina decidida hasta la puerta que da a la salida y desprende de la madera el cuchillo que está clavado a la puerta; vuelve hasta Petraglia, se arrodilla, comienza a bajarle los pantalones dejándolo desnudo de la cintura para abajo.

LUCI: “Los discípulos son la mejor biografía del maestro”. Lo dijo esa noche.

Petraglia balbucea y grita desesperado, la canción de la niña se escucha detrás de la puerta del baño, con el grito de Petraglia escuchamos la versión original de Nina Simone “Aintgot no...gotlife”. (“No tengo nada...tengo la vida”) fuerte, muy fuerte, tapando todo sonido en la escena. Oscuridad.

ACTO 3

*Los padres son los huesos
Con los que los hijos
Afilan los dientes
Peter Ustinov*

La niña enciende un sol de noche en el baño, sale y camina hacia el ventanal hasta quedarse de pie cerca de su madre, parece un espectro. Luci duerme en el sillón, su rostro tiene una mancha de sangre, la niña lame la falda de su vestido y limpia el rostro de su madre. Una luz muy tenue entra por el ventanal, es la luz de un atardecer cálido arrojando sus últimos destellos. La niña observa a su madre dormir durante unos segundos, Luci abre los ojos, parece no reconocer dónde está, observa a su hija, sonríe como si fuera una extraña, con la mirada localiza el handy, se incorpora con dificultad, parece una anciana. La niña la observa inmóvil, Luci levanta el handy del piso y se sienta al borde de la cama, el cuerpo de Petraglia yace acostado en la cama cubierto completamente por una sábana.

VOZ SARA: Escuché el grito, algo me aflojó las piernas y me desmayé.
Cuando volví a estar consciente seguía ahí adentro. ¿Mamá?, dije.

Mi madre ya no era mi madre. Habló con Ismael. Discutieron.
 LUCI: *(Pulsa el handy)* Duerme. La bestia duerme y ya no puede despertar.
 ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el Handy)* Quiero que la dejes salir, Luci.
 LUCI: Mmm... Primero tengo que hacer algo.
 ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* No. Quiero que la dejes salir o entro al edificio.
 LUCI: No, Ismael, no quiero que me veas.
 ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Es una criatura. Sacala de ahí.
 LUCI: ¿Y si es un monstruo? Los monstruos se corresponden. Manipular la sangre, lo dijiste.
 ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Se terminó, Luci. Dejá que ella decida.
 LUCI: ¿Qué cosa?
 ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Quién es. Dejá que ella decida. Dejala salir. Vos podés venirte abajo con ese edificio. Ella no. No hagas eso.
 LUCI: Estoy cansada... realmente estoy... tan cansada. Apenas puedo pestañear. *(Sonríe confundida)* No éramos esto... ¿verdad? Yo no era esto. En lo que me convertí. Mi destino era otro. ¿Sabés eso, no? ¿Quiénes somos, Ismael?
 ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy, demora en responder)* Dejala salir del edificio o entro, Luci.
 VOZ SARA: Algo había cambiado. Ahora mi madre le tenía miedo a Ismael. No quería ver su cara.
 VOZ HOMBRE: Enfrentarlo... la destruiría, ¿no?
 VOZ SARA: Quizás. A Petraglia le dio tres veces la dosis. Lo acostó en la cama y se la inyectó en la herida de la cabeza. Se apagó en un segundo.
 VOZ HOMBRE: Te liberó, Sara. ¿Pensás en eso, no? Cuando salgas hoy de este lugar tenés que saberlo. Te liberó.
 VOZ SARA: Es una palabra extraña... liberar.
 VOZ HOMBRE: ¿Cuál es la palabra?
 VOZ SARA: *(La escuchamos sonreír)* Bailar.
 VOZ HOMBRE: ¿Bailar?
 VOZ SARA: Mi madre hizo algo que no entendí en su momento.
 LUCI: ¿Dónde estás?
 ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Cerca.
 LUCI: ¿Me vas a perdonar, Ismael?

Luci espera una respuesta que no llega, camina hasta la niña y la toma de la mano, la conduce hasta la cama donde está Petraglia cubierto por la sábana.

VOZ SARA: Es tu padre, dijo.

LUCI: Es la primera vez que lo ves... y la última. *(Las dos observan el cuerpo de Petraglia en silencio)* Sara...

VOZ SARA: ... Si querés salvarte...

LUCI: Vas a tener que olvidarlo todo.

VOZ SARA: Hizo algo que no voy a olvidar nunca.

Escuchamos a Luci cantar "Toorowmyturn" de Nina Simone.

VOZ SARA: Mientras cantaba, dulce, muy dulce, como nunca la sentí, bailó conmigo.

Luci y la niña bailan en el centro de la habitación, desde el ventanal se ocultan los últimos rayos de sol.

VOZ SARA: Quería decirme algo... y no sabía cómo.

Escuchamos cantar a Sara mientras Luci y la niña bailan.

VOZ SARA: "A pesar que algunos pueden alcanzar las estrellas". "Otros terminarán detrás de las rejas". "Lo que el futuro tiene en una tienda". "Nadie lo sabe... antes"

Luci se detiene, está al borde de sus fuerzas, se deja caer y queda arrodillada ante su hija.

LUCI: Besame.

La niña besa la frente de Luci, la mujer lo recibe como una bendición, o como una condena, cierra los ojos, la niña toma el sol de noche y sale de la habitación por la puerta que da al pasillo.

VOZ SARA: Me indicó cómo salir. Me dijo que me esperaría alguien afuera. Un hombre bello. Dijo cosas extrañas que no entendí en su momento.

Luci está de rodillas en el centro de la habitación, habla sola.

LUCI: Hay un largo pasillo. Cruzalo. Vas a llegar hasta el fondo y a la izquierda vas a encontrar las escaleras. Bajalas despacio, muy despacio. Vas a pensar en esto: cada escalón que bajes es una fracción de tiempo, el tiempo que estuviste en este edificio. Con cada escalón que bajes vas a ir olvidando todo lo que pasó acá adentro. Cada escalón es la medida justa de la totalidad del tiempo que estuvimos en este edificio. Al llegar a la calle: tu padre, tu madre, sus rostros, sus voces... ya no existen en tu memoria. Cuando estés afuera mirá lo que queda del sol, y sonreí, no seas tonta, dejá que el sol te cierre los ojos unos segundos y sonreí. Cuando vuelvas a abrirlos...ya no vas a recordar nada de este edificio.

VOZ SARA: Uno no olvida cuando te piden que olvides. Pero crecí y escuché la canción de Nina que bailamos por última vez, “Mañana es mi turno”...y las palabras de mi madre se volvieron más claras, florecieron en mi cabeza, como una verdad. La música... las palabras.

Luci busca el handy en la habitación, pulsa, está sentada en el suelo.

LUCI: ¿Vas a cuidarla?

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Luci... dejame ir...

LUCI: Luci no existe. Olvidé mi nombre cuando pisé este edificio la primera vez. *(Largo silencio)* ¿Por qué no volviste... de las islas? ¿Por qué no trataste de hablar?

VOZ HOMBRE: Ismael...nunca existió.

Luci deja caer el handy, ya no importa, se pone de pie, parece a punto de derrumbarse, llega hasta el ventanal.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Los padres ya no escuchan.

LUCI: *(Habla para sí)* ¿Me ves? *(Espera una respuesta que no llega)* Voy a esconderlo todo. Para que no nos encuentren. Vi un lugar donde es imposible llegar.

ISMAEL: *(Escuchamos su voz desde el handy)* Dejame ir, Luci...

LUCI: Claro.

Luci busca a tientas el sillón, se sienta, parece una anciana.

VOZ SARA: Yo estaba detrás de la puerta, en el pasillo, escuchando las últimas palabras. Ella hablaba, ella respondía. Recién en ese momento me di cuenta.

LUCI: *(Apenas modifica su voz, desdoblándose)* ¿Está saliendo? ¿La ves?
Decime si está en la calle.

LUCI: *(Sonríe)* Sí. *(Apenas modifica su voz, desdoblándose)* Cierra los ojos... y ríe.

El rostro de Luci contiene el llanto, sonríe, observa el lugar durante largos segundos, toma la linterna que está al borde del sillón, juega con la linterna iluminando diferentes espacios de la habitación.

VOZ SARA: Me quedé recostada detrás de la puerta escuchando hablar sola a mi madre. Imagino que necesitaba fuerzas para hacer lo que hizo... Afuera no me esperaba nadie. Me quedé en la calle, vagando, esperando la caída del hotel. Estuvo dos días más ahí adentro, sola. A veces no puedo evitar pensar qué sintió todo ese tiempo. *(Respira profundamente, su voz se quiebra)* Hasta que al fin... el edificio El Soberano tuvo su demolición. Yo lo vi desde la plaza junto a una multitud. Nadie supo hasta hoy lo que había sucedido ahí adentro.

Luci ilumina el cuerpo de Petraglia oculto tras las sábanas.

VOZ HOMBRE: Una última pregunta, Sara. Hoy salís de este lugar, estuviste mucho tiempo acá. Y es hora de que salgas. *(Pausa)* ¿Por qué tardaste tanto en contar tu historia?

Luci enciende un cigarrillo, la luz de la linterna se detiene en el reloj ensangrentado de Petraglia que está colgado sobre el cuchillo clavado en la puerta de salida.

VOZ SARA: Lo reconstruí todo a partir de los sonidos. Escuchar es lo que hice toda mi vida. Fui paciente, me esperé a mí misma, sabía

que si lo intentaba podía entender. Una sola cosa tuve claro cuando vi caer a El Soberano y a mis padres con él: me obligué a recordar. Fui armando, a medida que pasaban los años, algo así como partituras con los sonidos... Pasos, voces, luz, viento, la música y al final el silencio. El silencio con el que uno cuenta para sobrevivir. ¿O cómo cree que me crió mi madre hasta los 10 años? La primera vez que escuché su voz fue en ese edificio.

Tiempo. Escuchamos durante unos cuantos segundos al viento en la habitación agitando violentamente las cortinas.

VOZ HOMBRE: Te salvaste.

VOZ SARA: ¿Salvarse...? Es una palabra rara. Digamos mejor que todavía escucho... la música.

LUCI: *(Puede cantar, o decir las palabras de la canción "Feeling Good" mientras fuma y espera el derrumbe)*

"Pájaros volando alto ustedes saben lo que siento,
Sol en el cielo sabes cómo me siento,
Brisa a la deriva sabes lo que siento,
Es un nuevo amanecer, es un nuevo día,
Es una nueva vida para mí, un nuevo amanecer,
Un nuevo día, una nueva vida para mí...y me siento bien."

*Escuchamos la versión de Nina Simone de "Feeling Good".
Oscuridad.*

FIN

UNOS DÍAS ANTES

Víctor Fernández Esteban

- ¡Ahí está Buenos Aires! -dijo-. La
perra que se come a sus cachorros
para crecer.

LEOPOLDO MARECHAL

ADÁN BUENOSAYRES

Víctor Fernández Esteban

Publicó *Cine del centro*, *Noche de cenizas*, *Libro de bodega* y *Madrugada de domingo*, cuentos. Novelas: *Ciudad de lejos*, *Patio con ciruelo* y *Siempre de día*.

Teatro-danza: *Bestias de baraja*, *La noche pasa*. Poemas: *Edificio como símbolo*, ensayo. Primer Premio Nacional Iniciación, Secretaría de Cultura de la Nación. Primer Premio Novela y Cuento, Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.

PERSONAJES

CABRUSTI

TORRENOL

UNO

Las sillas Thonet están junto a dos columnas cubiertas de letras pequeñas de variada caligrafía. Se destaca la J en una. La otra tiene una B. La luz descubre un sombrero de copa colorado sobre una silla, en la otra, un periódico doblado. A la izquierda, desde la columna J hasta el proscenio, atados de papeles oficiales y periódicos. A la derecha, desde la B hacia adelante, voluminosas bolsas negras y cuerdas amarillas de tapicería. Se escuchan órdenes y ruidos de aprestos bélicos en la Spica colgada. También, como un eco, cánticos y vivas de plaza. Cabrusti: viste traje negro, camisa blanca, corbata negra y zapatos negros. Torrenol: traje negro, camisa blanca, corbata negra y zapatos negros. Están espalda con espalda como si fueran a empezar un duelo. Dan tres pasos y giran sobre sus talones. Bajan la cabeza y caminan en silencio evitándose.

CABRUSTI: *(Imperativo)* ¡Así fue! *(Tantea las letritas alrededor de la gran J en la columna)* Así. Así. ¡Sí!

TORRENOL: ¡Sí! Sí. *(Apesadumbrado mirando la Spica y las bolsas negras)* ¿Sí?

CABRUSTI: Ni más ni menos. *(Trae las sillas y le ofrece una a Torrenol)* ¡Todo! Recuerdo todo. *(Se sienta)* Creo que jamás lo voy va a olvidar.

TORRENOL: *(Se sienta y resopla mirándose las pies)* En otra vida quizás. En esta, no. Yo, al menos, nunca. Sí, sí, nunca. *(Pausa)* ¿Quién pudiera olvidar todo y ser sólo un alma más en este depósito?

CABRUSTI: *(Intempestivo)* Nadie. *(Busca en las bolsas)* En este depósito, nadie.

El ruido marcial de la marcha de un regimiento se detiene y crecen gritos y vivas de plaza que se apagan lentamente. Se miran confundidos. En la tensa pausa Torrenol tararea compases de un tango instrumental cualquiera de Firpo. Ensaya bailar mientras disimuladamente busca en la oscuridad. Se detiene cuando descubre una Spica entre los papeles oficiales y periódicos. La exhibe temeroso como al trofeo del Campeonato Mundial Foot Ball 1978 y la deja entre las bolsas negras. Cabrusti asiente complacido.

CABRUSTI: *(Señala imprecisamente a la oscuridad)* ¡“Pilchas brujas”, de Firpo! Buen tango instrumental. *(Pausa)* Unos días antes... *(Mira la silla. La rodea varias veces antes de sentarse. Está nervioso)* Fue ahí donde corrió enloquecida la memoria de los muertos entre gases lacrimógenos, gritos y el silencio de nosotros, los que nos incorporábamos mirando. *(Señala nuevamente a la oscuridad)* Mirando nada más. Sólo mirando. *(Le indica a Torrenol que se calme y tome asiento a su lado)* Mirando a la joven muerte acompañada siempre de la vieja, la de siempre, la sombra de la república... *(Pausa)* ¡La sombra de la república! *(Pausa)* Lo único que quedó de la república entonces.

TORRENOL: *(Se sienta. Está tenso. Agobiado)* ¿Miraban todos? ¿Y aquí? Aquí no mira nadie. ¿Quién miraría en un depósito de almas?

CABRUSTI: *(Agrega sentencioso remarcando las palabras)* Depósito de almas de la república. *(Hace una larga pausa mientras camina alrededor de la silla)* ¿Y qué otra cosa íbamos a hacer? ¡Mirábamos! *(Melancólico)* Almas todavía no había. ¡Ah! ¡Almas! Eso dijeron ellos. *(Con nostalgia recuerda tapándose los ojos)* Habíamos salido de clase. Caminamos esas pocas cuerdas pensando en Kant. ¡Sí! ¡Kant! Nos despedimos como siempre en la esquina para luego ir cada uno a su casa si tenía, al cuarto de pensión si tenía, o la mesa de estudiar para jugar al truco o escribir un poema. *(Pausa)* ¡Qué época, esa! *(De pie. Rejuvenecido. Vital)* ¿Se acuerda?

TORRENOL: ¡No hace tanto!

CABRUSTI: Y unos... Treinta años... *(Duda)* Y más, quizás más años. ¡Más! ¡Sí!

- TORRENOL: *(Mira a los papeles oficiales y periódicos buscando la respuesta.)* ¿Treinta? Me parecían menos. *(Camina pensativo con las manos en la espalda)* ¿Treinta? ¿Treinta!
- CABRUSTI: Treinta y tantos. Sí. *(Se toma la cabeza y mira a la distancia)* Vi correr a cientos. *(Pausa)* Vi a dos ensangrentados. *(Pausa)* Vi a un hombre de traje negro darle un revolver a un hombre con pantalón colorado. *(Pausa)* Vi a una mujer besar a un niño en la cabeza. *(Indica con la mano hacia la oscuridad con miedo)* Vi a la muerte en esa ochava. En ese preciso recoveco. *(Grita)* ¡Ahí!
- TORRENOL: *(Ensimismado)* Huimos. *(Camina alrededor de Cabrusti dando pasos exageradamente largos)* También corrimos. ¡Cientos éramos corriendo! Fuimos hacia la tienda frente a la iglesia. *(Se detiene y alza los brazos como si lo estuviesen palpando de armas)* Cuando estábamos por entrar, el empleado que vio las caras de desesperación, nos cerró la puerta indicándonos una colorada y pequeña al costado. *(Camina y hace una reverencia grandilocuente de agradecimiento)* Estuvimos quietos hasta que nos pasó el picor del humo en los ojos. *(Se arrodilla y levanta las manos al cielo)* Salimos con miedo. *(De pie)* Esa noche, era viernes. *(Aliviado)* ¡Sí, viernes! *(Pausa)* Fui, no sé por qué, porque apenas la conocía, a tocar el timbre en la casa de una compañera de la clase de Dibujo IV.
- CABRUSTI: *(Busca un sombrero. Grita)* ¡Miedo! Por miedo. Siempre fue así. Terror. Como el que tuvimos nosotros mirando desde la esquina a la plaza sin saber qué hacer ni a dónde ir. *(Hace juegos con el sombrero. Baja la voz)* Cuando me di vuelta para decir algo estaba solo. Solo. *(Grita)* ¡Solo!
- TORRENOL: ¿No corrió?
- CABRUSTI: Caminé. Muy lentamente. *(Deja el sombrero en la oscuridad y regresa. Se sienta)* Por temor, creo. Me detuve en la puerta del cine del centro. Estaba cerrado con tres candados. ¡No había nadie en las calles! *(Mira a los costados)* Tampoco en la pensión cuando llegué. *(Pausa)* Los padres de Rufino Gemelli llegaron temprano esa noche. Era viernes. Sí. ¡Sí, viernes!
- TORRENOL: ¡Ah! *(Con nostalgia)* ¿Qué viernes, no?
- CABRUSTI: Le ordenaron que guardara algo de ropa. Debían salir cuanto antes porque iban a cerrar todos los caminos. *(Con una impostada voz de presentador de box)* “Las fuerzas están alzadas”. Me acuerdo

que dijeron a coro y a los gritos. ¡Ah! A esa palabra la tengo en la mente desde hace tanto tiempo que me parece que he envejecido estos treinta y tantos años con ella. *(Camina tapándose los oídos y moviendo la cabeza)* ¡Alzadas! ¡Alzadas! (Pausa) Los padres de Gemelli se hacían pasar por gente de campo pero eran de una ciudad, de una que quedaba a tres horas.

TORRENOL: ¿No más lejos que trescientos kilómetros? *(Lo abraza)* Cerca.

CABRUSTI: *(Apoya un instante la cabeza en el hombro de Torrenol. Se separa abruptamente)* Sí. Tres. *(Respira profundamente y camina dando grandes pasos)* Era con tres, tres horas, trescientos kilómetros, tres a morir, el padre, la madre y él, el hijo. Como si fuera un relato bíblico, ¿no?

TORRENOL: ¡Sí! Tiene razón. *(Lo invita a sentarse)* Ciertamente. Muchos se hacían pasar por otros en esa época. Los conocí en el velorio del infortunado Rufino que murió al año del hundimiento del buque insignia por una bronquitis mal curada. *(Encuentra un papel oficial debajo de la silla que lee con atención)* Aquí dice que...

CABRUSTI: Pobre. A él lo aceptaron de voluntario. Único hijo, creo...

Se escucha una silbatina desde muchos puntos como si fuera el eco una de otra. Una explosión nuevamente trae silencio. El regimiento se aleja presuroso en una despendigada huida.

TORRENOL: ¡Eh! *(Grita a la oscuridad mientras rompe el papel)* ¡Somos la reserva moral de la república! ¡Silben a los otros!

CABRUSTI: ¿Ah, no me diga que también...? *(En tono confidente, a media voz)* ¡Usted! ¿No?

TORRENOL: *(Acongojado)* No. ¡Eso decían todos! *(Pausa)* ¿No recuerda acaso la propaganda política en las funciones de la matiné del Cine del Centro?

CABRUSTI: Por supuesto. *(Camina alrededor de Torrenol con las manos atrás y pasos muy cortos)* ¿Y... treinta y tantos años, ya? *(Habla sobre el hombro de Torrenol)* La cátedra de Filosofía de Derecho omitía, en el programa de estudios del seminario final, al pensamiento de Kant para no hablar de Engels y, menos, nombrar al innombrable. ¡Innombrable! *(Cuando repite innombrable remeda el tono de voz de un presentador de box femenino del Caribe)* ¿Innombrable? *(Pausa)* Innombrable... *(Pausa)* No se podía decir nada que

llevara a suponer, solo a suponer, que se estaba refiriendo a él, al innombrable. Entre nosotros podíamos decir su nombre pero no el apellido.

Sobreviene un enorme silencio entre los dos. El regimiento sigue hasta penderse en vivas que estallan en aplausos. Las luces cenitales se funden en una que los encierra. Están abrazados. Miran, temerosos a la oscuridad del fondo.

TORRENOL: *(Se separa y camina lentamente a refugiarse detrás de las sillas)* ¡Oh! Estuvimos todos mirándonos las manos. No teníamos televisor. *(Lo invita a Cabrusti a sentarse en el piso)* Toda la noche de ese viernes estuvimos escuchando radio. Era una Spica. *(Se niega a sentarse y toma una silla)* Decía que había movimientos en el sur. *(Finalmente se sienta en el piso a su lado)* Informaba, lo tengo presente porque uno de los compañeros salió a buscar un mapa con las islas, que un buque había desembarcado operarios para realizar una misión peligrosa y secreta consistente en dismantelar tres galpones de chapa y perfiles de acero de pulgada y media. *(Queda agotado y resuella como un animal vacuno en el matadero)*

CABRUSTI: ¿Para no quedar abandonados a su suerte? *(Pausa)* ¿O al frío?

TORRENOL: ¿Suerte? *(Recuerda y grita a la oscuridad)* ¡Estaban tan lejos que llevaron armas! ¡Sí! *(Pausa)* ¡Para el frío! ¡Armas para el frío!

CABRUSTI: ¿Fue un grupo comando? *(Pausa)* Así decían en la plaza.

TORRENOL: No entendíamos qué ocurría en ese momento.

CABRUSTI: *(Ausente)* ¿Quiénes?

TORRENOL: *(Exaltado enumera y da un golpe con la silla por cada palabra)* ¿Chapas? ¿Soldadura? ¿Autógena? ¿Perfiles? ¿De? ¿Pulgada? ¿Y? ¿Media? ¿Carburo? *(Pausa)* Un mago solamente pudiera haber hecho algo mejor que rezar un credo. Cuando el muchacho regresó con el mapa Rivadavia dijo: “Creo que se viene una invasión a las islas.”

CABRUSTI: *(Asiente con la cabeza)* Yo escuché lo mismo de boca de los padres de Rufino Gemelli, lo recuerdo bien. *(Confidente)* Empecé a escribir una carta. ¡Oh! ¡Ah! Jamás lo hubiera hecho. ¡Ah! ¡Oh! Tuve necesidad de contarle a mi madre que tenía miedo. *(Da vueltas alrededor de la columna f)* Pensé inmediatamente en mi padre. Él tenía un amigo en la marina mercante. Él iba saber a qué islas se referían las noticias porque nadie decía cuáles eran. *(Pausa)*

Pensaba despachar la correspondencia a primera hora. Siempre dejaba al sábado como día de correo. Me gustaba enviar cartas amanecidas. *(Pausa)* Me gustaba escribir al alba.

TORRENOL: *(Exultante)* A mí me gustaba dibujar con tintas de colores a la mañana temprano.

CABRUSTI: Yo pensaba que tal vez pudiera llegar a ser poeta si escribía al clarear el día.

TORRENOL: *(Abatido)* Ahora no dibujo.

CABRUSTI: *(Melancólico)* Quizás por el susto de ese viernes en la plaza me dormí sobre la mesa. Desperté con el cuello duro y los apuntes de Kant mojados con baba. *(Pausa)* Puse a hervir agua en la cacerolita.

TORRENOL: Iba a ocurrir algo que lo sabían ellos, solamente ellos, nadie más.

CABRUSTI: Todos sabían menos nosotros que estudiábamos a Kant. *(Pausa)* Todos, pero todos. ¡Eh! Sin que faltara nadie, de ellos, obviamente.

TORRENOL: El que había traído el mapa dijo que iban a llamar.

CABRUSTI: ¿A quiénes?

Colocan las sillas junto a los periódicos.

TORRENOL: *(Desilusionado)* Creíamos entonces que aquellos que tuvieran más de treinta y tantos años eran viejos y más viejos todavía si habían estado escondidos, exiliados y vueltos.

CABRUSTI: *(Airado)* ¡Ah, los vueltos! ¡Oh, los vueltos!

TORRENOL: Los infelices vueltos. *(Ofuscado)* No podían ir al Café Gemelli a conversar ni a hacer los sesudos análisis de lo que iba a pasar en Latinoamérica porque eran vueltos. ¡No! *(Pausa)* No podían. ¡No! *(Pausa)* No, porque eran vueltos y los vueltos no eran nada, no existían.

CABRUSTI: *(Camina hacia la oscuridad)* Cierto.

TORRENOL: Nosotros íbamos siempre.

CABRUSTI: *(Asiente)* Sólo los viernes. Viernes después de salir de la Facultad de Derecho y a beber Esperidina. No había en otro lugar.

La luz cenital queda sobre las sillas Thonet.

- TORRENOL: *(Levanta los brazos como si se rindiera al enemigo y camina)* Noche. De noche. Noche. *(Toma el respaldo de la silla como si fuese el asa de una taza y hace una reverencia de invitación)* Llegaron esa noche a la casa de la compañera de Dibujo IV. *(Ambos caminan llevando las sillas fuera de la luz)* Como si la conocieran de antes, entraron. Eran dos. De noche. Noche. *(Regresan y se detienen junto a los periódicos)* Estaban vestidos como uno cualquiera de los que andaban por ahí. Sin lentes oscuros. *(Se miran temerosos viendo papeles oficiales)* Si tenían un buen par de zapatos abotinados con medias negras. *(Pausa)* Se sentaron en la cabecera de la mesa. Miraron a los costados. El que había regresado con el mapa dijo por lo bajo: “¿Son de confianza?” *(Pausa)* Hubo un largo e incómodo silencio cuando advirtió entre dientes: “Nunca los vi en el Departamento de Arte”.
- CABRUSTI: *(Inquisitivo)* ¿Nadie hizo nada?
- TORRENOL: *(Contundente)* No. *(Pausa)* Uno de ellos escuchó y entonces gritó marcialmente: “Viene la oportunidad de luchar por el futuro de la república”. El otro agregó: “El pueblo se recupera ¡por fin! del largo sueño colonial”.
- CABRUSTI: *(Temeroso.)* ¿Quiénes eran?
- TORRENOL: El que fue a buscar el mapa y lo trajo, no sé. No lo había visto antes. A los otros, tampoco. No tenían tonada. Pudieran haber sido alquilones.
- CABRUSTI: *(Con tono imperativo)* Había tantos que lo raro fuera que no lo fueran. Algunos se hacían pasar por gente de los servicios. *(Confidente)* Otros decían que un pariente cercano, el amigo del padre o un primo lejano de la madre, era de los otros servicios, de los más importantes, de los de afuera. *(De pie y cuadrándose como un oficial grita)* ¡Eso era un servicio... de muerte! *(Pausa)* También se sabía que había muchos más que no lo eran, pero se hacían pasar y mataban igual.
- TORRENOL: *(Marca con énfasis cada palabra)* Dijeron, sin que les temblara la voz, que el lunes la noticia iba a correr las calles. *(Pausa)* ¿Se imagina tamaña afirmación luego de los bastonazos que habíamos visto dar en la plaza ese viernes a la tarde?
- CABRUSTI: *(Se esconde detrás de la columna B)* No.
- TORRENOL: *(Lo busca con la mirada)* Ellos ya sabían el texto de las teletipos para los titulares de la mañana que venía. *(Pausa)* Sabían los partes

de prensa al exterior y los vistos y considerando del decreto con el feriado. ¡Sabían todo! Todo. *(Pausa)* Sabían tanto que iban a anunciar que las íbamos a recuperar.

CABRUSTI: *(Molesto)* ¡Estaba todo escrito!

TORRENOL: Interrumpieron “Clásicos de la tarde” para decir en tono triunfal: “Luego del oprobio de años y años vamos a ver a nuestra gloriosa bandera ondear en el cielo del agua”.

CABRUSTI: ¿En medio del concierto?

TORRENOL: En el primer movimiento de Carmina Burana.

Se escucha nuevamente un tango instrumental cualquiera de Firpo mientras Cabrusti acomoda los periódicos y Torrenol lleva las sillas a la oscuridad.

DOS

TORRENOL habla desde las sombras como si fuera un presentador de box. CABRUSTI, sentado, escucha tomándose la cabeza con las dos manos.

TORRENOL: “Hay fuertes rumores de un desembarco en el sud. *(Hace ruidos de interferencias)* Informaron radios extranjeras captadas aquí, en la gloriosa república, que un barco, con técnicos y obreros que iban a desguazar unos galpones, fue arteramente atacado por las fuerzas imperialistas. *(Interferencias)* El cocinero del navío afirmó que, mientras preparaba la comida, pudo ver por la escotilla que recibieron una andanada de disparos, todos de grueso calibre. *(Interferencias)* Nadie resultó herido”. *(Cuando dice herido vuelve a su tono de voz. Acongojado sale de la oscuridad con las sillas y remarcando su tristeza dice)* El muerto que apareció en la colina, donde estaba el tanque de agua, tenía muchos meses de frío.

La luz rasante descubre una Spica con dial rojo en el rincón de donde salió Torrenol.

CABRUSTI: *(Decepcionado)* Dieron información falsa para crear confusión. No había duda alguna. Estábamos en guerra. Aunque hubiésemos pensado todos en ese momento que una guerra no necesariamente debía empezar a comienzo de mes. No. *(Pausa)* No podía ser.

TORRENOL: *(Temeroso)* Esa noche, la de las noticias en la radio, nos quedamos juntos. Algunos nos abrazamos. No sabíamos por qué. *(Pausa)* Nos abrazamos simplemente. Esa semana habíamos empezado a dibujar con modelos...

CABRUSTI: ¿Sí? *(Pausa)* Nosotros habíamos empezado el seminario final.

TORRENOL: ¿Sí? *(Con las manos a modo de bocina dice con voz de presentador de box)* “El Estado de Comando... *(Interferencias)* Según el comunicado número...”.

CABRUSTI: *(Grita)* ¡Ah! Fue así. Sí. Ni más ni menos. *(Pausa)* Yo estaba solo. No tenía a quién abrazar. Puse agua en la cacerolita para hacer sopa o té de té y me senté a escribir una carta. Quería decirle a mi madre algo que no le había dicho en muchos años.

TORRENOL: *(Casi interrumpiendo)* Yo le dije, a la compañera de Dibujo IV, que la quería. Ella me miró con sus ojos negros y me preguntó si la acompañaba a comprar azúcar. “¿Para qué?”, recuerdo haberle contestado. “No sé, tal vez haya que donar azúcar”. *(Pausa)* Y agregó mirándome temerosa con sus dulces ojos negros: “Va a ayudar si hace frío”. *(Exultante.)* Yo dije: “¡Vamos entonces!”.

CABRUSTI: *(Muy medido)* Con el primer hervor puse una cebolla entera y un hueso de osobuco. *(Cavila)* Pensé que mi madre iba a venir a buscarme y que antes de que nos fuéramos podríamos tomar una sopa sustanciosa mientras me contaba de mi padre. *(Pausa)* Me diría que él tenía un amigo en la marina mercante que le había contado que en el sur los vientos eran terribles y helados por llevar adentro a la lluvia de la cordillera.

Torrenol y Cabrusti se sientan frente a frente y se toman las manos. Tienen miedo del recuerdo. Una larga pausa los inquieta y no se animan a soltarse.

TORRENOL: *(Se pone de pie y camina lentamente)* Salimos juntos. Gritaron algunos que azúcar no íbamos a encontrar a esa hora. Ella me miró ansiosa con sus ojos negros. Caminamos evitando perros que ladraban a las radios que se escuchaban entre resplandores de televisores. *(Pausa)* No sé cuántas esquinas pasamos hasta que nos tomamos de la mano. *(Mira cómplice al oscuro vacío)* En una sombra nos besamos. *(Pausa)* Ella dijo que me quería. Preguntó mi edad. Nos besamos largamente. *(Pausa)* Murmuró que yo podría

combatir con la edad que tenía. “Voy aunque no la tenga. ¡Sí! Voy, sí voy”. *(Pausa)* Me abrazó. Luego corrió como nunca vi correr a nadie. *(Pausa)* No la vi desde entonces.

CABRUSTI: ¿Regresó solo?

TORRENOL: *(Resignado)* Con un kilo de azúcar y pan para tres días. Todos se habían marchado. No había nadie. Alguien se había llevado la Spica. *(Pausa)* Me dejaron una nota en el espejo del baño. Iba y venía sin saber qué hacer con el azúcar. Así esperé a que amaneciera tratando de entender el mensaje que se había mojado. *(Pausa)* Así esperé, solo.

CABRUSTI: Cuando estuvo la sopa me serví. *(Pausa)* Ya había amanecido para el segundo plato. Ahí me di cuenta de que mi madre no llegaría. ¿Qué motivos tendría para viajar?

TORRENOL: *(Enfático)* ¡La guerra! ¿Qué otro?

CABRUSTI: Dejé la cebolla en la cacerolita. Tendría para los siguientes días.

TORRENOL: *(Asiente)* A mí me quedó todo el pan.

Se escucha lejanamente que el regimiento viene marchando.

CABRUSTI: ¿Recuerda que las mujeres se ofrecían para tejer abrigo?

TORRENOL: ¡Y que comprábamos dos paquetes de galletitas y donábamos uno!

CABRUSTI: ¿Y la gente que entregaba joyas?

TORRENOL: Tricotas. Calcetines, bufandas, camisetas de frisa, guantes de lana. *(Con voz de presentador de box)* “Y toda otra indumentaria que sea de utilidad para nuestros hombres latinoamericanos que luchan contra el oscuro imperio en el frío sur. Este otoño será... será... será particularmente frío y lluvioso y como no se dará el parte meteorológico por razones de estrategia militar el... *(Interferencias)* ordena que...”.

CABRUSTI: *(Mueve la cabeza frenéticamente)* Sí, así fue. Ese día volvimos exultantes de la plaza. No lo podíamos creer. La misma que hacía días fue violenta y ajena ahora nos era íntima y propia. *(Pausa)* Caminamos todos a paso vivo como si estuviéramos dando una vuelta olímpica. Luego corrimos. *(Pausa)* ¡No! *(Pausa)* ¡Marchamos! Sí, marchamos como ellos allá. ¡No sabíamos qué hacer!

TORRENOL: *(Interrumpe agitado y burlón)* ¡No iban a dar más partes meteorológicos! *(Pausa)* Lo tengo presente. ¡Bien presente! En los

diarios decían que no se publicarían por razones tácticas. *(Camina buscando algo entre los periódicos)* Me pesaba, y hasta ahora me pesa, no haber ido a comprar más azúcar. También haberla perdido. *(Inquire sorprendidamente)* ¿Por qué no nos vimos en la plaza?

CABRUSTI: *(Ajeno)* Tal vez si nos vimos y nos ignoramos. Recuerdo haberme abrazado con gente que no conocía.

TORRENOL: *(Melancólico)* No la volví a ver más. *(Pausa)* A ella... *(Pausa)* ¿Qué habrá sido de su vida?

CABRUSTI: *(Irónico)* La vi hace poco.

TORRENOL: *(Esperanzado)* ¿A ella?

CABRUSTI: *(Displicente)* La veo siempre, en realidad.

TORRENOL: *(Con voz de presentador de box)* “A partir de la fecha queda totalmente prohibido hablar del tiempo y la temperatura”. *(De pie en la silla y mirando a la oscuridad)* Treinta y tantos años, ya, quién diría, ¿no?

Un largo silencio los envuelve mientras uno acomoda periódicos y el otro el sombrero colorado de copa sobre unas cuerdas donde antes estaba la Spica. Ambos silban un tango instrumental cualquiera de Firpo. La luz rasante ronda errática como un faro.

CABRUSTI: *(Distráido)* Todo tiempo pasado fue mejor.

TORRENOL: *(Ansioso)* ¿Cómo está ella?

CABRUSTI: Bien. Le han pasado los años como a nosotros. ¡Sí! *(Pausa)* ¡Bien! *(Pausa)* ¡Sí! Los ojos siguen siendo negros, oscuros, metidos dentro de sus pensamientos. *(Pausa)* ¡Bien! *(Pausa)* Habla poco. Muy poco. Se acuerda del concierto interrumpido. Siempre.

La luz rasante se detiene en Cabrusti. La escena queda en penumbras por el humo. Torrenol entra y sale del haz de luz que ilumina a Cabrusti buscando respuesta a la pregunta que repite entre dientes y gestos grandilocuentes. Cabrusti no lo mira, tiene los ojos fijos en la distancia y cuando levanta la mano, Torrenol va a su silla y espera.

TRES

Torrenol ata una cuerda a la columna B y se la entrega a Cabrusti. Este la ata a su silla y espera que él haga lo propio con la cuerda que está atada a la columna J.

TORRENOL: *(En tono doctoral)* El hundimiento fue terrible. Tiempo después vi en una exposición un cuadro negro y amarillo con el hundimiento. *(Melancólico)* ¡Hundimiento como pocos!

CABRUSTI: *(Asiente apesadumbrado)* Sí. Fue terrible. Esa fue, y es, la palabra más exacta de todas; ¡terrible! *(Pausa)* Hasta la noche antes íbamos ganando.

TORRENOL: *(Exultante)* Por lejos. ¡Sí! Todo era nuestro. *(Pausa)* Hasta la gloria.

CABRUSTI: *(Habla desde la oscuridad)* De nada valió pensar y desear. Nos iban engañando día a día. El imperio in totum, con alquilonos y vueltos redimidos. *(Grita)* ¡Todos!

TORRENOL: *(Lo busca y lo trae de la mano)* Como a niños. *(Silba un tango cualquiera de Firpo mientras le indica que salte en una pierna como si jugaran a la rayuela.)* ¡Como a niños! *(Pausa)* ¿Cómo a niños?

CABRUSTI: *(Ajeno a todo se toma de la columna J y mira la tensión de la cuerda)* En el seminario final de Kant, a esa altura, podíamos decir casi todo lo que habíamos leído en los textos de antes. El que vigilaba hacía como que no nos veía ni escuchaba. Miraba para otro lado. *(Pausa)* Hasta iba al Café Gemelli a tomar Esperidina.

TORRENOL: Empezamos a escuchar rock del país en la clase de Dibujo IV. Nadie lo podía creer. *(Enumera con fastidio mientras desata las cuerdas de las sillas y las columnas)* De Connif pasamos a Gieco. De Carrá a Porchetto.

CABRUSTI: ¡Y pensar que íbamos ganando por lejos!

TORRENOL: Como si fuera una carrera de caballos de las de antes.

CABRUSTI: La de las películas argentinas de los treinta.

TORRENOL: ¡Sí! *(Canta en un tono afectadamente arrabalero)* “Leguizamo solo, / gritan los pibes de la popular...”.

CABRUSTI: *(Hace el coro)* “Gritan los pibes de la popular...”.

TORRENOL: *(Agita los brazos como si estuviera en el Hipódromo de Palermo)* ¡Vamos! ¡Viejo y peludo, nomás! ¡Sí, de orejitas paradas y fusta bajo el brazo! *(Canta nuevamente)* “Leguizamo solo...”.

Cabrusti busca la estrofa que sigue. Piensa y camina inquieto en la oscuridad.

CABRUSTI: *(No la encuentra y regresa)* ¡Eh! *(A viva voz y con desdén como si encendiera la Spica en ese instante)* “Gritan los pibes de la popular...”.

TORRENOL: *(Luego de un largo silencio en el que ve saltar y saltar a Cabrusti sobre la*

cuerta que va desde la silla a la columna B) No sé por qué, pero justo la noche antes del hundimiento nos reunimos a comer arroz con un pollo que alguien había traído del campo o robado del súper. No recuerdo bien el motivo.

CABRUSTI: *(Agitado)* ¿Un cumpleaños?

TORRENOL: *(Molesto)* No. *(Pausa)* Yo tenía la esperanza de encontrarla. *(Serio. Fastidiado. Procazmente inquisitivo)* ¿Cuándo la vio usted?

CABRUSTI: *(Mira socarronamente)* Nosotros estábamos atentos a las implicancias jurídicas del conflicto bélico. *(Ignora la pregunta)* Por entonces, y con los días fríos y lluviosos, a nadie le interesaba Kant y menos Engels. Todos pensábamos en cómo estaban allá. Alguien hizo el comentario, en el seminario final, de que si perdíamos íbamos a deber una fortuna por indemnización de guerra. *(Interrumpe el relato y queda en silencio apoyado en la columna B)* ¿Les llegarían las galletas? *(Pausa)* Porque el que pierde paga, ¿sabía, no?

TORRENOL: *(Ajeno)* ¿A ella cuándo la vio? *(Con tono de resignación ante el silencio de Cabrusti)* ¿Ya se sabía que íbamos perdiendo! *(Espera vanamente una respuesta)* Digo, antes del hundimiento, se sabía. ¿No? *(Pausa)* ¿O creíamos que estábamos ganando? *(Se aferra a la columna J)* ¡Sí! Creíamos en los famosos miles de kilómetros de distancia que nos separaban, en el mal tiempo que nos beneficiaba, en las olas encrespadas que les impedían ver el horizonte, en el kril que les tapaba las turbinas de los submarinos, en los misiles aire aire que no tenían aire para llegar. En...

CABRUSTI: *(Interrumpe)* ¡Y en los tierra tierra que...!

TORRENOL: Que no tenían tierra porque estaban en las islas.

CABRUSTI: *(Interrumpe)* ¡Y en...!

Un silencioso vacío se apodera de la conversación. La luz cae lentamente hasta la penumbra. Cabrusti enciende una vela.

TORRENOL: Cuando el arroz estuvo a punto pusimos la radio. *(Pausa)* Hubo un silencio enorme. *(Enciende otra vela)* Tan enorme era que se lo podía palpar. *(Pausa)* Éramos cuatro. *(Pausa)* Dieron la noticia. *(Pausa)* Éramos los cuatro únicos varones de la clase de Dibujo IV. Pensamos que por ser cuatro de la clase IV éramos yeta, mufa, mala suerte. ¿Se imagina? Los yetattore de las películas argentinas

del treinta. *(Mira la vela)* La formación clásica: cuatro, tres, cuatro. Ellos inventaron el foot ball y ellos hundieron al buque con el nombre del creador de la bandera.

CABRUSTI: *(Categorico)* ¡Símbolo por símbolo!

TORRENOL: *(Apaga las dos velas y se pone de pie de un salto)* Uno de nosotros ganó la calle y en la terrible gritería de la esquina por el hundimiento llamó a otro que estaba ahí para comer y romper la mala racha. *(Pausa)* La pitanza fue tensa y en silencio porque no lo conocíamos al muchacho. Tratamos, pero como no sabíamos quién era, no nos animamos. *(Pausa)* Él lloró primero y nosotros después. Dejamos el resto del arroz en la olla y a las presas de pollo los guardamos en una bolsa de plástico como si fueran los muertos en las aguas del sur. *(Pausa)* ¡Cómo nos dolió la noticia!

Juegan con las cuerdas en silencio.

CABRUSTI: Ahí empezamos a darnos cuenta. ¡Sí! Con el hundimiento fue. *(Encuentra algo en un periódico)* No fue una noticia más. *(Las hojas van cayendo de sus manos)* No. *(Pausa)* No fue una más como el parte meteorológico y las galletas. No. *(Pausa)* Dijeron que habían llegado muy lejos con esa acción. ¡Eso dijeron! El hundimiento fue un golpe. *(Pausa)* ¿A quién creer?

TORRENOL: Fue un quiebre y para siempre. *(Nuevamente categorico)* ¡Símbolo por símbolo!

CABRUSTI: *(Con tono conciliador)* Supimos, en la clase magistral con la que se cerraba el seminario de Kant, que podíamos decir todo lo que quisiéramos porque el que nos vigilaba se había cambiado de facultad. Nunca supimos cómo había llegado hasta una de las últimas materias, Filosofía del Derecho. Nadie lo había visto rendir. *(Pausa)* ¿A quién creer?

TORRENOL: *(Irónico)* Con el hundimiento se fueron por el remolino de agua, espuma, combustible y municiones los muertos que aún gritaban en la plaza. Se fueron ellos allá y nosotros aquí también nos fuimos para siempre. *(Pausa)* Todo se hundió con el hundimiento.

CABRUSTI: *(Resignado)* Todo.

TORRENOL: *(Esperanzado en que sea verdad)* También la mujer que no volví a ver. *(Pausa)* Y... No sé cuántos más.

Se han enrollado con las cuerdas y trastabillan cuando van a ver la Spica entre los periódicos.

- CABRUSTI: Hicimos bien en atarnos. *(Pausa)* Algo más que la palabra debe unirnos. Antes del hundimiento la gente no se ataba a nada.
- TORRENOL: Daba lo mismo que dijeran que iba a estar nublado o que iba a estar caluroso a la tarde. Si iba a estar húmedo, ¿recuerda? decían: “Y... lo que mata es la humedad”.
- CABRUSTI: Con el hundimiento nos fuimos todos al fondo del mar. También se fueron los que se quedaron en las balsas, los que flotaron, los que se helaron y hasta los que murieron.
- TORRENOL: Y los que nos dijeron que íbamos ganando, no. ¡Esos no! *(Pausa)* Todo el resto nos fuimos al fondo del mar. ¡Todos!
- CABRUSTI: El hundimiento nos llevó al infierno de saber que estábamos solos.
- TORRENOL: Solos. *(Pausa)* Solos en el sur. El sur era, y es, frío. Muy frío. Como el infierno que de tan frío quema. Eso fue un infierno por el frío.
- CABRUSTI: Desde ese día creo que a nadie le interesó saber nada de Kant.
- TORRENOL: Ni de nadie.

Se desenrollan y se separan ágilmente.

- CABRUSTI: *(Busca en la oscuridad)* Eran tantos los muertos.
- TORRENOL: *(Busca en las letritas de las columnas)* Muchos.
- CABRUSTI: *(Busca en los periódicos)* ¡Y los que empezaban a morirse del todo porque sabíamos que no volverían!
- TORRENOL: *(De pie junto a la silla con tono resignado)* En Dibujo IV supimos que algunos no regresarían.
- CABRUSTI: *(Se para a su lado)* Ella, ¿sabe qué hizo?
- TORRENOL: *(Misterioso)* ¿La mujer que yo besé?

Cabrusti pone los periódicos a los costados de las sillas como si fuera una trinchera en la que se tirará una y otra vez probando que la altura es insuficiente para ocultar un cuerpo. Torrenol arma una telaraña de cuerdas en la que caen las sillas Thonet mientras espera la respuesta. La Spica funge de señuela.

CUATRO

Torrenol y Cabrusti miran asombrados las cosas que descubre la luz rasante. Se colocan al lado de las sillas y escuchan muy atentos el devenir de la marcha del regimiento que se apaga en la distancia. Se enciende una luz cenital sobre ellos cuando se sientan.

CABRUSTI: *(Categórico)* La mujer, como la victoria, es del otro. La derrota sólo de uno. El hombre carga con la derrota como si cargara con la muerte de la madre. *(Pausa)* Como Kant, que nunca se alejó más de treinta kilómetros de su casa.

TORRENOL: *(Distante)* ¿La vio? *(Insiste inquisitivo)* ¿Cuándo?

CABRUSTI: Tenía miedo. ¡Kant, tenía miedo de no volver! *(Ausente ante la mirada de Torrenol)* Miedo...

TORRENOL: *(Confidente)* Cuando la abracé fue sincera. *(Pausa)* La plaza nos impactó. Nos hizo temblar de miedo. *(Pausa)* Yo sentí su cuerpo. ¡Yo! *(Pausa)* La sentí mía. ¡Mía! *(Pausa)* ¿Dígame qué fue de su vida?

CABRUSTI: Debe estar por ahí. *(Pausa)* ¿Acaso no dijeron eso de los muertos?

TORRENOL: *(Distante)* Era hermosa. La sentí lúbrica en la oscuridad esa noche. *(Hace una larga pausa)* Han pasado treinta y tantos años.

CABRUSTI: *(Reflexivo)* Demasiado tiempo para una mujer.

TORRENOL: *(Asiente)* Para cualquiera.

CABRUSTI: ¿Treinta y tantos años? *(Pausa)* Luego serán cuarenta, cincuenta y ya no estaremos aquí para los cien. ¡Cien! *(Lee una imaginaria invitación con voz de presentador de box)* “El Centenario de la Gesta invita a Ud. a conmemorar los primeros 100 años”. *(Pausa)* ¿Quién se interesará por esa noche?

TORRENOL: ¿La del viernes? *(Pausa)* ¿O cuál?

CABRUSTI: *(Temeroso)* ¿Cree que alguien tendrá curiosidad de saber si escuchamos las noticias en una Spica?

Se hacen señas de encontrarse.

TORRENOL: *(Inquieto)* ¿Fue una guerra?

CABRUSTI: *(Categórico)* Lo fue.

TORRENOL: *(Asiente)* Exactamente. Para mí, al menos. *(Pausa)* A las seis de la tarde cuando anunciaron que nos habíamos rendido supe que

había sido una guerra. Con muertos y heridos. Una guerra. Sin pronósticos del tiempo. *(Pausa)* Una guerra.

CABRUSTI: *(Asiente con pavor)* Escuchamos que nos habíamos rendidos como si se hubieran rendido otros.

TORRENOL: *(Contundente)* Nunca nosotros. *(Confundido)* ¿De qué guerra nos rendimos?

CABRUSTI: *(Ajeno)* Para entonces no nos interesaba Kant. A Engels lo teníamos dando vueltas en los apuntes y para el examen final de Filosofía del Derecho sabíamos que no nos harían preguntas. *(Pausa)* Por la guerra. Nadie quería saber de la derrota. *(Pausa)* Mucho se había perdido por la mentira. Algunos dijeron que fue necesario que se perdiera para saber que nunca habíamos tenido nada. Ni república.

TORRENOL: *(En pose de héroe de las películas argentina de los treinta)* ¡Vence la verdad!

CABRUSTI: *(Asiente)* El amor vence, también.

Se distraen con sus manos en el aire como si fueran aviones de papel.

TORRENOL: *(Inquieto)* ¿Ha envejecido como nosotros? ¿O más? (Mira los ojos esquivos de Cabrusti) ¿La vio?

CABRUSTI: *(Sin prestarle atención)* El amor no tiene tiempo ni espacio. *(Pausa)* Perder la guerra es perder vidas, perder el amor es perder la vida, perder una mujer es ganar otra. *(Le toma la cabeza y le dice a los ojos)* Perder una mujer...

Caminan sin rumbo. Se encuentran. Arman un sendero con los periódicos. Colocan una silla en el fondo y otra adelante. Y desde atrás lo recorren meciéndose como si viajaran en un tren.

TORRENOL: *(Confidente)* Esa noche fuimos a la plaza con la gente de Dibujo IV. En realidad yo fui porque deseaba encontrarla. Miraba ansioso a un lado y otro buscándola. Quería verla. Apagaron las luces para que no rompiéramos la estatua de la libertad. *(Pausa)* Quedamos a oscuras.

CABRUSTI: *(Como si despertara)* ¡La independencia está en la plaza! *(Duda)* ¿Es una mujer con la frente alta y la esperanza en la piel? *(Pausa)* Puede ser la libertad o la independencia.

TORRENOL: *(Imperativo)* ¡Libertad! *(Pausa)* Es la libertad. Siempre. Siempre la libertad para pensar que vendrán tiempos mejores en la república.
(Pausa) ¿Siempre?
CABRUSTI: *(Muy seguro)* Esa noche vi las noticias en el televisor del Café Gemelli.
TORRENOL: *(Asiente confundido)* Esa noche dejó de transmitir la radio.

Corren a la oscuridad a encender la Spica. Regresan a paso firme y buscan las sillas mientras la luz cenital los envuelve.

CABRUSTI: *(Misterioso)* Ahora viene.
TORRENOL: *(Inquieto)* ¿Quién?
CABRUSTI: ¿Treinta y tantos años?
TORRENOL: ¿Ella?
CABRUSTI: ¡Me acuerdo como si hubiera sido ayer!
TORRENOL: ¿De ella?
CABRUSTI: ¡Y, quién otra!
TORRENOL: ¡Ah!

La luz se apaga lentamente mientras se escucha un tango instrumental cualquiera de Firpo.

FIN

EL PARAÍSO DE LOS OBSERVADOS



Jesús de Paz

EL PARAÍSO DE LOS OBSERVADOS

Jesús de Paz

Nació en Mendoza. Es guionista y dramaturgo. Sus maestros han sido: Emilio García Wehbi, Alejandro Tantanian, Lisandro Rodríguez, Pablo Meza, Ariel Farace, Diego Penelas, entre otros.

Recibe en 2010 el Premio a Desarrollo de cortometraje otorgado por el BAFICI itinerante con sede en Mendoza. En 2015 el Premio Nacional de Dramaturgia del INT y la Beca a la formación del Fondo Provincial de la Cultura de Mendoza. En 2016 su guión de largometraje, *Dos anillos y mi ansiedad encerrada en tu auto* es seleccionado por la Clínica de Desarrollo de Proyectos Raimundo Glayser del INCAA. En el mismo año el INT le otorga la Beca Internacional para Artistas Emergentes.

Actualmente, se encuentra en busca de financiamiento para su proyecto de serie de ficción *La ignición* y para su largometraje *Dos anillos y mi ansiedad encerrada en tu auto*.

Es de noche. Mariano y Joan se encuentran encerrados en la habitación de una pensión, en un pueblo de una isla del sur de Brasil, en esta una cucheta, una cama simple y una ventana que da a un balcón. Joan entra a la habitación mira para los lados, revisa su mochila, pocos segundos después rápidamente, entra Mariano, Joan lo mira durante unos segundos.

JOAN: ¿Por qué te volviste?

MARIANO: ¿Vos?

JOAN: No sé me vine... ¿Vos?

MARIANO: No sé, me vine.

JOAN: Dale, gil.

MARIANO: Tengo un sexto sentido.

JOAN: ¿Un sexto sentido?

MARIANO: Hoy algo podía pasar. *(Silencio)* De verdad te digo, Mono. Lo sentí.

JOAN: Hoy estaba todo muy oscuro...

MARIANO: Hoy algo va a pasar, lo vi.

Silencio.

MARIANO: Ya no quiero seguir en este lugar.

JOAN: Yo tampoco, acá pasan cosas, más allá de...

Mariano interrumpiendo

MARIANO: ¿Más allá de qué?

JOAN: Digo, es hermoso.

MARIANO: Poja, Islha da Maghia

JOAN: ¿Qué es eso?

MARIANO: Acá se dice así.

JOAN: ¿Y qué significa?

MARIANO: Poja es mierda, Islha da magia. ¿Hace cuánto estás acá? *(Mariano irónico)*

JOAN: ¿Qué vas a hacer?

MARIANO: Irme.

MARIANO: No sé si al norte o volver.

JOAN: ¿Estás seguro de volver?

MARIANO: No, pero acá no quiero estar más. Vos te vas mañana, te volvés.

JOAN: Sí.

MARIANO: ¿Tenés pasaje?

JOAN: Sí, tengo.

Mariano rápidamente guarda cosas en su mochila.

JOAN: Sí, ya fue bastante. ¿Qué te pasó recién? Volviste muy rápido de la fiesta de la playa; algo te pasó.

MARIANO: Lo escuche a Yao, el hijo del dueño del mercado. El grande ese que está frente al puente.

JOAN: ¿Qué escuchaste?

MARIANO: Pasó cerca mío. Dijo que quería matar un gringo.

JOAN: ¿En voz alta dijo eso? No te creo.

MARIANO: ¿Entonces, si no me creés? ¿Para qué me preguntás?

JOAN: Dale.

MARIANO: Él ya ha matado, todos lo saben. Igual es una persona respetada acá. Yo lo vi apuñalando en el piso a un pibe.

JOAN: ¿Uno que quiso cagar a un nativo con droga o algo así?, ¿no?

MARIANO: Sí, ese. Pablo alcanzó a hablar con él. Anda a saber cómo fueron realmente las cosas.

JOAN: ¿Y nadie dijo nada?

MARIANO: ¿Ese día?

JOAN: No, ahora.

MARIANO: Lo dijo como para sus amigos, pero pasaban muy cerca mío. Igual nadie dice nada.

JOAN: La verdad que no entiendo la forma que tienen en este lugar.

MARIANO: Acá las reglas son otras, es cortá la bocha, las cosas son así. No policía, no ley. No podés robar, no podés vender droga, no podés fumar faso en la plaza del puente, y hay algo que nunca, pero nunca tenés que hacer.

JOAN: ¿Qué?

MARIANO: Meterte con la mujer de alguien de acá.

JOAN: ¿Tan así?

MARIANO: ¡Tan así! El año pasado un argentino, era de Rosario él, dicen que cogía con Jenna, la hermana de Paulo, el dueño de la pescadería. Se lo advirtieron; él no quiso escuchar.

JOAN: ¿Advertir qué?

Mariano deja de guardar cosas en su mochila.

MARIANO: Todas las tardes los pescadores se reúnen frente al puente en una esquina que da al muelle, toman cerveza. El atardecer cae, fuman y se pasan la cerveza; miran a todos los que se cruzan por ahí, hasta que anochece. Dicen que un día no había ningún pescador, el sol cayó y de a poco el pueblo se despobló. Ese anochecer el pueblo estaba vacío. Al él no se lo vio más, dicen que lo mataron a palazos y tiraron por el canal después.

JOAN: ¿Dicen, o vos sabés?

MARIANO: Yo no lo vi, pero eso pasó. Lo dicen. Son cosas que se dicen para que todos lo sepan.

JOAN: Este lugar es un paraíso, ¿realmente esas cosas pasan?

MARIANO: Todo el tiempo. En este lugar la ley es como una leyenda urbana. Hoy algo va a pasar, yo lo sentí, por eso es que me fui. ¿Vos por qué te volviste, decime la verdad?

JOAN: Creí que era hora apropiada de volver.

MARIANO: No te creo, te querías volver también.

JOAN: ¿Si no me creés para que me preguntás?

Mariano hace una mueca y no responde.

JOAN: Estaba todo muy oscuro. Además, hace poco vi al chico este, el de Tucumán. ¿Nico? ¿El que hizo siete mil kilómetros en moto con su perrita? Sí, él, volvió a buscar a su perrita, tenía como hundida la cara, hacía dos días que salía del quirófano. Le hicieron un implante de metal en donde va el pómulos, estaba perdido.

MARIANO: Me llamó. Dijo en el hospital que era la única persona que conocía, yo, Mariano. Que estaba en la pensión de Teresa. Hablé con el doctor, me contó que lo encontraron cerca de su carpa en la playa, con la cara hundida y que le tenían que poner un implante. Una de esos de metal ¿viste?

JOAN: ¿Qué hizo?

MARIANO: Discutió con un nativo, no sé bien cuál se mandó o si se mandó algo. Pero el tema es que después de esa discusión se va a su carpa, se mete, motos frenan al lado y con algo le pegan, le dan en la cara, alguien lo encontró y lo llevaron al hospital.

Silencio.

MARIANO: ¿Cómo caíste acá?

JOAN: Una bolsa de azúcar que está pinchada, que pierde de acá allá su contenido.

Pasaba el tiempo en mi pueblo, no hacía más que desinflarme, solo con el recuerdo de él.

Llegué a este lugar sin saber a dónde iba, ni si siquiera sé por qué me vine de Argentina. Dos amigos me dijeron que nos juntemos en Lages, es un pueblo de pocos habitantes. Como que te diga Luján. Quedamos en pasar año nuevo y navidad los tres juntos ahí. Juan es el gerente de un restorán, el alquila un departamento y ahí nos iba a bancar. Yo iba a trabajar en el restorán. Llegué un día de mañana a la terminal de Florianópolis, tenía en mi bolsillo solo 100 reales o sea 500 pesos argentinos. Entre la confusión de 24 horas de alplax y semicama, busco dónde ir, un agente de turismo me indica, me habla, me insiste, me dice que yo tengo que venir a la Barra de Lagoa, que es lugar perfecto para mí, que no es una ciudad convencional, luego me ofrece drogas y se va. Yo pensé, voy unos días al mar, luego me reúno con mis amigos, ellos están en una ciudad que no tiene mar. Sin saber a dónde iba me tomé el colectivo, nunca volví. Nunca fui a verlos tampoco. Creo que mi tiempo en la isla fue suficiente.

Ya es hora de volver.

MARIANO: Como me fumaría un pucho, abrir la caja de uno que sea box, y respirar mientras lo prendo.

Mariano revisa y busca un cigarrillo en su mochila, saca una campera, le revisa los bolsillos.

JOAN: ¿No tenés faso?

MARIANO: No.

JOAN: Hay días que tengo miedo. En este lugar si no actúas como los nativos lo desean, algo malo te puede pasar, este lugar es hermoso, es un paraíso. El paraíso de los observados. *(Silencio)* ¿Vos Mariano? ¿Porque caíste acá? Todos los que estamos acá por una misma razón, eso es lo único que he encontrado en común en todas las personas que acá conocí. Acá todos estamos porque estamos

perdidos, porque escapamos de algo. ¿A vos, qué es lo que realmente te trajo a este lugar?

MARIANO: A mí me pasaron muchas cosas. Podría hacer una película, Mono.

JOAN: Todos dicen eso y en la mayoría me quedaría dormido.

JOAN: ¿No tenés faso? ¿De verdad?

MARIANO: No.

JOAN: Dale, ese que compraste más temprano al pibe.

MARIANO: Ese es para vender.

JOAN: El faso es para fumar.

MARIANO: Bueno, pero sólo uno.

Mariano, mientras hablan, arma uno, luego lo enciende. Se lo pasan.

MARIANO: Esto no se lo conté a nadie.

JOAN: ¿Qué pasó?

MARIANO: Nada, mucho, ella. Y la vieja de mierda.

JOAN: ¿Vos sos de San Pedro? Vivís allá, pero dijiste un día que vivías en capital y hablaste una vez de La Pampa.

MARIANO: Yo soy de San Pedro ¿Qué no entendés?

JOAN: No importa, contame. ¿Qué vieja?

MARIANO: La madre. Un día estoy en el boliche de San Pedro, un amigo que vive en capital me escribe un mensaje al celular. Dice que la está viendo con un pibe en un boliche.

JOAN: ¿Lucía es tu novia, no?, ¿ella estaba en capital?

MARIANO: Lucía sí, era mi novia, ella, vivía en capital, estudiaba allá.

JOAN: ¿Se veían seguido?

MARIANO: Sí, todos los fines de semana casi, yo la visitaba o, a veces, ella venía.

JOAN: ¿Y qué pasa después de que tu amigo te llama?

MARIANO: Me subo a un taxi y le digo que me lleve lo más rápido posible a capital.

JOAN: ¿Qué, en taxi te fuiste? ¡¿Cuántos kilómetros son?!

MARIANO: No sé, 170, ponele.

JOAN: ¿Y te subiste a un taxi y te fuiste?

MARIANO: Sí, estaba sacado, muy enojado, la llamaba y la llamaba y la llamaba, ella dice: “no, mi amor, estoy con las chicas, fuimos a tomar algo”. Yo le gritaba que me diga la verdad que me deje de mentir, que la vieron en un boliche con un flaco; se enoja y me

dice que estoy loco y me corta. Empiezo a llamarla y solo atendía el contestador. Entonces la llamé.

JOAN: Pero te atendía el contestador.

MARIANO: A la madre.

JOAN: ¿A la madre?!

MARIANO: Sí, a la madre. La vieja no entendía nada, yo estaba muy enojado; le digo que si sabe con quién coje su hija, si está con alguien que me diga, porque estoy yendo para capital. Me dice que estoy loco, me pregunta la hora, que qué hago llamando a esa hora, dice, que deje de molestar, que no puedo ser tan irrespetuoso, que ella no quiere que su hija esté conmigo.

JOAN: ¿Qué le respondés?

MARIANO: Que su hija es una puta, y ella es una vieja zorra de mierda, y que se podían ir las dos a la re puta madre que las parió. Llego, y Lucía, mi ex, está llegando con dos amigas a su departamento. Me bajo, la insulto, ella me dice que estoy loco, que soy un enfermo; yo me enojé más, las amigas me dijeron que no había pasado nada. Me arrepentí, y al rato le pedí perdón. Terminé llorando.

JOAN: ¿Te quedaste ahí con ella?

MARIANO: Sí me quedé en su casa esa noche, después no arreglamos, bueno el otro día discutimos por culpa de la madre.

JOAN: ¿Por culpa de la madre o por lo que le habías dicho?

MARIANO: Sí, se me había salido la cadena, no lo pensé en ningún momento.

JOAN: ¿Y el taxi, tenías guita para pagarlo?

MARIANO: No, le pedí a la chabona que me preste plata.

JOAN: ¿Cuánto era?

MARIANO: 780 pesos.

JOAN: *(Ríe)* ...

MARIANO: Es que nunca quiero hablar de eso. Después de ese día, me costaba mucho confiar en ella. Fue un poco difícil convivir a la distancia después de ese día, con el tiempo me fui a vivir a Buenos Aires. Al principio estuve unos meses en Núñez, en lo de unos amigos de San Pedro que vivían allá. Después me mude con ella, vivíamos en Berazategui. Ella estudiaba en capital viajaba algunos días, otros trabajaba en Sodimac, vendía tarjetas de créditos y beneficios del lugar, esos stands que están antes de que entrés, ¿viste? Un día un hombre se interesa. Empiezan a hablar, él le

ofrece un trabajo, a ella le conviene el horario de Sodimac, estudia también. Él dice tener trabajo para un chico, también. Yo, en ese entonces, estaba medio que trabajaba, medio que no. Él se va, pero muy interesado en Lucía. Ese día no quería ir; yo tengo un sexto sentido. Él tenía un galpón taller cerca de Berazategui, en provincia. Toco y nadie me abre, aplaudo, espero unos minutos y sale el tipo. Me dice que pase, vení, tomamos un mate con un pan y arrancamos. Paso, me da un mate, me dice, antes me vas a tener que acompañar a unos kilómetros de acá, vamos en la camioneta. En el camino saca un arma y me pide que la lleve yo, que él está manejando, por si pasa algo. Le pregunto ¿qué puede pasar?

Nada, por las dudas, dice.

JOAN: ¿Armado?

MARIANO: La gente de campo a veces anda armada en San Pedro, es algo común. El tipo la tenía y era algo natural, no se hacía el tumbero. Él era muy gracioso. Era un tipo carismático.

JOAN: ¿Qué hacían?

MARIANO: En el galpón había siempre cosas que hacer, ordenar, subir cosas a la camioneta, a veces venía una máquina de cosechar y la limpiaba, cosas que hacer. Él tenía un hijo de unos diez años, un día viene y me dice, ahí es donde mi papá mete la plata, en esa caja fuerte, se la hizo hacer ahí dentro de la camioneta. Le digo, a mí ni me hable de esas cosas.

JOAN: Todavía no entiendo, ¿qué tiene que ver tu novia en esto?

MARIANO: Trabajé con él unas semanas. Un día Lucía me busca al trabajo, yo había cobrado. Él nos dice que va al súper que después nos acerca a casa. Iba con su hijo. Cuando salimos del supermercado nos dice que no llega con la nafta para llevarnos, le pido por favor, le damos plata en el departamento, le digo, nos habíamos gastado todo en el supermercado. Después dice que sólo la podía llevar a ella, y que me daba plata, que vaya en bondi, al rato, pero unos 15 minutos después nos dice que es un chiste. Nos lleva, se baja, cocino y hasta tomamos un vino. El nene dormía en el sillón. Estaba todo bien hasta el momento en que lo llaman, era la voz de una mujer, se ve que trabajaba con él. En altavoz ella dice: ¿cuándo lo vamos a hacer? Habla de los horarios de mi novia, de que yo no convenía porque algunos días había llegado

tarde. Cosas que no sé cómo ella sabía. Rápido el tipo saca el altavoz y se va al baño, la cara de mi novia desfigurada. El tipo sale, se sienta en la mesa, dice que la están buscando, que la vienen siguiendo hace meses, me dice: y a vos Mariano te estoy preparando para entrar al negocio, acá hay mucha plata en juego. Le pido si se puede ir, levanto a su nene y se lo doy en brazos. Se van.

Acosté a mi novia en la cama, dormimos unas horas, preparamos unos bolsitos, a las seis de la mañana nos fuimos hasta San Pedro. Como no teníamos plata nos fuimos en colectivos de línea. Fuimos estación por estación cambiando de colectivo, llegamos, fuimos a lo de mi hermano, le pedimos el auto, él estaba en el trabajo. Esa misma noche nos fuimos a un pueblo de La Pampa.

JOAN: Tus amigos, tu familia, ¡su vieja! ¿Qué dijeron?

MARIANO: Nos fuimos a un pueblito en donde teníamos unos familiares, nos consiguieron un trabajo. Vivíamos atrás de la casa de una tía en un departamento interno, estuvimos ahí unos meses, las cosas no dieron para más. Volvimos, pero ya separados. Nadie entendía nada, muy pocas personas saben lo que pasó.

JOAN: ¿Y qué pasó ahí?

MARIANO: Lo que pasó ahí fue raro...

JOAN: No entiendo bien que es lo que pasó.

MARIANO: Yo tampoco, pero no dejo de pensar ni un día en eso. Volví, sentía miedo, estaba triste, no quería salir, estaba deprimido.

Mariano se acerca a la ventana, mira.

MARIANO: Hasta el día de hoy miro por la ventana a ver si me está buscando, siempre pienso que puede volver, que me persigue por todos lados.

Joan arma un cigarrillo de marihuana, lo prende, fuma, lo pasa a Mariano, Joan también se acerca a la ventana. Mariano se aleja. Joan mira por la ventana durante largos segundos.

MARIANO: Desde ahí que ando cargado.

JOAN: No te creo.

MARIANO: De verdad, Mono.

JOAN: Sacala.

MARIANO: Solo para algo importante.
JOAN: Para mostrármela a mí
MARIANO: Eso no es importante.

Joan hace un chistido y voltea hacia la ventana, mira para fuera.

MARIANO: ¿Qué mirás, Mono?
JOAN: El miedo en este lugar tiene un sonido.

Mariano se acerca a su mochila y revisa mientras habla de espalda.

MARIANO: O vos estás cagado y escuchás cualquier cosa.

Trae una bolsa, de adentro saca algo envuelto en una remera. Comienza a desenvol verlo, saca un arma.

MARIANO: Tomá, tené cuidado que está cargada.

Joan toma el arma, la mira, se la entrega con mucho cuidado.

MARIANO: ¿Alguna vez jugaste a la ruleta rusa?
JOAN: Nunca.

Mariano le saca las balas, toma una, la pone. Revuelve el tambor.

JOAN: Peor; no jugaría tampoco.
MARIANO: Tomá.

Mariano entrega el arma a Joan. Este la toma con miedo. Se la entrega. Mariano apunta a Joan, luego a sí mismo, gatilla. De su mano derecha saca la bala. Mariano ríe.

JOAN: Sos un estúpido, no me causa gracia.
MARIANO: Si hay algo que este tipo me enseñó, es este truco. Y a andar cargado, por las dudas.
JOAN: De mal gusto el chiste. No de magia.

Joan se acerca a la ventana y mira, Mariano guarda su arma, en su mochila.

JOAN: Esos pájaros nos miran, se pararon frente a nosotros.
MARIANO: Shhh. No hables mal de ellos si te están escuchando y menos si te están mirando.
JOAN: Son pájaros.
MARIANO: Jote se llaman, son las aves de la muerte, dicen que son inmortales, en la isla se cree que si un Jote te mira, es porque pronto vas a morir.
JOAN: Nos están mirando a nosotros.
MARIANO: Te dije, en la playa lo escuché.
JOAN: Tal vez nos advierten la muerte de algún amigo. Nosotros de acá adentro no vamos a salir.
MARIANO: ¿Quién puede ser?
JOAN: Nacho, él hoy dijo:
“bajo la oscuridad amo revolcarme
revolcarme en la mierda
deambular entre demonios
mirarlos a los ojos
escupir humo
ellos me lo van a perdonar
Así veo yo la realidad
así la transito.”
Se dio vuelta y se fue.

Ambos se quedan en silencio en la oscuridad espiando por la ventana.

MARIANO: Es raro Nacho.
JOAN: Se están yendo.
MARIANO: Algo quisieron decirnos.
JOAN: Son pájaros y feos.
MARIANO: Esta isla fue conquistada por barcos llenos de reclusos y enfermos psiquiátricos, salían del sur de Lisboa, asesinos, violadores y enfermos mentales. Un capitán, unos marineros de la realeza, los peores, y ellos. Los Jotes venían con ellos en jaulones. Son aves carroñeras, sólo se alimentan de carne en descomposición. Los jotes se alimentaban con los tripulantes que morían a lo largo del viaje. O que en eso estaba. Sólo traían Jotes y papas y cebollas. Por eso acá la esencia esa, son descendientes de lo peor que puede sufrir el hombre, la violencia de la locura.

Ambos miran por la ventana, se convidan cigarrillo. Joan revisa su mochila, se sienta en la parte de arriba de la cucheta.

JOAN: Me gusta salir a caminar, caminar solo sin saber a dónde ir. Hay días que mientras camino pienso, imagino, recuerdo o me lo invento, ya no sé. Estoy en la casa de mis padres, es domingo, alguien hace fuego, mi papá, seguro. Mi hermana pasa caminando apurada y enojada, dice que llega tarde, exige que alguien la lleve al trabajo, ella trabaja los domingos, es recepcionista de un restorán, durmió tres cuatro horas a lo sumo. La llevo para que se calle, bueno eso es lo que le digo. Nena te voy a llevar así te callás, se enoja y me dice: prefiero pagar un taxi, en el auto charlamos, me cuenta que está saliendo con un chico, pone música desde su celular, cantamos hasta llegar, la dejó. Me vuelvo. Cuando llego, Andrés, otro de mis hermanos, está despierto, sentado en el patio con el perro, toma tereré y fuma marihuana. Mamá pasa y tose de forma exagerada, dice: eso que fuman ustedes tiene olor a goma quemada. No exagerés, Ma, le respondo, a guano quemado mejor dicho, a eso tiene olor, a guano quemado, qué asco. Mi hermano le dice: la yerba, mamá, mata la ansiedad del obrero. Ella nos dice que nosotros somos unos vagonetas, pero que puede ser, porque hay uno que todas las mañanas se va a la metalúrgica en bici y va fumando uno. Hasta en invierno el vago se fuma su porrito, a las siete menos diez de la mañana cuando estoy yendo al trabajo, dice ella. Papá prende el fuego, sala la carne. Pero a él no lo encuentro, debe estar en lo de un amigo y no llegó aún. Entro a la casa y lo llamo en voz alta, se llama Lucas, es el más chico, le digo Luqui, lo busco en las habitaciones, no está, salgo y no está, lo llamo al celular, no existe el número. Salgo, mi mamá me abraza, me dice que ya pasaron dos años, que me acuerde, y yo no me acuerdo y lo busco y sigo caminando y camino y lloro, si llorás bajo la lluvia nadie se da cuenta de que estás llorando. Acá llueve finito durante mucho tiempo, no para y llueve y llueve, como hace calor y es muy finito no te das cuenta y hasta casi no te moja. Vuelvo tarde a la pensión, camino solo entre pasillos, mi sombra me acompaña, pero por momentos siento que ella deja de estar. Caminamos juntos por varios pasajes, pero hay momentos en que

ella se va, como si tuviera miedo, como si hubiera algo de lo que debería escapar, como si se estuviera escondiendo.

MARIANO: Se esconde, pero para darte luz y no avance más sombra sobre vos, se está sacrificando por vos. Este lugar no te va a hacer nada, vos tenés luz y eso ellos lo ven, eso también yo lo veo, tengo un sexto sentido.

JOAN: Vos no tenés un sexto sentido, vos no podés superar que tu ex te haya dejado. *(Ríe)*

MARIANO: No. Pero si un día, si un día, Mono, la vuelvo a besar, si nos miramos y la vuelvo a besar, yo sé que ella va a caer de nuevo.

Entra Nacho de forma repentina a la habitación, en sus manos dos bolsas de papel y una de nylon negra.

JOAN: ¡Nacho! ¿Estás bien, Nacho?

NACHO: Sí, sí estoy bien, Joan, tengo que ver lo antes posible a Márek.

JOAN: ¿Qué te pasó allá fuera?

NACHO: Nada. Nada, tengo que encontrar a Márek, saber a dónde se lo llevaron.

Nacho deja las bolsas sobre su cama.

MARIANO: ¿Qué pasó con ese gringo?

JOAN: ¿Márek? ¿Estás bien?

Nacho toma de una de las botellas, mira a Mariano, deja con desconfianza la bolsa que trae cerca de él.

MARIANO: Convidame un trago.

NACHO: No.

MARIANO: ¿Qué pasó? ¿Márek murió, no? Yo sabía que algo iba a pasar. Te lo dije, Mono. Hoy alguien iba a morir.

NACHO: Márek no murió, tengo que encontrarlo.

MARIANO: Pero parece como si no supieses si murió el gringo ese.

NACHO: Callate. Márek es mi amigo tierraplanista como yo, con el vamos a ir a descubrir el domo.

JOAN: Nacho amigo, ¿en qué te puedo ayudar? ¿Qué pasó? ¿Querés que hagamos algo?

NACHO: ¿Tenés batería en el celular?

JOAN: Sí, ¿por?

NACHO: ¿Podrás poner ese tema, de ese tipo que me dijiste que escuche para aprender el idioma?

JOAN: El de Chico Buarque decís vos, sí, ahora lo pongo. ¿Estás bien? Si, sí.

NACHO: Sí, ese. Él me tranquiliza.

Joan pone un tema. Se pasan la botella.

NACHO: Prefiero que estemos acá tranquilos un rato, quiero poder tranquilizarme.

La luz se corta repentinamente, el sonido a lluvia aumenta. Joan busca con la luz de su celular velas, las enciende.

JOAN: Se debe haber cortado la luz por la lluvia, aunque aún no llueve tanto, es finita.

MARIANO: Garuya se llama.

Joan mira por la ventana, Mariano se le acerca.

MARIANO: Mirá lo que encontré, Mono.

Saca del bolsillo de un pantalón enredado un cigarrillo. Mariano se lo da. JOAN lo enciende.

JOAN: Que rico un pucho.

JOAN: Los jotes dan vueltas en rondas.

MARIANO: Están esperando, son carroñeros. Adiviná a quién buscan.

NACHO: No te atrevas.

JOAN: Pará un poco.

MARIANO: ¿Qué pare qué?

Nacho Se acerca a la ventana con ellos, convida de su botella a MARIANO; JOAN pasa cigarrillo, Nacho fuma y tose.

MARIANO: ¿Sabés fumar?
NACHO: No pero dicen que el humo calma.

Mariano mira las muñequeras de Nacho.

MARIANO: ¿Por qué usas eso?

NACHO en silencio.

MARIANO: Uy, miren cómo se largó.
NACHO: Como si el domo se rompiera. Fuerte, de repente ese sonido
 tranquiliza.
 domo
 quiebra
 el agua es vidrio
 el ruido sangra
 el vidrio es muerte
 y vos ni siquiera
 sabés
 donde estás

JOAN: Hoy es el día más largo del año o sea que la noche, va a ser la más
 corta del año también.

MARIANO: ¿Por qué?

NACHO: Porque la linterna pasa más cerca, eso a lo que le decís sol.

JOAN: ...hoy también sería su cumpleaños.

MARIANO: ¿De quién?

NACHO: De Lucas, su hermano.

El viento sopla fuerte, ellos miran por la ventana, el viento los moja.

JOAN: En mi pueblo, en verano jugamos en los zanjones. Los zanjones
 son unos grandes canales, que sirven como redes de distribución
 de riego.
 Es común meterse, bueno siempre hay que meterse con zapatillas,
 por si te cortás con algo, ¿viste?
 De chicos todos jugamos ahí, te bañas, te refrescás.

Es enero ves al colectivo venir de lejos, viene lleno, es la siesta, se están pegando ahí dentro, corrés, le tirás unas bombuchas y te tirás, te vas con la corriente. Todos los pasajeros por la ventana te putean.

El viento empieza a levantarse, hay tierra y hojas de álamo por todo el cielo, el viento es caliente, adentro del agua es mejor, y hasta te limpia la tierra de la cara. Pero el viento crece, el agua aumenta, cada vez llueve más y más y hasta cae piedra. El agua aumenta, los ríos se desbordan.

En mi pueblo pasa como ahora, de un momento a otro, el cielo se cae. Como si algo se rompiera. En febrero, siempre a las siestas, él iba con sus amigos al zanjón. El de cerca de casa.

Luqui se enganchó con los cordones en uno de esos pedazos de hierro, de esos que usan en el hormigón, lo encontraron un día y medio después, cuando el agua había bajado. Veintiún años hoy cumpliría.

NACHO: Me acordé y te traje esto.

Nacho saca de una bolsa un pequeño paquete.

JOAN: Pero Nacho, no es mi cumpleaños, sería el de él.

NACHO: Para distraerse de la realidad de la vida yo te hice un regalito para que te distraigas hoy.

JOAN: Gracias, sabés que me encantan estas cosas.

NACHO: Y tiene el cuchillo afilado.

MARIANO: A ver, está buena.

NACHO: Salí.

MARIANO: En esta habitación estaban unas chicas hace poco. Dicen que guardaban su dinero en una de las tapas de la luz, parece que ellas se fueron de urgencia del pueblo. Y no lograron sacarlo.

JOAN: Prestame.

Joan se acerca a la puerta y comienza a destornillar la tapa de luz con la vitorinox, que queda junto a esta. Nacho y Mariano se le acercan para ver de cerca. Luego van por otra tapa de luz.

JOAN: Nada.

Mariano toma la vitorinox.

MARIANO: A ver este.

Mariano abre una tapa de luz con la vitorinox.

MARIANO: Nada.

JOAN: Nada; hubiese estado bueno.

MARIANO: Si hubiera plata ahí, nadie nunca más sabía de mí.

JOAN: Si hubiese encontrado plata ahí, hubiese sido mía. El que se la encuentra se la queda.

NACHO: Y mía en todo caso, yo puse la herramienta.

MARIANO: De los tres. Los tres buscamos.

Asienten con las miradas, parece haber consenso.

MARIANO: Y si no sacaba mi arma del bolso, los apuntaba y me iba.

JOAN: Sos un chamuyero, te hacés el bandido. Ya lo hubieses hecho, me hubieses apuntado, pedido la plata que junte acá trabajando en la temporada y te hubieras ido.

MARIANO: Todavía te tengo compasión.

NACHO: Vos no tenés ningún arma.

MARIANO: Vos, no tenés idea de quién soy yo.

NACHO: Todos sabemos quién sos, un paranoico de un pueblucho, que no supera que su novia lo haya dejado por alguien que no sea un mentiroso.

Mariano se le acerca y le dice cerca de la cara de Nacho.

MARIANO: No te atrevas a desafiarme.

JOAN: Dejen de joder. Convidá ese trago, Mariano te compro un porro, pasemos la última noche en paz.

Joan da unos billetes a Mariano, este da un porro, lo prende, fuman y se pasan la botella.

MARIANO: El paraguay brasileño es el mejor de todos.

Joan tosiendo y pasando el porro a Nacho.

JOAN: Es el mejor que he probado de los prensados del mundo.

Fuman.

JOAN: Nacho, ¿qué pasó realmente con Márek?

Silencio.

NACHO: Apuñalaron a Márek, mi amigo de Polonia.

MARIANO: Te lo dije. Mono, yo lo sabía. ¿Cómo fue?

NACHO: No me preguntes de curioso sin preocuparte por él.

JOAN: *(Retando a Mariano):* Mariano..., ¿vos estás bien, Nacho? ¿Esa sangre es de él?

Joan señala una mancha roja y seca en la remera de Nacho.

NACHO: Es mía, me golpearon en el forcejeo, cuando los alejaba de él, después alguien lo llevó, pero no sé dónde. Le dieron unas puntadas, alguien dijo que lo iban a llevar a una guardia. Pero en este pueblo no hay más que una pequeña sala que cierra de tarde, no sé a dónde lo llevaron y tengo que encontrarlo.

JOAN: ¿Por defenderlo no corrés peligro?

NACHO: Siempre estoy bien, me hago el otro, camino entre ellos, veo su esencia. La maldad no es ontológica, en ninguna persona, creo yo. Pero acá, es como si algunas noches se mimetizara con la humedad de la noche. Márek bebe mucho, se anestesia mucho y se pone en riesgo, se expone a situaciones extremas.

Nacho toma el último trago de la botella.

NACHO: Se siente muy solo, él está muy solo. Que alguien se arriesgue por él, ante una situación de riesgo, lo hace sentir querido. A los animales, para que te entiendan, tenés que hablarles como si vos fueras un animal, no como si ellos fueran personas.

MARIANO: Contanos quién fue.
NACHO: Por favor, no me molestes, Mariano.
MARIANO: No te estoy molestando.
NACHO: Sí con esas preguntas, y además me molestaste todo el verano.
MARIANO: Callate pancho.
NACHO: No me despersonifiques voy a decir, te dicen Borra en tu pueblo.
MARIANO: No tenés ni idea de lo que decís. Este pibe a mí no me cierra.
JOAN: Déjense de joder.

*Mariano enojado se va hasta arriba de su cucheta, se acuesta, mira su celular.
Se para a buscar la botella de vidrio, la levanta y mira.*

MARIANO: No dejaste nada para los demás.
JOAN: ¿Querés que lo busquemos?
NACHO: Sería lo mejor.
JOAN: Tenías sangre seca, había pasado un tiempo.
MARIANO: ..., y llegaste con sus cosas. Tengo sed, debés tener algo más ahí.

Mariano, enérgico, revisa las bolsas de papel madera que Nacho apoyó en su cama.

MARIANO: Acá tenés que tener unas latas de cerveza, una botella de algo y no las querés convidar.

Nacho corre y va a su bolsa, ambos tironean, esta se rompe, de adentro caen fajos de euros y de reales.

JOAN: ¿Qué es eso?

Nacho se acerca a recogerlos del piso, los mete en una bolsa de nylon.

NACHO: *(Gritando)* Nada.
MARIANO: ¿Nada?, es un montón de guita.
NACHO: Es la plata de Márek, tengo que dársela.
MARIANO: Entonces por eso lo estaban buscando, alguien vendió la información de que él tenía toda esa guita.
NACHO: No me molestes, Mariano.
JOAN: ¿Es así Nacho?
NACHO: Márek el va a comprar un velero.

MARIANO: Esperá y, ¿alguien sabe que vos la tenés?
NACHO: Salgan de acá no tenías qué tocar mis cosas.

Nacho juntando los billetes y sus cosas.

NACHO: *(Sollozando por los nervios)* Corrí a su carpa a buscar sus cosas. Vino el que lo apuñaló, me pidió lo que tenía las cosas de Márek, dijo que la ley del pueblo era él. Insistió en las pertenencias de Márek, insistí en que no; arena, una piña y un rodillazo, cayó y hasta acá corrí.
MARIANO: ¡Qué! ¡Nos van a venir a buscar ahora! ¡Nos van a venir a buscar a nosotros!

Mariano se acerca a la ventana y mira como escondido por un costado de esta.

JOAN: Tranquilo. ¿Qué hacemos ahora?
MARIANO: ¿Qué hacemos? Este que hace que se vaya. Tendrías que haberme escuchado, yo tengo un sexto sentido.
NACHO: No me dejes solo.
JOAN: Juntá tus cosas. Nos vamos de acá.

Los tres de forma apresurada comienzan a juntar sus cosas.

MARIANO: ¿Por qué no nos dijiste antes?, deben estar por llegar, sos un estúpido.
NACHO: ¿Y Márek?, tengo que ayudarlo, es mi amigo.
MARIANO: ¿Qué Márek? La puta madre loco, Márek está muerto. La cagaste y ahora nos van a matar a todos por tu culpa.
JOAN: Nadie sabe que estamos acá.
MARIANO: ¿Nadie? Todos saben dónde vivimos, Mono. Sos un pelotudo, Nacho. Vamos a morir todos por tu culpa.
JOAN: Tranquilo loco, tampoco lo trates así.
MARIANO: Encima lo defendés. A este loco de mierda.
NACHO: ¿Y la plata de Márek?, los remedios y el velero.

Mariano dispara a Nacho, este cae al piso. Rápido se acerca al dinero. Ahora apunta a Joan.

MARIANO: Vos Mono, quedate en el molde.

Joan se acerca a Nacho, Mariano interrumpiéndolo.

MARIANO: Quedate ahí te dije, loco.

JOAN: ¿Nacho estás bien?

MARIANO: ¡Callado, shhhh!

Mariano continúa recogiendo el dinero. Se oye el sonido de una moto pasar. Mariano apresurado.

MARIANO: Yo allá no puedo volver, a Argentina no puedo volver. Pasó un tiempo, no podía salir de mi casa, estaba muy triste, muy enojado. Salimos una noche, me la encontré. Estaba de la mano de otro chabón, había pasado muy poco tiempo. Me vio, me miró a los ojos, y ni siquiera me saludó, Mono, después de tanto. Después de todo. Me fui afuera. Me fumé un pucho y entré al auto, cerré la puerta y hasta casi arranco. ¡Pero no! Agarré el arma que tenía en la guantera. Esta misma. Entré al lugar y le di dos tiros en la pierna al gil. Ahí me fui, desde ahí que no puedo volver. (Mariano recoge el dinero rápidamente) Pero si yo volviera, si ella aunque sea me viera, me diera la chance de besarla una vez más, yo estoy seguro.

Mariano junta el dinero en una bolsa y toma su mochila.

MARIANO: Mono, me tengo que ir, vos vas a entender.

Nacho desde la oscuridad se abalanza sobre Mariano y le rompe una botella de vidrio en la cabeza Mariano cae desplomado al suelo.

NACHO: Perdón Joan, yo no quería que pase esto. Márek estaba solo, alguien tenía que ayudarlo.

JOAN: Tranquilo, tranquilo. Vamos a ir a un hospital.

Joan intenta tapar con su mano para que no sangre, sonidos de personas que se acercan entran por la ventana.

NACHO: Andate, ahí vienen, salvate vos.

JOAN: Shh tranquilo, tranquilo amigo, vamos a ir a un hospital, y esto va a haber sido un mal trago solamente. En unos días vamos a estar de vuelta en Argentina.

Los ruidos de personas, que se acercan ahora vienen desde la dirección de la puerta.

NACHO: No, yo allá / Volver no quiero / Medicamentos e institutos / Márek y el mar / Pescar y cocinar / Hasta con el domo chocar / El agua baña de luz / Donde no quiera letargo / No lastimarme más.

JOAN: Shh vamos a solucionar esto.

NACHO: Voy a cerrar los ojos en voz baja / voy a meterme a tuestas en el sueño. / En este instante el odio no trabaja / para la muerte que es su pobre dueño / la voluntad suspende su latido / y yo me siento lejos, tan pequeño.

Silencio.

JOAN: ¡Nacho, Nacho!

NACHO: No me lo digan. Cuando me despierte.

Nacho, casi desvaneciéndose.

NACHO: En otro plano nos vemos amigo.

Nacho se desvanece en los brazos de Joan, este llora sobre él quejándose con pequeños gritos, lo besa en la frente, se levanta, se acerca a Mariano, toma su arma, junta el dinero, lo pone en una mochila, abre la puerta, ahora sale corriendo por el pasillo, gritos en portugués y tiros.

FIN

LA ÚLTIMA BATALLA DE LOS PINCHEIRA

Alejandro Finzi

A Sarah

“Todo necio
confunde valor y precio.”

ANTONIO MACHADO,
NUEVAS CANCIONES (1917-1932)

LA ÚLTIMA BATALLA DE LOS PINCHEIRA

Alejandro Finzi

Autor teatral (Buenos Aires, 1951)

Cuarenta y cuatro de sus obras han sido estrenadas en el país, países de las tres Américas, Europa y África. Ha escrito, asimismo, para la radio, el cine y la ópera. Sus obras, traducidas hasta el presente a siete idiomas, son publicadas en Argentina y el exterior y han recibido distinciones nacionales e internacionales. Coordina talleres de dramaturgia en Latinoamérica y Europa.

Es profesor titular de Literaturas Europeas en la UNCo y dirige proyectos de investigación sobre nuevas teatralidades europeas. Integra el jurado del premio “Antonio Gramsci” de teatro internacional. Vive en Neuquén desde 1984.

PERSONAJES

JOSÉ ANTONIO PINCHEIRA

ARRASCAETA, la mula

Indicaciones para una puesta en escena

Arrascaeta, la mula, es pura cabeza, manubrio de bicicleta o manija de carrito cartonero.

Debe prestarse particular atención al dominio sonoro propuesto por el texto.

Luego que se apaga el último celular en la sala, cuyo dueño es ese tonto que en vez de corazón tiene un chip, se oye, proveniente de silencio preñado en la lejanía, en off, la voz de Arrascaeta:

ARRASCAETA: Escuché decir que las mulas no hablan. Los que afirman eso son los que dan por cierto que los hermanos Pincheira fueron asaltantes y cuatreros. Los mismos que sostienen que los cinco Pincheira saquearon cuanta población encontraron a ambos lados de la cordillera. Los mismos que afirman que fueron guerrilla montonera y amasaron una fortuna descomunal escondida nadie sabe a dónde. Son los que juran que los hijos de Martín Pincheira pelearon contra el ejército que cruzó los Andes. Dos siglos pasaron y siguen repitiendo esa historia. Así que las mulas no hablan. Mirá vos. Bueno. Entonces me callo. Cierro el hocico. No he dicho nada y no van a conseguir que diga palabra.

Don Pincheira, don José Antonio Pincheira, para mencionarlo con el debido respeto, anda llegando, una de esas noches caídas del calendario, por el desierto neuquino. De esa noche está colgada la luna. No voy a hacer comentario alguno de la luna de estos territorios. Sería algo ocioso. Ella es propiedad de cada uno de nosotros.

El viejo montonero trae, al lazo, a Arrascaeta, su mula. ¿Quién es más viejo? ¿Él o la bestia?

Difícil decirlo. José Antonio viste a la usanza del gaucho surero: es Pepe Hilacha en pinta. Esa pilcha grita por pobre y protesta por dignidad. ¿Y de Arrascaeta, qué les cuento? Mula curtida en la explotación. ¿De hace cuánto ya que viene soportando el peso dolorido de dos alforjas descomunales y deformes? De 1832, así nomás les digo. Saquen la cuenta. Y arriba de ellas dos, con la costumbre de un equilibrio precario, la mula trae, mal atado, un tamborcito militar.

JOSÉ ANTONIO PINCHEIRA (PINCHEIRA):

Acá va a ser, Arrascaeta. Llegamos. Impecable. Observá. Grieta de desierto. Perfecto. Exacto. Mejor escondite para enterrar el tesoro imposible. Y te lo dice el último de los Pincheira que sigue vivo. Y después que lo enterremos, atacamos. Arrascaeta, ¿me estás escuchando? Mejor. Hacete el sordo. Pero yo leo tu corazón. Vos lo sabés. Te voy a mostrar. ¿Adónde es que lo tengo? (*Don José Antonio busca entre su ropa y saca un cuero. Es un mapa*) Fijate. Para allá: las Epulaufquen. Para aquel lado, los flamencos de Laguna Blanca. Por la dirección austral, por un decir, para atrás nuestro, el lago del bicho. Y allá, mirá bien, allá es: en ese punto donde la luna semblantea por izquierda: ese es justo el lugar donde mataron la vaca. Ahí vamos a atacar. Justo donde la mataron. Le haremos justicia. Vos no me estás escuchando, Arrascaeta. ¿O estás haciendo caso omiso a todo cuanto estoy profiriendo con meridiana claridad? ¿Somos o no somos combatientes de ley, vos y yo? Y encima andás corta de vista. No ves bien el mapa, tengo la impresión. No, si yo me doy cuenta, porque con los años de bandido fui aprendiendo a ser veterinario. Cuando después de vengar la muerte de la vaca lleguemos a Neuquén vamos a la óptica. Te doy mi palabra. ¿Por eso es que te abandonó a tu suerte el gran estratega Manuel Bulnes? Me di cuenta, porque cruzaste la cordillera con el brigadier Las Heras, y le jugabas a la baraja en el campamento de Plumerillo. Y entonces fui hasta su tienda. Sin pedir permiso. Recién ahora te lo cuento, porque no soy de los que andan por ahí, ufanándose como si nada y, además, vos ya te olvidaste: me presenté a San Martín. Me cuadro, y le digo: “Permiso, mi general: Arrascaeta, la mula, ha tenido un golpe de deslumbramiento ocular por resplandor de nieve cruzando el Cañadón de los Loros. Solicito lentes de protección solar para mi bestia”. Y él me responde, después de

toser: “No entiendo de qué me está hablando, soldado”, casi me manda fusilar. Así que me fui con las tropas realistas para salvar el pellejo. Pero me pasé justo en el peor momento, la noche antes de la batalla de Maipú. Aquel 4 de abril. Y ahí fue que te encontré. ¿O no ocurrió en esa ocasión? ¿Estás mudo, hoy? ¿Eh, Arrascaeta? ¿No fue que llevando a lomo dos cañones del Ejército de los Andes con destino al Ejército de Bulnes, caíste mal en ese cañadón? ¿Y que quien te auxilió fue Arrascaeta, tamborcito del regimiento? Y que de ahí te quedó el nombre. “La Mula de Peregrino Arrascaeta”. Después, “la mula de Arrascaeta”. Y, para terminar, “Arrascaeta”, porque a la memoria se la llevaron de hambre, nomás. Y porque a las mulas se las llevó la guerra. Al tamborcito también. Peregrino. Estaba aprendiendo a leer. (*¿Es cierto que las mulas no lloran?*) No me estás escuchando, Arrascaeta. A vos la historia argentino chilena no te interesa. Será que vos naciste sabiendo. Como los de Chillán o los de Neuquén. Gente ilustrada. ¿Eh? ¿No decís nada? Está bien, no hables si no querés. (*Arrascaeta continúa con su empecinado mutismo*) Dame la pala, Arrascaeta. (*El montonero saca el noble instrumento, sinónimo del afán humano, de una de las alforjas*) Cómo serán de ilustrados estos neuquinos que creen saber en qué lugar los Pincheira tienen escondido el tesoro. (*Don José Antonio pone manos a la obra*) Ciento ochenta y tres años convencidos de lo mismo. El tiempo no es ni lento, ni rápido. Es terco. (*El sudor trae la reflexión. La reflexión, un instante de reposo*) Y, en realidad, esta gente no tiene la menor idea. Andan comentando que está enterrado por Los Castillos, en Malargüe; que en una cueva, leguas debajo de Chillán; que por las lagunas del norte de Epulauquen; que en un cruce del Nahueve; que en un zanjón del Curamileu; que por Varvarco. Y nos reíamos con Antonio, Rosario, Pablo, Teresa, Santos, mirá qué joya de hermanitos. De inocentes, nomás, guardando para la vejez un botín arrebatado en la Guerra de la Muerte. Al escondite de ese tesoro, nadie va a llegar por el sendero de la avaricia. Por ahí hacen huella los necios y se pierden sin remedio. ¿Preparamos una infusión telúrica, Arrascaeta? Meta, buena ocasión. Un amargo. Y, endemientras, lo enterramos. A buen resguardo de los carroñeros. (*En la alforja del tesoro don Antonio*

encuentra lo que le es menester para saborear unos matecitos. Pregunta para el director de este espectáculo: ¿Las mulas se prenden a una ronda de mate también a la luz de la luna? No me conteste ahora. Piénselo) El arcángel Gabriel tocaba la trompeta si asomaba algún intruso y el pehuén nos avisaba. Y lo llevábamos para otro lado. Ahora, que mis hermanos se fueron por el invierno, al tesoro, lo tengo yo. José Antonio. El último de los Pincheira. Por el invierno es que se han ido. Como le digo. Y mientras tanto, ellos, de a uno, llevando el tesoro y escondiéndolo. Siempre en lugar diferente. Hasta que me quedé solo, nomás. Sólo, no. Con usted Arrascaeta. Matecito. Sírvasse. ¿Gusta? ¿Un cacho de galleta? ¿El sabor, qué le parece? *(¿A una mula le apetece o no le apetece la galleta?)* Como le digo: solo me quedé. Y con el tesoro. ¿Acaso uno sabe qué día le viene la muerte? ¿Usted lo sabe, Arrascaeta? ¿Está escrito en alguna parte? Sí. En algún bando, clavado por los milicos. Los supe ver, por Temuco y por Chos Malal: “Se ofrece recompensa por los criminales Pincheira, vivos o muertos”. Y hasta habían pegoteado por boliches y rancheríos. Pero los Pincheira no caben en bandos, carteles y papeletas. ¿Más galleta? Pero yo le pregunto otra cosa, Arrascaeta: ¿El día mismo que uno se ha de morir está escrito? *(Es indudable que Arrascaeta, en este momento, está pensando la pregunta)* ¿Dónde? Dígamelo. No hay libro donde está eso, ni santo misal. Eso está escrito en el vuelo de algún aguilucho, puede ser. Usted lo ve cómo da vueltas. Y en ese momento sabe. Y ahí comprende que su día llegó. El día que no es jornada completa, es. El existir es completo, de punta a punta. Y es completo porque tiene el sentido de lo que resta por hacer, ¿no? Pero el último día es jornada a medias. A medias y sin zurcido. Lo que sí, si uno, por las suyas, quiere saber cuándo con exactitud ha de morir, lo que tiene que hacer es dar pelea. Arrascaeta. Cuidar el tesoro es dar pelea, eso, tal cual: porque uno dice, yo me pregunto: ¿en qué consiste la libertad? ¿De qué materia está hecha? ¿Nacés libre? ¿La libertad te la entrega la vida en el momento en que llegás al mundo? ¿Una tarde de frío, por la cordillera? Tendría que ser así y nunca fue así: nadie te regala la libertad. La libertad se gana. Es que, dígalos, Arrascaeta, confíesese: con sueños sólo no alcanza, no. Y debe ser así, no hay vuelta, porque la libertad es pelea. Y

es esa pelea lo que nos convierte en humano. ¿O nos convierte en mula? ¿Quién me lo va a decir? ¿Quién? ¿Este cacho de luna que quiere matear y no la dejan? (*Don Pincheira guarda los utensilios, la pausa acaba de concluir*) Bueno, muy bien. Un poco más de pala y se termina. Ya está. Listo, pues. Ahora, el tesoro. Un Pincheira lo tiene ¿Quién otro podría ser? Y después andan comentando por ahí de un “Misterio” La realidad es puro misterio y está por todos lados, si vamos al caso. Ahora, buscamos en la alforja. Usted no se mueve. Quédese así, Arrascaeta, que voy a retirar el tesoro. Quieto, tenga la amabilidad.

José Antonio Pincheira, el menor de los Pincheira, abre una de las alforjas y comienza a sacar lo que sigue: latitas abiertas de sardinas (dos unidades), puñadito seco de nomeolvides, trenza de guanaco, estampitas de alquitrán, rosarios de abjuración, diarios de época y qué época, alambre de 13,20 pulgadas (a los fines de la mejor puesta en escena puede optarse por otro calibre, este autor no tiene ningún inconveniente), cincelado de cobre, diente de dinosaurio, manchón de alfalfa. Y punto. Y nada más.

Como ustedes pueden advertir, todo lo mencionado se puede observar ahora, en este instante, desparramado a la buena de Dios, entre el infinito desierto, iluminado por nuestro satélite.

PINCHEIRA: Perfecto. No se mueva, Arrascaeta. Ahora, el tesoro. Despacio. Quieto. Quieta, mula. No respire. Inmóvil. Como estatua ecuestre. O, mejor, traduciendo, como “estatua burdégana”.

El tesoro en cuestión está envuelto en un poncho de polilla gorda, atado con cordel de tunero, procedente de un navío que supo naufragar en las costas del sudoeste de la isla de Chiloé.

PINCHEIRA: Aquí está. Acto seguido, verificamos... Despacio, con sumo cuidado, porque en caso contrario... (*Al abrir o destripar el paquetón, don Antonio descubre una damajuana*) Hermosa está. Mirala, Arrascaeta. La única damajuana con agua pura que queda en Neuquén. ¿No es una maravilla? Agua pura, que durante siglos nutrió la profundidad de este suelo. Agua que dio vida a lagos, lagunas, arroyos y riachos, cascadas y vertientes. ¿Un traguito, Arrascaeta? Muy bien. Yo también. Agüita pura, clara, fresca y deliciosa. Fuente de la eterna juventud. O sea, la de este servidor.

¿Cómo dice? Sí, Arrascaeta, también de las mulas. Imagínese. *(Algo de ejercicio y brinco muestran el efecto, causado por el sorbo recién bebido, en la humanidad del viejo montonero y de la noble bestia)* Y como es la última, como ya no hay más agua pura en este territorio, es nuestra obligación preservarla. Cuidarla.

Don Pincheira introduce la damajuana adentro del pozo y le tira encima unas generosas paladas. La operación de entierro concluye con alguna marca dejada como al descuido.

PINCHEIRA: ¡Y ahora, amiga mía, vamos a prepararnos que hay que dar pelea...! *(El viejo montonero abre la segunda alforja y, con sumo cuidado y prudencia, saca varias botellas ennegrecidas por el terror)* A estas municiones, barro empetrolado de estafa, las vamos a colocar alrededor de las instalaciones del enemigo, Arrascaeta. El enemigo llegó a estos campos y destruye el agua. Lo hace dándole al gobierno un manojo de alhajas, collaritos y cencerros. Y los del gobierno, ¿qué hacen?, entregan el agua pura a cambio de esa chuchería. Pero, Arrascaeta, en confianza, vos sabés como yo, que esas no son las alhajas del tesoro de los Pincheira. Esas son pura fantasía, baratija, espejitos de colores. Entonces el enemigo extrae el petróleo, usando millones de litros de agua pura. Los criminales estos, la banda de saqueadores, los del gobierno y los godos que se asientan a conveniencia e interés, es conocida por las víctimas como los Frakineros. Matan y siguen matando surgente y vertiente, a degüello y con propaganda desinfectante, por toda la Patagonia. Entonces, Arrascaeta, para cumplir con lo que es menester, vamos a hacer lo siguiente: las mechas, lo primero. ¿Dónde he puesto yo las mechas? ¿Usted se acuerda? ¿Usted lo recuerda con exactitud, Arrascaeta? *(Después de revolver las dos alforjas, todo cuanto don José Antonio encuentra es una alpargata huérfana)* No están, Arrascaeta. ¡No están! Se acabó. Mechas para explosivos. De origen heroico, si cabe confesarlo: los polvorines del ejército libertador. Me acuerdo, sustraídas del campamento realista: bien trenzadas y enceradas. *(La mula se mueve un cachitín)* ¡No Arrascaeta, no se corra! ¡Quieta ahí! *(La mula va para el costadito, otro poco)* ¡Pero qué le acabo de decir! ¡Llega a mover una pata al descuido y volamos por los aires, Arrascaeta! *(La mula da*

un giro completo. Temerario, diríase)

Entre nosotros, yo creo que la mula está queriendo decir algo a nuestro montonero. Ustedes se dieron cuenta, yo también. Es evidente, por favor... ¡El único que no entiende nada es Pincheira...! Francamente, no sé por qué la mula me regala este tipo de personajes.

PINCHEIRA: ¿Usted me quiere decir algo, Arrascaeta? ¿Quiere advertirme de algún peligro? ¿Eh? Así que, vamos, nomás. Llegamos al amanecer y ponemos estas bombas contra estos Frakineros asesinos. ¿Sabés una cosa? Siempre llega la última batalla. También para Antonio Pincheira. ¿No es cierto, Arrascaeta? ¿Cómo dice? ¿Algo que agregar? ¡Ah, ahora entiendo...!

Arrascaeta no contesta. Picheira toma el tamborcito, lo abre y encuentra en su interior las mechas. Una a una, con viejo oficio montonero, las va atando en las botellas.

PINCHEIRA: Bueno. Tenés razón. Cierto es. Perdóneme. La última batalla para José Antonio Pincheira y para Arrascaeta.

Y oigan ahora a la mula, cómo rebuzna de puro contenta. Luego regresa a su confeso mutismo. Don Antonio desata el tamborcito de las alforjas y se aleja a ritmo de redoblante. Detrás suyo, su compañera, a paso bravo cuando no heroico. Ellos se van, sí, pero el amanecer llega, sin permiso, acunado por el canto de algún pajarraco destemplado. Un instante después se escucha una explosión descomunal. A esa explosión le sigue un lento silencio, tan lento como la distancia. Esa que trae el viento por aquí cuando se pone a contar historias. Del pozo donde está enterrada la última damajuana de agua pura nace una flor. Una flor sencilla y frágil, como las nuestras, las del desierto.

APAGÓN

Neuquén, 13-15 de febrero de 2015.

ÍNDICE

- 3 Nunca nadie murió de amor
 excepto alguien alguna vez**
Ricardo Ryser
- 23 Mute**
Juan Francisco Dasso
- 43 Una luz cenital**
José Moset
- 81 Los padres**
Luis Ignacio Serradori
- 117 Unos días antes**
Víctor Fernández Esteban
- 137 El paraíso de los observados**
Jesús de Paz
- 161 La última batalla de los Pincheira**
Alejandro Finzi

EDICIONES INTEATRO

COLECCIÓN EL PAÍS TEATRAL

De escénicas y partidas

De Alejandro Finzi

Teatro (Tomos I, II y III)

Obras completas de Alberto Adellach.

Prólogo: Esteban Creste (Tomo I), Rubens

Correa (Tomo II), Elio Gallipoli (Tomo III).

Teatro del actor

De Norman Briski

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Dramaturgia en banda

Incluye textos de Hernán Costa, Mariano

Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,

José Montero, Ariel Barchilón, Matías

Feldman y Fernanda García Lao.

Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun

Prólogo: Palo Bontá

Antología breve del teatro para títeres

De Rafael Curci

Prólogo: Nora Lía Sormani

Teatro para jóvenes

De Patricia Zangaro

Antología teatral para niños y adolescentes

Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés

Falconi, Los susodichos, Hugo Midón, María

Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,

Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

Prólogo: Juan Garff

Becas de creación

Incluye textos de Mauricio Kartun,

Luis Cano y Jorge Accame

Diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (Tomo I y II)

De Perla Zayas de Lima

Hacia un teatro esencial

De Carlos María Alsina

Prólogo: Rosa Ávila

Teatro ausente

De Arístides Vargas

Prólogo: Elena Frances Herrero

Caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura

De Rafael Monti

La carnicería argentina

Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Gobernori, Julio Molina y Susana Villalba.

Coordinación: Luis Cano

Prólogo: Carlos Pacheco

Del teatro de humor al grotesco

De Carlos Pais

Prólogo: Roberto Cossa

Nueva dramaturgia argentina

Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila, Sacha Barrera Oro, Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi, Martín Giner, Guillermo Santillán, Leonel Giacometto, Diego Ferrero y Daniel Sasovsky.

Dos escritoras y un mandato

De Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia

Prólogo: Beatriz Salas

La valija

De Julio Mauricio

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

El gran deschave

De Armando Chulak y Sergio De Cecco

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza.

Coedición con Argentores

Una libra de carne

De Agustín Cuzzani

Prólogo de Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

Una de culpas

De Oscar Lesa

Coedición con Argentores

Desesperando

De Juan Carlos Moisés

Coedición con Argentores

Almas fatales, melodrama patrio

De Juan Hessel

Coedición con Argentores

Air Liquid

De Soledad González

Coedición con Argentores

Un amor en Chajarí

De Alfredo Ramos

Coedición con Argentores

Un tal Pablo

De Marcelo Marán

Coedición con Argentores

Casanimal

De María Rosa Pfeiffer

Coedición con Argentores

Las obreras

De María Elena Sardi

Coedición con Argentores

Molino rojo

De Alejandro Finzi

Coedición con Argentores

El que quiere perpetuarse

De Jorge Ricci

Coedición con Argentores

Freak show

De Martín Giner

Coedición con Argentores

Trinidad

De Susana Pujol

Coedición con Argentores

Esa extraña forma de pasión

De Susana Torres Molina

Coedición con Argentores

Los talentos

De Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob

Coedición con Argentores

Nada del amor me produce envidia

De Santiago Loza

Coedición con Argentores

Confluencias. Dramaturgias serranas

Prólogo: Gabriela Borioli

El universo teatral de Fernando Lorenzo. Los textos dramáticos y los espectáculos.

Compilación: Graciela González de Díaz

Araujo y Beatriz Salas

70/90. Crónicas dramáticas

Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana

Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia

Costa Vilar, Omar Fragapane, Carla Maliandi,

Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter,

Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén

Sabatini, Luis Tenewicki y Pato Vignolo

Doble raíz

De Leonardo Gologoboff

La canción del camino viejo

De Miguel Franchi, Santiago Dejesús y Severo

Callaci

Febrero adentro

De Vanina Coraza

Mujer armada hombre dormido

De Martín Flores Cárdenas

Museo Medea

De Guillermo Katz, María José Medina,

Guadalupe Valenzuela

¿Quienáy?

De Raúl Kreig

Quería taparla con algo

De Jorge Accame

Obras reunidas (2000-2014)

De Soledad González

Prólogos: Eduardo Del Estal y Alejandro Finzi

COLECCIÓN ESTUDIOS TEATRALES

Narradores y dramaturgos

Incluye conversaciones con Juan José Saer, Mauricio Kartun, Ricardo Piglia, Ricardo Monti, Andrés Rivera y Roberto Cossa

Las piedras jugosas. Aproximación al teatro de Paco Giménez

De José Luis Valenzuela

Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt

Dramaturgia y escuela 1

Antóloga: Gabriela Lerga

Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo

Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo

Dramaturgia y escuela 2

Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampetro

Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti

Didáctica del teatro 1

Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampetro

Colaboración: Sara Torres

Prólogo: Olga Medaura

Didáctica del teatro 2

Prólogo: Alejandra Bocro

Manual de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatusky y Débora Astrosky

Segunda edición corregida y actualizada

Prólogo: Raúl Serrano

Nueva dramaturgia latinoamericana

Incluye textos de Luis Cano, Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucía de la Maza (Chile), Víctor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú), Sergio Blanco (Uruguay)

Compilación y prólogo: Carlos Pacheco

La Luz en el teatro.

Manual de iluminación

De Eli Sirlin

Laboratorio de producción teatral 1.

Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos

De Gustavo Schraier

Prólogo: Alejandro Tantanián

El teatro con recetas

De María Rosa Finchelmann

Prólogo: Mabel Brizucla

Presentación: Jorge Arán

Teatro de identidad popular en los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino

De Manuel Maccarini

Por una crítica deseante.

De quién/para quién/qué/cómo

De Federico Irazábal

Saulo Benavente.

Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Las múltiples caras del actor

De Cristina Moreira

Palabras de bienvenida: Ricardo Monti

Presentación: Alejandro Cruz

Testimonio: Claudio Gallardou

Técnica vocal del actor

De Carlos Demartino

Hacia una didáctica del teatro con adultos referentes y fundamentos

De Luis Sampredo

El teatro, el cuerpo y el ritual

De María del Carmen Sánchez

Tincunacu. Teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino

De Cecilia Hopkins

La risa de las piedras

De José Luis Valenzuela

Prólogo: Guillermo Heras

Dramaturgos argentinos en el exterior

Incluye textos de Juan Diego Botto, César Brié, Cristina Castrillo, Susana Cook, Rodrigo García, Ilo Krugli, Luis Thenón, Arístides Vargas, Bárbara Visnevetzky.

Compilación: Ana Scoane

Antología de teatro latinoamericano. 1950-2007 (Tomos I, II, III)

De Lola Proaño Gómez y Gustavo Geirola

El universo mítico de los argentinos en escena (Tomos I, II)

De Perla Zayas de Lima

Piedras de agua. Cuaderno de una actriz del Odin Teatret

De Julia Varley

El teatro para niños y sus paradojas. Reflexiones desde la platea

De Ruth Mehl

Prólogo: Susana Freire

Rebeldes exquisitos. Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas

De José Tcherkaski

Ponete el antifaz (escritos, dichos y entrevistas)

De Alberto Ure

Compilación: Cristina Banegas

Selección y edición: Alejandro Cruz y Carlos Pacheco

Teatro de vecinos. De la comunidad para la comunidad

De Edith Scher

Prólogo: Ricardo Talento

Cuerpos con sombra. Acerca de entrenamiento corporal del actor

De Gabriela Pérez Cuba

Jorge Lavelli. De los años 70 a los años de la Colina. Un recorrido con libertad

De Alain Satgé

Traducción: Raquel Weskler

Saulo Benavente.

Escritos sobre escenografía

Compilación: Cora Roca

Una fábrica de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck A.

Prólogo: Raúl Serrano

Circo en Buenos Aires. Cultura, jóvenes y políticas en disputa

De Julieta Infantino

La comedia dell'arte, un teatro de artesanos.

Guiños y guiones para el actor

De Cristina Moreira

El director teatral ¿es o se hace?

Procedimientos para la puesta en escena

De Víctor Arrojo

Teatro de objetos.

Manual dramaturgico

De Ana Alvarado

Textos dramáticos para teatro de objetos

Mariana Gianella, Fernando Ávila y Francisco Grassi

Técnicas de clown.

Una propuesta emancipadora

De Cristina Moreira

Concurso de ensayos sobre teatro.

Celcit- 40 años

Incluye textos de Alfonso Nilson Barbosa de

Sousa, José Emilio Bencosme Zayas, Julio

Fernández Pelaéz, Roberto Perinelli, Ezequiel

Gusmeroti, Lina Morales Chacana, Loreto

Cruzat, Isidro Rodríguez Silva

La música en el teatro y otros temas

De Carmen Baliero

Manual de análisis de escritura

dramática. Teatro, radio, cine,

televisión y nuevos medios electrónicos

De Alejandro Robino

COLECCIÓN HOMENAJE AL TEATRO ARGENTINO

El teatro, ¡qué pasión!

De Pedro Asquini

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Teatro, títeres y pantomima

De Sarah Bianchi

Prólogo: Ruth Mehl

Saulo Benavente. Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Títeres para niños y adultos

De Luis Alberto Sánchez Vera

Memorias de un titiritero latinoamericano

De Eduardo Di Mauro

Gracias corazones amigos.

La deslumbrante vida de Juan Carlos Chiappe

De Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe

Los muros y las puertas en el teatro de Víctor García

De Juan Carlos Malcum

Prólogo: Carlos Pacheco

El pensamiento vivo de Oscar Fessler. Tomo 1: el juego teatral en la educación

De Juan Tríbulo

Prólogo: Carlos Catalano

El pensamiento vivo de Oscar Fessler. Tomo 2: clases para actores y directores

De Juan Tríbulo

Prólogo: Víctor Bruno

Osvaldo Dragún. La huella inquieta – testimonios, cartas, obras inéditas

De Adys González de la Rosa y Juan José
Santillán

COLECCIÓN HISTORIA TEATRAL

Personalidades, personajes y temas del teatro argentino (Tomos I y II)

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo
I), José María Paolantonio (Tomo II)

Historia de la actividad teatral en la provincia de Corrientes

De Marcelo Daniel Fernández

Prólogo: Ángel Quintela

40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología

Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz
Sosa y Graciela Balestrino

Historia del teatro en el Río de la Plata

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Lafforgue

La revista porteña. Teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)

De Gonzalo Demarín

Prólogo: Enrique Pinti

Historia del Teatro Nacional Cervantes 1921-2010

De Beatriz Seibel

Apuntes sobre la historia del teatro occidental - Tomos I y II

De Roberto Perinelli

**Un teatro de obreros para obreros.
Jugarse la vida en escena**

De Carlos Fos

Prólogo: Lorena Verzero

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo I (1800- 1814)

Sainetes urbanos y gauchescos

Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

Presentación: Raúl Brambilla

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo II (1814-1824)

Obras de la Independencia

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo III (1839-1842)

Obras de la Confederación y emigrados

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo IV (1860-1877)

Obras de la Organización Nacional

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo V (1885-1899)

Obras de la Nación Moderna

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo VI (1902-1908)

Obras del Siglo XX -1ra. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo VII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo VIII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo IX (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década-I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo X (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo XI (1913-1916)

Obras del Siglo XX -2da. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XII (1922-1929)

Obras del Siglo XX -3ra. década (sainetes y reveistas)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

COLECCIÓN PREMIOS

Obras Breves

Obras ganadoras del 4° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca.

Siete autores (la nueva generación)

Obras ganadoras del 5° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto, Santiago Gubernori
Prólogo: María de los Ángeles González

Teatro/6

Obras ganadoras del 6° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina, Marcelo Pírola

Teatro/7

Obras ganadoras del 7° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca, Roxana Aramburú

Teatro/9

Obras ganadoras del 9° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Patricia Suárez, y María Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport, Amalia Montaño

Teatro/10

Obras ganadoras del 10° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erica Halvorsen, Andrés Rapoport

Concurso Nacional de Obras de Teatro para el Bicentenario

Incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero, Cristian Palacios

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia -2010

Incluye textos de María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo, Alicia Aisemberg

Teatro/11

Obras ganadoras del 11° Concurso Nacional de Obras de Teatro Infantil

Incluye textos de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú, Gricelda Rinaldi

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia - 2011

Incluye textos de Irene Villagra, Eduardo Del Estal, Manuel Maccarini

Teatro/12

Obras ganadoras del 12° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Oscar Navarro Correa, Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba, Ariel Dávila

Teatro/13

Obras ganadoras del 13° Concurso Nacional de Obras de Teatro -dramaturgia regional-

Incluye textos de Laura Gutman, Ignacio Apolo, Florencia Aroldi, María Rosa Pfeiffer, Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto Moreno, Raúl Novau, Aníbal Fiedrich, Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Aníbal Albornoz, Antonio Romero

Teatro/14

Obras ganadoras del 14° Concurso Nacional de Obras de Teatro -30 años de Malvinas-

Incluye textos de Mariano Nicolás Saba, Carlos Aníbal Balmaceda, Fabián Miguel Díaz, Andrés Binetti

Teatro/15

Obras ganadoras del 15° Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Laura Córdoba, María Sol Rodríguez Seoane, Giuliana Kiersz, Manuel Migani, Santiago Loza, Ana Laura Izurieta

Teatro/16

Obras ganadoras del 16° Concurso nacional de Obras de Teatro -dramaturgia regional-

Incluye textos de Omar Lopardo, Mariela Alejandra Domínguez Houlli, Sandra Franzen, Mauricio Martín Funes, Héctor Trotta, Luis Serradori, Mario Costello, Alejandro Boim, Luis Quinteros, Carlos Guillermo Correa, Fernando Pasarín, María Elvira Guitart

TEATRO/17. Concurso Nacional de Obras de Teatro

Este ejemplar se terminó de imprimir en Kolen S.A.

Agustín de Vedia 3533 / CABA Argentina.

Julio de 2017 Primera edición: 2.500 ejemplares